

*DÍAS Y NOCHES DE AMOR Y DE GUERRA* DE EDUARDO GALEANO:  
TEXTUALIDAD ARCHIPELÁGICA O LITERATURA DE LOS BAJOS FONDOS

Juan Sebastián Peña Muelle

TRABAJO DE GRADO

Presentado como requisito para optar por los títulos de  
Profesional en Estudios Literarios y en Comunicación Social

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA

Facultad de Ciencias Sociales

Facultad de Comunicación y Lenguaje

Carrera de Estudios Literarios

Carrera de Comunicación Social

Bogotá, 2020

PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
FACULTAD DE COMUNICACIÓN Y LENGUAJE  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS  
CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

RECTOR DE LA UNIVERSIDAD  
Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

DECANO ACADÉMICO FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES

Germán Rodrigo Mejía Pavony

DECANA ACADÉMICA

Marisol Cano Busquets

DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA

Oscar Alberto Torres Duque

DIRECTORA DEL DEPARTAMENTO DE COMUNICACIÓN

Andrea Cadelo Buitrago

DIRECTORA DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS

Liliana Ramírez Gómez

DIRECTOR DE LA CARRERA DE COMUNICACIÓN SOCIAL

Carlos Eduardo Cortés Sánchez

DIRECTORA DEL TRABAJO DE GRADO

Gina Alessandra Saraceni Carlini

Artículo 23 de la resolución No. 13 de julio de 1946:

“La universidad no se hace responsable por los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis, sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y a la moral católica, y porque las tesis no contengan ataques o polémicas puramente personales, antes bien se vea en ellas el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

## **Agradecimientos**

A todas las personas, momentos, circunstancias y elementos del mundo que me han hecho posible. A esas vidas que han multiplicado mi vida y que se han multiplicado a través de la mía: gracias.

## Tabla de contenido

Introducción.....	8
Capítulo I: La maldita circunstancia de la dictadura por todas partes.....	16
1.1. «Operación Cóndor».....	17
1.2. El primer exilio .....	20
1.3. Estado-ínsula.....	24
1.4. Cadáveres y exterminio en la prensa argentina.....	31
1.5. Lenguas intrusas en la ciudad letrada latinoamericana.....	41
Capítulo II: Trazos hacia una comprensión de <i>Días y noches</i> como un cuerpo textual archipelágico.....	47
2.1. La geografía archipelágica como un modo otro de narrar(nos)/pensar(nos) .....	47
2.2. (Po)ética del fragmento.....	53
2.3. Escritura-marea .....	61
2.4. Tránsitos vinculantes: amor, encuentros, heteroglosia .....	68
Capítulo III: El texto periodístico como artefacto literario .....	80
3.1. <i>Días y noches</i> : monstruosidad discursiva .....	80
3.2. La urdimbre ficcional del discurso periodístico.....	88
3.3. Lo veraz: otra forma de lo posible .....	97
3.4. Memoria del por-venir .....	103
3.5. Comunidades: archipiélagos de resistencia .....	113
Conclusiones.....	122
Referencias .....	125

*Estas son las reflexiones que en el primer aniversario de su infausto gobierno he querido hacer llegar a los miembros de esa Junta, sin esperanza de ser escuchado, con la certeza de ser perseguido, pero fiel al compromiso que asumí hace mucho tiempo de dar testimonio en momentos difíciles.*

Rodolfo Walsh, *Carta abierta de un escritor a la Junta Militar*

*«con este poema no tomarás el poder» dice  
«con estos versos no harás la Revolución» dice  
«ni con miles de versos harás la Revolución» dice  
se sienta a la mesa y escribe.*

Juan Gelman, *Confianza*

Todas las reflexiones que aquí se cuentan, ocurrieron.

El autor las escribe tal como las pensó, las sintió y las pudo escribir.

## Introducción

*Si la escritura es verdaderamente neutra, si el lenguaje, en vez de ser un acto molesto e indomable, alcanza el estado de una ecuación pura sin más espesor que un álgebra frente al hueco del hombre, entonces la Literatura está vencida.*

Roland Barthes, *El grado cero de la escritura*

La geografía por la que navego y desde la que hablo es la del margen, la frontera, la ambigüedad, el borde, la liminalidad, el abismo, la indeterminación. Como estudiante de un doble programa *entre* Comunicación Social y Estudios Literarios, en la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, Colombia, la expresión que condensaría mi experiencia académica universitaria sería precisamente esta: la del estar-siendo *entre*. Desde la inestabilidad de ese lugar no-lugar dentro del cual, por el cual, y en tensión con el cual me he formado durante los últimos 6 años, realizo este trabajo de grado. De allí han brotado las preguntas y angustias que motivan esta escritura; la necesidad de trazar este camino; este deseo de comprender, de reconocer, de vincular, de quebrar la insularidad. Reitero a través de esta experiencia una idea que pretendo sostener a lo largo de este texto: en la hondura de las fracturas y de las desgarraduras que experimentamos como sujetos, se abre siempre un horizonte ético disruptivo, una instancia reflexiva transformadora.

Me bamboleo en los intersticios de dos geografías discursivas a las que les cuesta acercar sus cuerpos y reconocerse. Desde la carrera de Estudios Literarios, los registros periodísticos no parecen una preocupación u objeto pertinente para el campo literario. Las crónicas de José Martí, Rubén Darío y Gabriel García Márquez parecen ser los únicos referentes que merecerían algún tipo de atención crítica (en un segundo grado, como margen del margen, estarían, tal vez, las crónicas de Alfonsina Storni, Clarice Lispector o Pedro Lemebel). Se los suele tratar como registros menores, accesorios, dispensables, irrelevantes si se los compara, por ejemplo, con escrituras asociadas a géneros como la novela, el cuento o la poesía: son lo que Galeano llamaría, irónicamente, «literatura de los bajos fondos».



Desde el énfasis en periodismo, de la carrera de Comunicación Social, se reconocen algunas zonas de contacto de lo periodístico con lo literario, pero inmediatamente se erige una muralla para que nadie cometa el oprobio de no ser «objetivo» y «veraz»: «La literatura inventa, nosotros no». En esta frase podrían condensarse los posicionamientos teóricos y prácticos de buena parte de las y los profesores (en su mayoría periodistas) con quienes he compartido clase. Lejos de concebirse «lo literario» como la condición de posibilidad del registro periodístico, se lo entiende como una amenaza a aquella labor que pretende dar cuenta de los hechos de la realidad de forma «fiel» y «veraz». Desde esta perspectiva, la práctica periodística debiera aspirar a reproducir la realidad más que a interpretarla, comprenderla, imaginarla, re-presentarla.

Sin embargo, esta fortaleza erigida desde el periodismo hace de la literatura (aquel registro relegado a la otredad y a la antinomia) un fruto prohibido que despierta deseos casi inconfesables. Quizá por eso la mayoría de docentes se repliega un tanto y abre una puertecita hacia la literatura que, al parecer, como periodistas estaríamos autorizados a cruzar. Reducen lo literario a un proceso de embellecimiento o des-automatización del lenguaje que, bien aplicado a nuestras crónicas o reportajes (nadie se piensa que redactar una noticia, por ejemplo, pueda tener algo que ver con una operación literaria), puede atraer más consumidores a nuestros textos periodísticos y, por lo tanto, potenciar su capacidad de circulación y difusión. El límite de aquella instrumentalización de la literatura es no «inventar» nada: “Debemos crear una narración que emocione, ilumine y plantee en la mente del lector historias indelebles, pero nuestra materia prima es nada más y nada menos que *la verdad*” (Herrscher 9, énfasis añadido). La veracidad es la diosa en cuyos altares los periodistas deberíamos rendir tributo; el límite infranqueable que las elaboraciones de nuestros lenguajes no pueden cruzar. El resultado de esta adoración ciega parece ser la generalización de una práctica periodística estéril e incapaz de posibilitar comprensiones complejas, humanizantes y transformadoras de la realidad. Como diría Hayden White respecto a la historiografía convencional, esta discursividad periodística, “en aras de *parecer* científica y objetiva, se ha reprimido y se ha negado a sí misma su propia y principal fuerza de renovación” (“El texto” 139).

Desde el periodismo, esta repulsión se me presenta como una muralla que nos pone a salvo de la literatura –de la «mentira»–; y desde la literatura, como una gran zanja que nos pone a salvo de la mundaneidad del periodismo y su referencialidad. He creído encontrar en el posicionamiento crítico y discursivo que Eduardo Galeano despliega en *Días y noches de amor y de guerra* (1978)<sup>1</sup> la posibilidad de asediar las bases en que se sostiene aquella irreconocibilidad impuesta entre esos dos campos discursivos, la insularidad desde la cual se ha configurado su relacionalidad.

La escritura de aquel libro tuvo lugar desde la itinerancia obligada del exilio. En el caso de Galeano se trata, de hecho, de un doble exilio. De ese lugar *entre*, suspendido, desgarrado y marcado por la violencia del destierro al que lo empujaba el accionar represivo los Estados dictatoriales de la Argentina y del Uruguay, emerge esa escritura que se disemina en relatos breves que dan cuenta de experiencias cotidianas vividas, precisamente, en el marco de las realidades represivas que marcaron la historia de varios países en América Latina durante la segunda mitad del siglo XX.

Los relatos de *Días y noches* expresan un horizonte de experiencias comunes desde el que se revela que la posibilidad del encuentro íntimo y afectivo entre los sujetos, más allá de la cultura del terror y el miedo que pretenden instaurar los regímenes autoritarios de los que esta escritura da cuenta, cuestiona radicalmente a un orden represivo que para mantenerse y legitimarse debe erosionar los tejidos sociales. El mosaico que esta multiplicidad de fragmentos-relatos componen, y que expresa la complejidad de aquellas realidades vividas, brota de un lugar de enunciación múltiple, transdiscursivo: este libro de Galeano rehúye cualquier tipo de clasificación estabilizadora: “trasciende todos los límites genéricos” (Forné 223). Su modo de hablar sobre lo real es indeterminado, transita por los márgenes de la novela, el ensayo, el cuento, la crónica, el reportaje, la noticia, el diario, las epístolas, las semblanzas, la autobiografía, el testimonio, la poesía. Galeano urde una escritura que no solo se traza desde un lugar *entre* (como resultado de la condición del exilio), sino que ella misma in-corpora una liminalidad discursiva comparable a aquella que constituye las condiciones del contexto de su emergencia. En la magnitud de esta

---

<sup>1</sup> De ahora en adelante me referiré a este libro como *Días y noches*.

indeterminación (que, como se verá, resulta un asunto ineludible en los acercamientos críticos a esta obra), se construye, desde mi lectura, una perspectiva que permite un replanteamiento radical de los presupuestos epistemológicos desde los cuales se comprenden tradicionalmente las relaciones entre lo periodístico y lo literario, y que inciden sobre la configuración de la realidad al ser expresión de un posicionamiento ético y, por lo tanto, político respecto a ella.

Desde un principio presentí la posibilidad de un vínculo entre aquel posicionamiento ético que reafirmaba el encuentro entre las personas como una instancia que retaba a las prácticas represivas de los Estados autoritarios, y aquella escritura que intentaba ser, ella misma, un lugar de encuentro entre distintos registros discursivos. Después apareció la idea-cuerpo del archipiélago. En el primer o segundo encuentro que tuve con Gina Saraceni –directora de este trabajo de grado– para conversar sobre estas y otras ideas germinales, ella sugirió –entre muchas otras semillas que arrojó aquella vez– la posibilidad de hacer una lectura de *Días y noches* como un cuerpo archipelágico, fracturado, descoyuntado.

No mucho tiempo después, viendo una entrevista realizada a Galeano, le escuché decir que, de la condición insular de cada persona, del hecho de ser islas, nacía la posibilidad de construir vínculos y espacios comunes; las fracturas y los límites que nos separan son, paradójicamente, aquello que permite nuestro encuentro, lo que hace posible “este archipiélago que somos” (“Eduardo Galeano”). Aquella con-sonancia inesperada entre las palabras de Gina y las de Galeano activó un sinfín de asociaciones teóricas, críticas, creativas y afectivas que me interpelaron a indagar en el funcionamiento de los cuerpos archipelágicos para trenzar aquel doble gesto vinculante que leía en *Días y noches*. Latía allí un posicionamiento ético que parecía condensarse en la necesidad de construir espacios en los que la interrelacionalidad y los reconocimientos que esta suscita fueran posibles a nivel subjetivo, pero también, por lo tanto, a nivel discursivo.

Desde la geografía dinámica del archipiélago, me propongo hilar en este trabajo una lectura de *Días y noches* como un cuerpo discursivo que no solo desde el contenido de las historias que enuncia, o desde la urdimbre fragmentada en la que se incorporan esos relatos, sino también desde el modo de decir que performa, desde su lugar de enunciación

*entre* –en el que los límites entre lo periodístico y lo literario se vuelven porosos–, se traza como una escritura que configura un espacio de resistencia frente a la configuración insular-autoritaria del orden social a la que propenden los aparatos represivos e ideológicos del Estado. El carácter herido, fracturado y desgarrado del cuerpo archipelágico (condiciones todas que recrudece la experiencia de la dictadura, pero que, tal vez, como se verá, ya están presentes en la forma en que nos constituimos como sujetos sociales) demanda el despliegue de un posicionamiento ético que posibilite la apertura de instancias dialógicas entre aquello que, desde ciertos sistemas de verdad, aparece como condenado a la radical otredad. En ese gesto vinculante se produce un acto de resistencia que contradice y cuestiona la efectividad de la violencia en su intento por ordenar la realidad a partir de la incomunicación y el des-encuentro.



*Autora de la ilustración: Laura Camila Escobar Pachón*

En el primer capítulo, a partir de las realidades de distintos países latinoamericanos que son representadas en los relatos de *Días y noches*, intento re-construir parcialmente las circunstancias políticas, sociales y culturales represivas en las cuales se produce esta escritura transterritorial y transdiscursiva de Galeano. A su vez, a partir de la distinción que realiza Louis Althusser entre los aparatos represivos y los aparatos ideológicos del cuerpo del Estado, realizo un análisis discursivo de la prensa tradicional argentina del tiempo de la dictadura de la Junta Militar para señalar de qué forma, a través de los modos en que se daba cuenta de la realidad, se producía una violencia simbólica que aspiraba a constituir el ámbito público a partir de lo que comprenderé como una «configuración insular» de la vida social. Al final de este capítulo, propongo comprender la escritura de *Días y noches* dentro de y en tensión con el horizonte de expectativas que instaaura la narrativa testimonial.

En el segundo capítulo desarrollo una lectura de *Días y noches*, a partir de su carácter descentrado, heteroglósico, abierto y fragmentado, como un cuerpo discursivo archipelágico. Para comprender el tipo de interrelacionalidad que sugiere el dinamismo de esta geografía, entretejo las reflexiones de Judith Butler respecto al reconocimiento de la precariedad de la vida humana y de la opacidad, como instancias fundamentales para afirmar la necesidad de los vínculos intersubjetivos sostenidos en una ética del cuidado y la responsabilidad, con la teorización de Erich Fromm respecto al amor como un afecto activo que permite construir ese tipo de relacionalidad con los otros sujetos y con el mundo mismo. Al final del capítulo, vinculo estas ideas con la concepción de Paulo Freire sobre la necesidad de posibilitar instancias dialógicas en cualquier intento por superar y transformar circunstancias de opresión y des-humanización de la realidad social.

En el tercer capítulo hago una revisión de los acercamientos críticos desde los que se han comprendido las relaciones entre lo literario y lo periodístico en *Días y noches*, y me aparto de estos en tanto que desarrollan conceptualizaciones que no permiten superar el tipo de relacionalidad insular-antagónica establecida entre los registros de ambos campos discursivos. A partir de ese distanciamiento, intento trasladar al campo periodístico las teorizaciones de Roland Barthes y Hayden White, respecto al carácter ficcional –y, por lo tanto, literario– de toda narrativa histórica, con las reflexiones de Nelly Richard y de Judith Butler sobre la necesidad de construir memorias-relatos críticos capaces de desatar

comprensiones que desestabilicen las pretensiones de ciertos horizontes epistemológicos hegemónicos a partir de los cuales se legitiman configuraciones autoritarias de la realidad.

A mi entender, el estado crítico de la labor periodística en Colombia se debe, en buena medida, a la ausencia de problematizaciones sobre el carácter epistemológico y ontológico de las narrativas factuales. A través de este trabajo, propongo una problematización y desestabilización de las fronteras que se han naturalizado entre lo literario y lo periodístico y que, como pretendo demostrar, construyen y reafirman configuraciones deshumanizantes y totalitarias de la realidad. Llevar hasta sus últimas consecuencias las posibles relaciones entre el periodismo y la literatura, en este caso auscultadas desde y a la luz de *Días y noches*, debería posibilitar replanteamientos radicales de las prácticas periodísticas a partir de una redefinición de los límites de «lo literario».

Especialmente en un contexto como el colombiano, marcado por el autoritarismo del Estado, signado por las marcas que dejan y han dejado distintos tipos de violencia ejercida por diversos actores sociales, en suspenso por lo que pueda traer la implementación efectiva –o no– de lo acordado en el Proceso de paz con las FARC-EP, entre otros elementos que configuran la realidad compleja del país, quienes ejercemos el periodismo tenemos la responsabilidad ética de desarrollar prácticas periodísticas más reflexivas respecto a los límites y las posibilidades del lenguaje y, por lo tanto, más conscientes de la inmensa responsabilidad de construir, a partir de ese lugar de enunciación, realidades más humanas, plurales, incluyentes, sensibles y democráticas.

Una escritura archipelágica como la de Galeano “nos obliga a salir del insularismo y del aislamiento, a abandonar por un momento la territorialidad que imponen las investigaciones y las disciplinas que cultivamos y más conocemos, para enfocar nuestros trabajos con otras maneras de mirar” (Moulin et al. 12). Este trabajo aspira a trazarse como una búsqueda de esa otra perspectiva desde la cual sea posible comprender la propuesta (est)ética de aquel cuerpo textual monstruoso urdido por Galeano. En ese peregrinaje abierto inscribo estas palabras.

A continuación, mi intento por recrear un espacio en el que las ínsulas que representan esas dos realidades por cuyos márgenes he navegado durante mi etapa

universitaria –el periodismo y la literatura– pueden trascender las rígidas y esterilizadoras fronteras de su aparente insularidad y reconocer su hechura común; su interrelacionalidad constitutiva; su no-radical otredad; su compartida capacidad de transformar la realidad. He ahí la cartografía archipelágica que pretendo navegar/escribir/construir/reactualizar.

Adenda: Estas palabras, que de algún modo hablarán sobre la movilidad, el tránsito, la transterritorialidad, en fin, como se verá, sobre la *archipelagicidad*, han sido escritas y re-escritas en el contexto del *aislamiento* preventivo obligatorio al que la pandemia por el COVID-19 nos ha empujado a muchas vidas. La configuración social desde la que se ha respondido a la amenaza de este virus no ha dejado de servir de coartada para el fortalecimiento del control sobre la vida, sobre los cuerpos y sobre la movilidad social por parte de Estados represivos como el colombiano. En sus disposiciones palpitan y se reactualizan algunas de las configuraciones insularizantes que Galeano acusa en los Estados autoritarios que le sirven de referente a sus relatos y a las cuales, como se verá, resiste desde su escritura.

## Capítulo I: La maldita circunstancia de la dictadura por todas partes

*La maldita circunstancia del agua por todas partes  
me obliga a sentarme en la mesa del café.  
Si no pensara que el agua me rodea como un cáncer  
hubiera podido dormir a pierna suelta.*

Virgilio Piñera, *La isla en peso*

Decía Ortega y Gasset que el ser humano alcanza estados de plenitud y se comunica con el universo cuando adquiere conciencia de sus circunstancias y se vuelve sensible a ellas: “Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo” (30). Cuando el amor que une a las cosas se expresa en un afán decidido por comprender nuestras circunstancias, ese acto reflexivo las saca de su individualidad aparente y recrea las relaciones que hay entre ellas. Bajo ese imperativo ético del amor, el objetivo de este capítulo es tejer las circunstancias –las *circum-stantias*– que rodearon la escritura de *Días y noches*. De la comprensión de la complejidad del escenario histórico en el que Galeano escribió y publicó los relatos que allí se encuentran (no solo en el sentido de que el lector los halla reunidos en el artefacto-libro, sino también de que el libro mismo funciona como un lugar de encuentro entre esos relatos y todo lo que resuena a través de ellos) depende la comprensión del gesto ético y estético que se despliega desde y a través de esta escritura.

Debo mencionar que los relatos en cuestión, por su carácter referencial, testimonial y/o periodístico (y, por lo tanto, como se verá más adelante, literario), nombran-construyen algo de sus propias circunstancias. Por esta razón, en diversos apartados de este capítulo, a partir de varios de esos relatos, intento recrear algunas dimensiones de los contextos de los cuales brotaron y sobre los cuales, al mismo tiempo, esas narraciones incidieron. De esta forma, creo, auscultar en sus circunstancias es reparar ya en la urdimbre misma de *Días y noches*. Lo que sigue son mis intentos por comprender el nimbo en el cual surge la escritura de ese cuerpo textual con forma de archipiélago. Y son, también, inevitablemente, mis



intentos por salvar algo de la distancia con que el tiempo y la geografía separa esas circunstancias de las mías.

### 1.1. «Operación Cóndor»

*Bajo las matas*

*En los pajonales*

*Sobre los puentes*

*En los canales*

*Hay Cadáveres ...*

Néstor Perlongher, *Cadáveres*

“Dentro de seis meses cumplirás 19 años. Habrás nacido algún día de octubre de 1976 en un campo de concentración” (Gelman 77). Con esas palabras empezaba Juan Gelman su “Carta a mi nieto”, fechada el 12 de abril de 1995. Para entonces, aún no sabía si el remitente de su carta era un nieto o una nieta. El 24 de agosto de 1976, en Buenos Aires, Marcelo Gelman (el hijo de Juan) y Claudia García fueron secuestrados por un comando militar y llevados al centro de detención clandestina Automotores Orletti. Luego fueron asesinados y desaparecidos. Claudia estaba embarazada. Dos años después, durante su exilio en Roma, por intermedio de Fiorello Cavalli, un miembro de la Secretaría de Estado del Vaticano, Juan Gelman se enteró de que Claudia había alcanzado a dar a luz. La carta de Gelman terminaba con una posdata: “Automotores Orletti, como es notorio ya, fue centro de la Operación Cóndor en la Argentina. Allí hubo tráfico de embarazadas y de niños secuestrados entre las fuerzas de seguridad de las dictaduras militares del cono sur. Allí operaron represores uruguayos. Mi nieta o nieto, ¿nació en algún centro clandestino de detención del Uruguay?”<sup>2</sup> (78).

---

<sup>2</sup> María Macarena Gelman, la hija de Marcelo y Claudia, en efecto, nació en un centro de detención clandestina en Uruguay y fue entregada a la familia de un policía de aquel país. En el año 2000, por intermedio de la

«Operación Cóndor» fue el nombre que recibieron las alianzas geopolíticas establecidas, durante las décadas de los años sesenta y setenta, entre las cúpulas de algunos regímenes dictatoriales de países latinoamericanos (Argentina, Uruguay, Chile, Brasil, Bolivia, Paraguay) y los Estados Unidos, cuyo objetivo era reprimir las movilizaciones sociales emergentes en el continente e imponer modelos económicos, sociales y culturales de corte neoliberal. La emergencia de estas dictaduras se enmarcaba “en un contexto histórico caracterizado por la Guerra Fría, una profunda crisis económica y el ascenso de la lucha política y las reivindicaciones de las masas populares” (Secretaría de Educación 21). Bajo el pretexto de restaurar «el orden» que esta movilidad social empezaba a fisurar, las Fuerzas Armadas de estos países rompieron los órdenes constitucionales y se tomaron el poder del Estado por la fuerza. En tales condiciones políticas y sociales, “la coerción reemplazó a las decisiones democráticas y el autoritarismo se configuró en el manejo discrecional del aparato del Estado y en la abrogación de derechos y libertades ciudadanas” (Gentile 18). La capacidad que tenían estos regímenes para articular redes de información y de acción les permitía ejercer una represión que, igual que el flujo de capital que pretendía imponerse, no reconocía fronteras nacionales. Se perpetraba, así, una violencia de carácter trans-estatal.

Intentando rastrear las huellas históricas de este tipo de alianzas represivas entre algunos Estados en América Latina, Galeano señala a Guatemala como “el primer laboratorio latinoamericano para la aplicación de la *guerra sucia* en gran escala” (Días 13). En 1954, el gobierno de los Estados Unidos, a través de la CIA, participó en el golpe militar con el que el coronel Carlos Castillo Armas se tomó la presidencia de ese país. Las políticas económicas que se impusieron en Guatemala, con la imposición de Castillo Armas en el poder, incluyeron, entre otras, el rescate de la United Fruit Company, con lo que se “cortó de un golpe de hacha la reforma agraria que había expropiado y distribuido, entre los campesinos pobres, las tierras eriales de la empresa” (Galeano, Días 17). Galeano refiere el impacto que tuvo en su vida, y en la de sus contemporáneos, aquella intervención extranjera que había desembocado en la instauración de un régimen antidemocrático y represivo: “Mi generación se asomó a la vida política con aquella señal en la frente” (Días 18).

---

información que le otorgó Jorge Batlle -para entonces presidente de Uruguay- a Juan Gelman, Macarena y él pudieron reconocer el vínculo de consanguinidad que tenían.

En el caso guatemalteco se perfilaba lo que sería luego la «Operación Cóndor». Leyendo en esa marca-huella de la historia, Galeano interpreta que allí inició la injerencia decidida y arbitraria de los Estados Unidos en los gobiernos y en las decisiones de los países latinoamericanos. De esta experiencia represiva se iban a valer las dictaduras de otros países para ejercer un terror análogo. En “Hace diez años yo asistí al ensayo general de esta obra” (*Días* 12), Galeano se pregunta: “¿Cuántos hombres serán arrancados de sus casas, esta noche, y arrojados a los baldíos con unos cuantos agujeros en la espalda? ¿Cuántos serán mutilados, volados, quemados? El terror sale de las sombras, actúa y vuelve a la oscuridad” (12). Y luego, a través de la descripción de una situación «posible» en los marcos represivos de los que da cuenta, remarca el carácter compartido de esa experiencia del horror en distintos países latinoamericanos: “Los ojos enrojecidos en la cara de una mujer, una silla vacía, una puerta hecha astillas, alguien no regresará: Guatemala 1967, Argentina 1977” (12). En el tejido discursivo del relato de Galeano, a esa escena común y generalizada se le yuxtaponen escenas concretas que suceden en cada país: “Aquél había sido oficialmente declarado «el año de la paz» en Guatemala. Pero ya nadie pescaba en la zona de Gualán, porque las redes atrapaban cuerpos humanos. Hoy la marea devuelve pedazos de hombres a las costas del río de la Plata” (12). Los ejercicios concretos del terrorismo de Estado empezaban a emularse en distintas geografías: “La pena de muerte se incorporó al Código Penal [argentino] a mediados del 76; pero en el país se mata todos los días sin proceso ni sentencia. En su mayoría, son muertos sin cadáveres. La dictadura chilena no ha demorado en imitar el exitoso procedimiento” (Galeano, *Días* 13).

Las circunstancias en que se cultivaron aquellos sistemas dictatoriales también estuvieron marcadas por crisis económicas (en buena medida debido al endeudamiento externo de estos países) que terminaron siendo “la punta de lanza para instalar planes de ajuste estructural, pérdidas de derechos y recursos para las clases subalternas” (Varesi 61). A través de la reorganización social, política y económica que se pretendió imponer, “un puñado de grandes transnacionales avanzó a través de la privatización de las empresas públicas y la extranjerización habilitada por las reformas neoliberales, dando lugar a procesos de concentración económica” (Varesi 61). La imposición de los intereses de ciertas minorías sociales –muchas veces extranjeras– que se beneficiaban de estas reformas, implicó, en América Latina, la práctica del terrorismo de Estado. A través de la violencia,

no solo física y psicológica, sino también simbólica, se pretendía impedir la articulación de voluntades, ideas y acciones colectivas que hicieran frente a esa configuración insular de la realidad social: “Lo que las clases dominantes no lograban instituir a través del consenso, lo realizaron bajo el imperio de la coerción, que llegó a su punto más agudo con el terrorismo de Estado” (Varesi 61). El imperio del gran capital acumulado fue y necesitó ser erigido sobre la sangre, el terror y la disgregación de los tejidos sociales.

En uno de sus relatos titulados “El sistema” (*Días* 138), Galeano describe y reflexiona sobre las contradicciones de esta configuración autoritaria y neoliberal del orden económico-social: “Lo único libre son los precios. En nuestras tierras, Adam Smith necesita a Mussolini. Libertad de inversiones, libertad de precios, libertad de cambios: cuanto más libres andan los negocios, más presa está la gente. ... ¿Al servicio de quiénes cumplen su tarea los asesinos de personas y países?” (*Días* 138). En esta lectura del sistema neoliberal que hace Galeano hay un interés evidente por rehuir de la abstracción de las teorías económicas y por mostrar las formas que toman esas doctrinas aplicadas a la realidad concreta de los países latinoamericanos. En su discurso se hace explícito el vínculo entre aquel sistema, que va en contravía de los intereses de las mayorías, y el ejercicio sistemático de la violencia: “Las teorías de Milton Friedman implican para él el Premio Nobel; para los chilenos, implican a Pinochet” (*Días* 138). Cuando se incorporan las ideas de «libertad del mercado» en Latinoamérica, el resultado es el continente como un cuerpo desangrado dentro del cual no paran de nacer cadáveres. Y personas desaparecidas. Y personas exiliadas.

## 1.2. El primer exilio

*No será un hogar, sino un exilio el país que nos reciba.*

*Sin tregua, muy cerca de la frontera, esperamos  
el día del regreso. Pendientes de cualquier alteración  
al otro lado; preguntando con ansiedad a todos  
los que llegan, sin decir ni olvidar nada.*

Bertolt Brecht, *Sobre la Etiqueta «Emigrante»*

“Yo estaba parado en la proa. Tenía los ojos fijos en la ciudad que lentamente avanzaba en la neblina” (Galeano, *Días* 90). Es Montevideo la ciudad que Galeano recuerda ver entre la bruma y que, en el momento de la escritura del relato, vuelve a avanzar sobre él a través de la neblina de la memoria. En “Era una mañana gris y de frío mordedor” (*Días* 90), Galeano relata el viaje que realizó por el Río de la Plata, desde Buenos Aires hacia Montevideo, en un amanecer a fines de junio de 1973: “A mi tierra la habían golpeado dos desgracias y yo no sabía. Paco Espínola estaba muerto y los militares habían dado un golpe de estado y habían disuelto los partidos, los sindicatos y todo lo demás” (90). Un tiempo después estuvo preso y cuando fue liberado se exilió en la Argentina.

El Uruguay del que Galeano salió expulsado había entrado a la segunda mitad del siglo XX teniendo una doble característica contradictoria: “una crisis económica y social acelerada a la vez que un proceso cultural en plena ampliación” (Barros-Lémez, “Uruguay” 198). En ese ambiente en el que proliferaban los diarios y las revistas culturales, empezó a desenvolverse el ejercicio periodístico de Galeano desde muy joven. A sus 15 años era caricaturista del semanario socialista *El Sol*. Luego trabajó como cronista en el semanario *Marcha* y en el diario *Época*. Gabriel Saad recuerda que fue testigo “del entusiasmo que despertaban las crónicas de Eduardo y de la rapidez con que logró recuperar y aumentar el número de lectores de *Marcha*, que, por aquellos años, salía de la pequeña crisis interna” (ctd. en Palaversich 7). También Ángel Rama sitúa a Galeano como uno de los intelectuales más relevantes de lo que llamó la «Generación de la crisis»<sup>3</sup> y destaca “su extraordinaria precocidad que desde los quince años le ha hecho participar del periodismo y de las letras nacionales” (417).

La situación del Uruguay en el año en que Galeano se enfrenta al exilio se configura a partir de un marco social en el que, como ocurre de forma similar en otras dictaduras de

---

<sup>3</sup> Esta categoría designaba, para Rama, a los intelectuales que intervinieron en el campo cultural de Uruguay en el tiempo inmediatamente posterior a la quiebra económica del país en 1955.

corte neoliberal, la “Represión, [el] terror y [la] reestructuración capitalista, se unen indivisiblemente” (Barros-Lémez, “Cantares” 37). El golpe de estado en aquel país ocurrió el 27 de junio de 1973 y produjo “la disolución del parlamento, la ilegalización de la central sindical, el cierre de la prensa opositora, la intervención de la Universidad (septiembre), la ilegalización de los partidos opositores de izquierda (diciembre) y la instauración de un régimen cívico-militar fascista” (Barros-Lémez, “Cantares” 39). Las versiones oficiales habían sostenido que el origen de la crisis generalizada del país era la subversión comunista y la falta de amor a la patria de sectores intelectuales (Barros-Lémez, “Uruguay” 198). En esos términos, Galeano era uno de tantos cuerpos amenazantes para la nación y, por lo tanto, su vida estaba en riesgo. Su exilio hacia el otro lado del río-mar de la Plata era inminente: un «exilio de cara al Uruguay»<sup>4</sup> (Merenson 57).

Por los mismos días de 1973 en que Galeano se exilió en la Argentina, Juan Domingo Perón regresó a ese mismo país luego de dieciocho años de exilio. Los términos en que Galeano describe el clima de esperanza que se sentía en el país –y del que él mismo se contagiaba– lo llevan a recordar experiencias antes vividas en Uruguay: “La alegría popular, hermosura contagiosa, me abrazaba, me levantaba, me regalaba fe. Yo tenía frescas en la retina las antorchas del Frente Amplio en las avenidas de Montevideo” (*Días* 20). Sin embargo, aquel estado de optimismo se vio oscurecido ese mismo día con lo que se conoció como la «Masacre de Ezeiza». Fue un ataque de peronistas contra peronistas: “en una sola tarde, cayeron más peronistas que durante los años de la resistencia contra las dictaduras militares anteriores. «Y ahora, ¿a quién hay que odiar?», se preguntaba, atónita, la gente” (*Días* 21). Galeano refiere el fracaso de aquel regreso del peronismo al poder. El gobierno fue incapaz de levantar la calidad de vida en el país y de consolidar una reforma agraria: “continuaron abiertos los agujeros por donde se escurría, y escurre, la riqueza que el país genera” (*Días* 21). No es casual este vínculo que Galeano esboza entre el pasado reciente y el presente en el que escribe. El título del relato en cuestión es “La tragedia había sido una certera profecía” (*Días* 20) y traza un esbozo del proceso a través del cual se

---

<sup>4</sup> Merenson utiliza esta expresión para dar cuenta de un tipo de exilio que no solo se sitúa geográficamente frente al Uruguay, sino que, además, implica un involucramiento decisivo e incisivo en los asuntos concernientes a aquel país: un abierto compromiso político.

fueron madurando, en la Argentina, las condiciones sociales que terminarían desembocando en el golpe militar de 1976.

El 24 de marzo de 1976 –día del golpe militar de las Tres Armas<sup>5</sup>, no representó un grado cero en la historia de la Argentina. Desde que Galeano llegó a vivir a aquel país, y hasta que la represión estatal lo obligó a salir exiliado nuevamente, fue director de la revista cultural *Crisis*. Por los hechos que relata sobre su experiencia en la dirección de este medio de comunicación, sabemos que la represión y el clima de terror empezaron a diseminarse en el cuerpo social desde antes de que la Junta Militar se impusiera en el poder. En el relato “Buenos Aires, mayo de 1975: el petróleo es un tema fatal” (Galeano, *Días* 10), por ejemplo, nos enteramos de que el día anterior apareció muerto y con signos de tortura Jorge Money, un periodista de *La Opinión*. Este asesinato hace reflexionar a Galeano sobre los riesgos que también están asumiendo en su redacción: “En la edición de *Crisis* que está en la calle, hemos publicado la última parte del informe de Villar sobre el petróleo en la Argentina. El artículo denuncia el estatuto colonial de los contratos petroleros vigentes en el país y cuenta la historia del negocio con toda su tradición de infamia y crimen” (*Días* 10). Galeano incorpora a su relato las conclusiones a las que llega Villar Araújo en su artículo: “Cuando hay petróleo de por medio, escribe Villar, las muertes accidentales no existen” (*Días* 10). Luego de esto, se apoya en el artículo del periodista de *Crisis* para hacer un recuento de algunos casos en los que personas vinculadas al sector petrolero habían sido asesinadas, y cita textualmente una advertencia que hace Villar Araújo: “«Si usted, lector, se entera de que después de escribir estas líneas, al cruzar la calle, me aplastó un colectivo, piense mal y acertará»” (*Días* 11).

En el tercer apartado del relato se lee: “3. Anoche Villar Araújo no llegó a dormir a su casa” (Galeano, *Días* 11). La narración de Galeano va al día con los hechos que se van sucediendo, como si la escritura del relato hubiera tenido lugar en distintos tiempos y cada uno de ellos fuera motivado por la presencia de nueva información respecto a la desaparición de Araújo: hay un tiempo presente que se (re)actualiza varias veces durante el relato. “Los periodistas anuncian la huelga. Los diarios del interior no han aparecido hoy.

---

<sup>5</sup> La Junta Militar estaba integrada por un representante de cada una de las tres Fuerzas Armadas: Jorge Rafael Videla (Ejército), Emilio Eduardo Massera (Marina), y Orlando Ramón Agosti (Aeronáutica).

El ministro ha prometido ocuparse personalmente del caso. La policía niega tener ninguna información” (Días 11). Finalmente, en el quinto apartado tenemos la última actualización de la información: “Villar Araújo ha aparecido anoche, vivo, en una ruta vacía cerca de Ezeiza. ... Ha estado dos días sin comer ni beber y con una capucha en la cabeza. Ha sido interrogado, entre otras cosas, sobre las fuentes de información de sus artículos” (Días 11). Galeano cierra su relato con la explicación que han dado las autoridades al respecto y que, a la luz de lo relatado, resulta insuficiente y sospechosa para el lector: “La policía federal difunde un comunicado sobre el asunto. Dice que Villar Araújo había sido detenido por error” (Días 12).

De modo que en la Argentina previa al golpe militar ya se experimentaba un ejercicio represivo de las Fuerzas Armadas que, siguiendo la línea del caso de Villar Araújo, parece estar al servicio de intereses económicos particulares. Ejercer un periodismo libre, independiente y crítico ya era un riesgo. Esta situación se va a recrudecer y generalizar a través del golpe de Estado. La escalada represiva se consolidó en aquella madrugada del 24 de marzo cuando las Fuerzas Armadas derrocaron a Isabel Perón de la presidencia de la nación. El ejercicio del terror se institucionalizaba y empezaría a permear toda la configuración social de la Argentina, que devendría en un cuerpo social enfermo e insular. En estas condiciones, la posibilidad de un nuevo exilio volvía a asomarse en el horizonte de la vida de Galeano.

### 1.3. Estado-ínsula

*... un lugar así no puede estar tan tranquilo, tan silencioso y olvidado bajo el sol que se va a poner, sin que nadie vigile la historia prisionera en la basura cortada por la falsa marea de metales muertos que brillan reflexivamente<sup>6</sup>.*

Rodolfo Walsh, *Operación Masacre*

---

<sup>6</sup> Con estas palabras, Walsh describía los basurales de José León Suárez, lugar en el que la policía argentina fusiló a un grupo de civiles el 9 de junio de 1956.



El 25 de marzo de 1977, Rodolfo Walsh, tras repartir por buzón algunas copias de su “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar” (escrita con ocasión del primer aniversario del golpe de Estado) en la Plaza Constitución, en Buenos Aires, fue interceptado, baleado y secuestrado por el Grupo de Tareas 3.3.2, comandado por Alfredo Astiz y Jorge Acosta. Su cuerpo sin vida fue visto por última vez en la Escuela Mecánica de la Armada (ESMA). Hasta el día de hoy, su nombre y su cuerpo forman parte de las 10.000 personas desaparecidas (cifra avalada por testigos en la CONADEP, pese a que cifras extraoficiales mencionan hasta 30.000 personas desaparecidas) durante la dictadura cívico-militar (Millán y Perasso párr. 6-7)<sup>7</sup>.

En aquella última carta, fechada el 24 de marzo de 1977 y enviada a las redacciones de los diarios locales (que, por cierto, no la publicaron) (Herrscher 229), Walsh hacía un balance del proceder de la Junta Militar en su primer año al mando del Estado. Lejos de haber intentado recuperar el programa político por el que el 80% de los argentinos habían coincidido en las últimas elecciones de 1973, y así resarcir por la vía de hecho algo de la ilegitimidad de su establecimiento en el poder, les increpaba Walsh: “han restaurado ustedes la corriente de ideas e intereses de minorías derrotadas que traban el desarrollo de las fuerzas productivas, explotan al pueblo y disgregan la Nación” (226). E inmediatamente vinculaba la defensa de aquellos intereses con el necesario ejercicio de la violencia: “Una política semejante sólo puede imponerse transitoriamente prohibiendo los partidos, interviniendo los sindicatos, amordazando la prensa e implantando el terror más profundo que ha conocido la sociedad argentina” (Walsh 226)<sup>8</sup>. La violencia represiva del Estado, entonces, no era un accidente o una desviación perversa del sistema, sino la condición

---

<sup>7</sup> Mientras escribo estas palabras, leo en las noticias que ha sido capturado y extraditado, desde Brasil hacia la Argentina, Gonzalo Sánchez, un represor acusado de haber participado en el operativo que terminó en el asesinato de Rodolfo Walsh. Alfredo Astiz (conocido también por haberse infiltrado en la organización de las Madres de Plaza de Mayo y haber colaborado en el secuestro y desaparición de tres de sus fundadoras: María Eugenia Ponce, Esther Ballesterino y Azucena Villaflor) y Jorge Acosta cumplen actualmente cadena de prisión perpetua por crímenes de lesa humanidad.

<sup>8</sup> El balance en cifras que entonces hace Walsh es el siguiente: “Quince mil desaparecidos, diez mil presos, cuatro mil muertos, decenas de miles de desterrados son la cifra desnuda de ese terror” (226).

misma de su autoridad y de la consecución de su programa de reajuste económico, político, cultural y social.

En el relato “Hace diez años yo asistí al ensayo general de esta obra” (*Días 12*), Galeano también ofrece algunos síntomas de lo que ha sucedido en la Argentina bajo el gobierno de la Junta Militar:

Ahora los salarios valen la mitad. Se multiplican los desocupados. Están prohibidas las huelgas. Las universidades regresan a la Edad Media. Las grandes empresas multinacionales han recuperado la distribución de combustibles, los depósitos bancarios, el comercio de la carne y los cereales. El nuevo código procesal permite trasladar a tribunales de otros países los pleitos entre empresas y la nación. Se deroga la ley de inversiones extranjeras: ahora pueden llevarse lo que quieran. (*Días 14*)

Y al igual que Walsh, Galeano reafirma la necesidad del ejercicio desmedido de la violencia en todos los estamentos sociales para consolidar un proyecto como aquel: “¿Puede acaso imponerse este programa al movimiento obrero mejor organizado de la América Latina sin pagar un precio de cinco cadáveres por día?” (*Días 14*).

En el proceso de imposición de este proyecto neoliberal, basado en “un modelo económico de apertura que produjo el desmantelamiento de la industria nacional y el auge y predominio de la especulación financiera” (Secretaría de Educación 21), es posible leer en el proceder del Estado dos líneas de acción que se retroalimentaban: una política «legal» de reducción, de disciplinamiento y de ordenamiento, y otra «ilegal» de secuestro, tortura, asesinato y desaparición de personas (Ciappina 42). Estamos, entonces, ante un Estado que se desdoblaba (necesitaba hacerlo) y actuaba desde la clandestinidad para sostener su autoridad y consolidar el modelo económico del libre mercado<sup>9</sup>. ¿Es posible hablar de «libertad» de mercado cuando esta es impuesta a través de un accionar represivo y de un ejercicio arbitrario del poder? Era necesaria la propagación del miedo y de una cultura del terror para inmovilizar-paralizar a la sociedad argentina y posibilitar, así, el modelo de

---

<sup>9</sup> Gentile sostiene que “La clandestinidad fue condición de existencia del Estado Terrorista, no consecuencia de acciones no previstas, como la cúpula militar responsable pretendió argumentar” (20).

nación que se estaba imponiendo. Las condiciones que establecía aquel proyecto económico neoliberal estaban a tal punto en contravía de los intereses de la mayoría de la población argentina que la perversión de ese sistema era equiparable a la atrocidad de las violencias del Estado clandestino: “En la política económica de ese gobierno debe buscarse no sólo la explicación de sus crímenes sino una atrocidad mayor que castiga a millones de seres humanos con la miseria planificada” (Walsh 232).

Para perpetrar estas violencias económicas, políticas, sociales, físicas y psicológicas, el gobierno militar debió ejercer otra violencia: la cultural y simbólica. Se intentó erigir una cultura del miedo que disolviera los vínculos afectivos entre las personas y sembrara en ellas la sospecha mutua e incluso la autocensura<sup>10</sup>: “¿En qué informe oficial o denuncia de oposición figuran los presos del miedo? Miedo de perder el trabajo, miedo a no encontrarlo, miedo de hablar, miedo de escuchar, miedo de leer. En el país del silencio, se puede terminar en un campo de concentración por culpa del brillo de la mirada” (Galeano, *Días* 83). Hubo una “asunción e internalización de la acción estatal, traducida en el propio control, en la autocensura, en la vigilancia del vecino. La sociedad se terminó patrullando a sí misma, aterrorizada, *inmovilizada* y controlada por *el discurso y la práctica* de la dictadura” (Romero ctd. en Gentile 22, énfasis añadidos). El principio de (a)relacionalidad que pretendía y necesitaba erigir esta autoridad represiva y paranoica se apoyaba en la imposibilidad del reconocimiento y de la solidaridad; en descoser el tejido social y a-islam a los sujetos; en convertir a cada persona en su propio oído vigilante: “La censura triunfa de verdad cuando cada ciudadano se convierte en el implacable censor de sus propios actos y palabras” (Galeano, *Días* 83)<sup>11</sup>.

Galeano es enfático en señalar las dimensiones de esta violencia cultural que aspiraba al desvinculo: “No se agota en la lista de torturados, asesinados y desaparecidos la denuncia de los crímenes de una dictadura. La máquina te amaestra para el egoísmo y la

---

<sup>10</sup> La descripción que hace Coetzee de la situación represiva que se vivía en la Unión Soviética de Stalin puede ser reveladora al respecto: “a todo ciudadano se lo alentaba a sospechar que cualquier otro era un espía o un saboteador; los lazos de afinidad humana y confianza entre las personas quedaron destruidos, y la sociedad se vio *fragmentada* en decenas de millones de individuos que vivían en *islotas* individuales de mutua sospecha” (54-55, énfasis añadido)

<sup>11</sup> En palabras de Reinaldo Arenas, cada ciudadano sería “no solo una persona objeto de represión, sino también autoreprimida, no solo vigilada, sino que se vigila a sí misma” (ctd. en Coetzee 54).

mentira. La solidaridad es un delito. Para salvarte, enseña la máquina, tenés que hacerte hipócrita y jodedor” (*Días* 93). El papel de los medios de comunicación era fundamental en la consolidación de esta cultura del miedo: “En la Argentina, la televisión pregunta: «¿Sabe usted lo que está haciendo su hijo en este momento?» ¿Por qué no figura en la crónica roja el asesinato del alma por envenenamiento? ... Victoria de la máquina: la gente tiene miedo de hablar y de mirarse. Que nadie se encuentre con nadie” (Galeano, *Días* 94).

Este descosimiento del tejido social, propiciado por la violencia de Estado, es traducible a lo que podría llamarse una «configuración insular» de lo social. Cada sujeto debe convertirse en una isla-panóptico que vigila a los demás y se vigila a sí mismo. Las otras personas deben ser vistas como sujetos insulares, transoceánicos, extraños, peligrosos, amenazantes, in-humanos. Parece imposible construir puentes entre islas tan lejanas. El país mismo deviene en una nación insular de puertas-orillas para afuera cuando no se trata de las alianzas de la «Operación Cóndor»: “Colmadas las cárceles ordinarias, crearon ustedes en las principales guarniciones del país virtuales campos de concentración donde no entra ningún juez, abogado, periodista, observador internacional” (Walsh 226). A esta disposición insular de la realidad social y nacional, le corresponde una configuración insular de la vida privada: “La dictadura convierte en cárceles los cuarteles y las comisarías, los vagones abandonados, los barcos en desuso. ¿No convierte también en cárcel la casa de cada uno?” (Galeano, *Días* 83). Los vínculos afectivos se violentan tanto a causa de las desapariciones y las separaciones como por la paranoia que invade-contamina a las personas. La violencia estatal permea todos los estamentos de lo social, y hay un interés en la construcción narrativa de Galeano por mostrar, precisamente, que «lo privado» no está *aislado* de la vida social, sino que es, por el contrario, su correlato y su expresión<sup>12</sup>.

---

<sup>12</sup> Desde su análisis sobre el aparato del Estado, Althusser reflexiona sobre la arbitrariedad de esta presunta separación de lo público y lo privado que Galeano ya pone en cuestión: “el Estado, que es el Estado de la clase dominante, no es ni público ni privado; por el contrario, es la condición de toda distinción entre público y privado” (Althusser 26). Y luego traslada esa concepción al ámbito de los aparatos ideológicos del Estado (que será crucial en el siguiente apartado para examinar la funcionalidad del periodismo de la prensa argentina tradicional a los intereses de la dictadura): “Digamos lo mismo partiendo esta vez de nuestros aparatos ideológicos de Estado. Poco importa si las instituciones que los materializan son «públicas» o «privadas»; lo que importa es su funcionamiento. Las instituciones privadas pueden «funcionar» perfectamente como aparatos ideológicos de Estado” (Althusser 26).

También desde y en el lenguaje se materializaba y expresaba la disposición insular que pretendía instaurar la dictadura. En uno de los relatos de *Días y noches* titulados “Noticias” (Galeano 183) nos enteramos de que un preso de la cárcel Libertad, en el Uruguay, se ha suicidado: “El preso fue enviado a la celda de castigo. Allá la llaman «la isla»: incomunicados, hambreados, asfixiados, en «la isla» los presos se cortan las venas o se vuelven locos. Éste pasó un mes en la celda de castigo. Entonces se ahorcó” (*Días* 183). La insularidad: incomunicación, segregación, exilio, desaparición, cadáveres sin nombre, vínculos rotos, inmovilidad. La maldita circunstancia de la dictadura por todas partes.

Para incidir de esta forma en la construcción de las relaciones sociales y de las subjetividades, la Junta Militar debió imponer y difundir un discurso “prescriptivo, imperativo y valorativo” (Dunayevich ctd. en Gentile 21). El Estado que comandaban se representó a sí mismo como legítimo representante de la población y defensor del bien común-nacional amenazado por intereses supuestamente extranjeros. Y esta construcción simbólica se urdió “a través de la utilización de consignas y mensajes repetitivos, tautológicos y distorsionados, omitiendo y falsificando la información” (Gentile 21). De este modo, “cualquier ideología distinta a la oficial fue considerada *antipatriótica* y la identidad nacional llegó a definirse en función de la posición política” (Gentile 21-22). Galeano intenta desentrañar y exponer el posicionamiento autoritario que opera como subtexto a esta concepción de la realidad y a las prácticas represivas del Estado. En uno de los relatos titulados el “El sistema” (*Días* 41) reflexiona: “Quien está contra ella, enseña la máquina, es enemigo del país. Quien denuncia la injusticia, comete el delito de lesa patria. Yo soy el país, dice la máquina. Este campo de concentración es el país: este pudridero, este inmenso baldío vacío de hombres. Quien crea que la patria es una casa de todos, será hijo de nadie” (*Días* 41). A quien se resistiera a ser una isla y a concebir a las otras personas y a la realidad misma como islas, le esperaba la clandestinidad, la prisión, el exilio o la muerte.

La distinción que realizó Louis Althusser, entre los aparatos represivos y los aparatos ideológicos del Estado, puede ser útil para comprender la forma en que el gobierno de la Junta Militar ejerció esta violencia simbólica en la que se legitimaban las otras violencias que ejercía. Para Althusser, “el aparato de Estado comprende dos cuerpos: el de

las instituciones que representan el aparato represivo de Estado por una parte, y el de las instituciones que representan el cuerpo de los aparatos ideológicos de Estado por la otra” (29). La función del aparato represivo consistiría “en asegurar por la fuerza (sea o no física) las condiciones políticas de reproducción de las relaciones de producción que son, en última instancia, *relaciones de explotación*” (Althusser 31); mientras que los aparatos ideológicos del Estado procurarían el “sometimiento a la ideología dominante” (Althusser 15). Ambas partes del cuerpo del Estado son indispensables para el funcionamiento de su organismo, para el ejercicio del poder: “*ninguna clase puede tener en sus manos el poder de Estado en forma duradera sin ejercer al mismo tiempo su hegemonía sobre y en los aparatos ideológicos de Estado*” (Althusser 28).

En “Crónica del burro de Vovó Catarino y de cómo San Jorge llegó al galope en su caballo blanco y lo salvó de las maldades del diablo” (*Días* 30), Galeano da cuenta de aquel carácter doble de los Estados represivos a partir de la situación histórica de Brasil en la década de los setenta: “Los cadáveres del Escuadrón de la Muerte<sup>13</sup> aparecían mutilados en Baixada Fluminense. Para que nadie los reconociera, les deshacían las caras a balazos y les cortaban los dedos de las manos. Du pont, Dow Chemical, Shell y Standar Oil proclamaban desde las páginas y las pantallas: We believe in Brazil” (30). Se remarca el contraste entre las dos caras de la violencia (para)estatal saltando de la descripción de una realidad a la otra: no hay una conjunción adversativa que distinga entre los crímenes de los grupos paramilitares y la propaganda de las multinacionales cuyos intereses se articulaban con los intereses del Estado. Ambas realidades son extensiones de la misma máquina de la muerte y el exterminio: la contra-dicción en que se sostiene el terrorismo de Estado y la violencia de sus políticas económicas.

El gobierno de la Junta Militar, a la par del ejercicio de la violencia que desarrollaba a través del secuestro, la tortura, el asesinato y la desaparición, y además de la violencia económico-social planificada de la que hablaba Walsh, necesitaba de la puesta en marcha de aparatos ideológicos para lograr la adhesión de la ciudadanía a los valores con que se pretendía configurar la estructura social y con que se desplegaban los mecanismos de esa

---

<sup>13</sup> Este era el nombre con que se conocía a los grupos paramilitares de ultraderecha que surgieron en Brasil durante la década de los sesenta y que contribuyeron a sostener el actuar represivo que se institucionalizó en el país con el golpe militar del 31 de marzo 1964.

dominación social. Esta reconfiguración, que sería afin al modelo económico neoliberal que pretendía imponerse, como he señalado, podría ser comprensible en términos de una organización insular de la realidad. Y siguiendo la línea de Althusser, en el marco de la última dictadura argentina y de otras dictaduras latinoamericanas, y a la par del recrudecimiento de las acciones de los aparatos represivos del Estado, el periodismo era una institución determinante en la re-producción discursiva de una concepción de la realidad que facilitaba la aceptación social de las violencias que ejercía el Estado en su desdoblamiento perverso: en su actuar «legal» y en su actuar clandestino.

Es sobre este punto que me interesa indagar para reconocer las circunstancias periodísticas en las que Galeano dirigió la revista *Crisis* y escribió parte de los relatos de *Días y noches*: la responsabilidad que le cupo al periodismo de la prensa tradicional argentina en la configuración de aquel sistema social represivo e insular que he tratado de esbozar. Precisamente, al gobierno de la Junta Militar se le ha otorgado el carácter de «dictadura cívico-militar» en la medida en que el accionar de las Fuerzas Armadas contó con la complicidad de sectores civiles: “los terratenientes, las grandes empresas transnacionales y nacionales, el mundo de las finanzas, los miembros de los partidos conservadores, *los grandes medios de comunicación* que reprodujeron y que ampliaron la crisis del gobierno de Isabel Perón hasta que la sensación de desgobierno hiciera «viable» la salida militar” (Ciappina 39, énfasis añadido). Al parecer, no solo hicieron viable la salida militar, sino la permanencia indefinida de las Fuerzas Armadas en el poder.

#### **1.4. Cadáveres y exterminio en la prensa argentina**

*Ya es de noche. El helicóptero que habrá de llevarlo de regreso a Tucumán está en marcha. Me acerco al general Videla y le digo: «General, voy a empezar esta nota diciendo ‘Hoy he visto llorar al presidente...’ ¿Está de acuerdo?».*

Final de una nota de la revista *Gente* (30/9/76)

Las páginas de la prensa argentina también empezaron a llenarse de cadáveres. El mismo 24 de marzo de 1976 la Junta Militar emitió el Comunicado número 19, a través del cual decretaba pena de diez años de reclusión “al que por cualquier medio difundiere, divulgare o propagare noticias, comunicados o imágenes con el propósito de perturbar, perjudicar o desprestigiar la actividad de las Fuerzas Armadas, de seguridad o policiales” (ctd. en Blaustein y Zubieta 23). Con esta directriz, la mordaza empezaba a ser puesta sobre los ejercicios periodísticos. El aparato represivo del Estado coaccionaba a la prensa a asumir una posición funcional a su actuar violento, a convertirse en su pasivo aparato ideológico. Muchos medios y periodistas se adaptarían a la situación. Incluso algunos se sentirían cómodos en esas circunstancias<sup>14</sup>. Algunos proyectos periodísticos iniciarían su exilio hacia el silencio, como en el caso de la revista *Crisis*, que dejó de circular a fines de ese mismo año. Y habría casos excepcionales, como el de la ANCLA<sup>15</sup>, en los que se ejercería la libertad de prensa desde la clandestinidad. Sin embargo, la nota general en la prensa tradicional sería que la información construida y difundida empezaría a expresar, tanto en sus formas como en sus temas, un carácter radicalmente acrítico frente a la realidad argentina. Esa aparente neutralidad discursiva se expresaba tanto en el uso de lenguajes planos y unívocos, que presentaban la realidad como algo dado e inmodificable, como en la mentira y la omisión. La mayoría de los artículos que circulaban en esta prensa empezaron a ser cadáveres: discursos que mutilaban y tergiversaban a la realidad.

El silencio no se hizo esperar. El titular de la tapa de *Clarín* aquel 24 de marzo fue «NUEVO GOBIERNO» y el de la tapa *La Nación* fue: «Las fuerzas armadas asumen el poder; detúvose a la presidente» (Secretaría de Educación 43). En estos titulares, el golpe militar aparece innombrado y al rompimiento del Estado democrático se le construye

---

<sup>14</sup> El periodista Ramiro de Casasbellas, por ejemplo, decía en una columna de opinión, publicada el 9 de noviembre de 1976, en el diario *La Opinión*: “sólo el Estado que conduce las campañas militares sabe hasta dónde ha de llegar la información y cómo. Y que no es desdoro para los periodistas, sino todo lo contrario, atenerse a esas pautas de emergencia” (66). Y más adelante, lamentándose de que no haya directrices lo suficientemente rígidas e inequívocas para la prensa desde la Junta Militar, decía: “la carencia de un sistema estable de comunicación entre Gobierno y Medios, coloca a diarios, radios, agencias y televisoras privados en un desierto de orientaciones, tan nefasto para la prensa como para la etapa institucional iniciada el 24 de marzo” (67).

<sup>15</sup> Agencia de Noticias Clandestina: medio de comunicación fundado por Rodolfo Walsh que operó de forma clandestina de 1976 a 1977 en la Argentina.



discursivamente como a un simple cambio de gobierno, como si en la madrugada de aquel día las Fuerzas Armadas no hubieran tomado el control sobre el Estado por la fuerza, sino a través de elecciones democráticas. Al día siguiente, *Clarín* abrió su portada con un título que reafirmaba el intento por normalizar y legitimar el golpe de Estado: “«Total Normalidad: Las Fuerzas Armadas ejercen el gobierno»” (ctd. en Ciappina 39).

El uso impersonal del verbo «detener», en el titular de *La Nación*, da cuenta de una práctica periodística que empezó a construir la información (y, por lo tanto, la percepción de la realidad) desde un discurso en el que se obliteraba y opacaba la responsabilidad detrás de los hechos. En la portada de *Clarín* que circuló el primero de abril de 1976 aparecieron los siguientes titulares: «Fijan las facultades de la Junta y el Presidente», «Continúa el estudio de las medidas económicas», «Intervienen a 12 sindicatos», «Autorizan a racionalizar la administración pública» (Blaustein y Zubieta 30). ¿Quién fijó las facultades? ¿Quién estudió las medidas económicas? ¿Quién intervino a los sindicatos? ¿Quién autorizó a racionalizar la administración pública? ¿Quién dio la orden? El sujeto gramatical en quien debiera recaer la responsabilidad por las acciones referidas en los titulares aparece exiliado del discurso periodístico.

Con todo, pese a su no-inscripción, su ausencia o su omisión, el sujeto social y político responsable de estas acciones parecía quedar investido de un carácter divino, de una facultad operativa que actuaba sobre la realidad como desde afuera del mundo, por fuera de la historia. El cuerpo del aparato del Estado *desaparecía* y, en ese gesto, al mismo tiempo, se mistificaba y eludía su responsabilidad: “El quién ha desaparecido y sin embargo domina los titulares con una verticalidad y una voluntad ominosa e invisible, como si se tratara de un vasto poder invasivo e irrefutable, ajeno a los dominios de la razón, como si proviniera del más allá” (Blaustein y Zubieta 30). En *La Nación* también predominaron titulares con verbos sin actante: “Designóse, nombróse, detúvose, reuniráse, abatióse...” (Blaustein y Zubieta 36). Los hechos sociales se re-presentaban como si surgieran por generación espontánea, como si su origen humano hubiera desaparecido: hay un “«más allá» de la significación, un excedente inaccesible del discurso, una especie de fuente externa, atemporal, sin ataduras contextuales o situacionales, que autoriza o fundamenta al discurso en tanto resonancia de la VOX” (Ramos, “Descarga” 51).

Otro rasgo fundamental de las formas discursivas que asumió el registro periodístico dominante, durante la dictadura militar, consistió en adjuntar en las páginas de los diarios los comunicados y disposiciones oficiales sin comentarlos ni analizarlos<sup>16</sup>. Esta prensa adoptó la función de canal pasivo entre la información proveniente del aparato del Estado y la sociedad civil: renunciaba a ser mediadora y optaba por ser comunicadora de mensajes-órdenes oficiales. La posibilidad de diálogo se reducía a su máxima expresión. En la verticalidad que asumió y construyó el discurso periodístico se expresaba una concepción autoritaria de lo social que era afín a la ideología estatal-represiva<sup>17</sup>. En su pasividad se reafirmaba y se construía la pasividad y complicidad que se esperaba del cuerpo social: “Los diarios no hacen sino amplificar socialmente esa misma verticalidad y la consolidan, dándola por imbatible” (Blaustein y Zubieta 30). Las decisiones que tomaban las Fuerzas Armadas, y que no estaban sujetas a ningún control legislativo, quedaban, así, liberadas también de todo control posible desde la esfera pública que construía el periodismo tradicional. La vida social de la Argentina se militarizaba; la comunicación se reducía al código militar de impartir órdenes y obedecerlas. El registro periodístico devino en “pura y monocorde megafonía [y megalomanía] del palabrerío oficial” (Blaustein y Zubieta 31)<sup>18</sup>.

La operación retórica de velamiento de las responsabilidades y la consolidación de un sistema comunicativo vertical son muestra de una práctica periodística generalizada que configuraba, al menos desde los artículos de prensa, una realidad inapelable ante la cual no parecía posible actuar. En unas circunstancias sociales como las concebidas, representadas y difundidas desde estos lugares de enunciación, las capacidades de posicionamiento crítico y transformador, respecto a las condiciones de la sociedad, no parecían viables ni efectivas.

---

<sup>16</sup> En la edición del primero de abril de *Clarín*, por ejemplo, se leía: “En el Boletín Oficial de ayer fue publicado el Estatuto para el Proceso de Reorganización Nacional que contiene las «normas fundamentales a las que se ajustará el gobierno de la Nación». El texto completo del nuevo instrumento legal es el siguiente...” (ctd. en Blaustein y Zubieta 31). A continuación, se insertaba el boletín. Y el final de ese comunicado oficial coincidía con el final del artículo.

<sup>17</sup> Respecto a esta verticalidad en el discurso y sobre cómo repercute en el sujeto que «escucha», Ramos señala: “la oreja queda subordinada a la gravedad de la voz del Otro, esa VOX que desciende, por el altavoz religioso, militar o estatal, desde el infinito de la ley hasta la orejada escena de la obediencia, la instancia de la escucha purificada en el lugar «debido» que al sujeto le asigna la interpelación, el llamado, cuando se recibe el mensaje sin mayor interferencia, ya sea como canto religioso o marcha militar (50-51).

<sup>18</sup> Pese a todo, Blaustein y Zubieta sugieren que, en algunos casos, el silencio de la prensa frente a los comunicados oficiales podría leerse no solo como sumisión ante el régimen, sino como una denuncia tácita de los mecanismos de censura. Una suerte de silencio que diría: «no puedo hablar».

La realidad misma devenía en una ínsula extraña, una ínsula-mítica, cuyas dinámicas escapaban a la agencia humana. El registro periodístico dominante recreó un estado de cosas ante el cual las únicas acciones posibles parecían la aceptación, la escucha, la inmovilidad, la parálisis, el aislamiento, la desimplicación, el asentimiento. Y latiendo allí, siempre, detrás, el miedo.

En cuanto al contenido que circuló en esos registros periodísticos que configuraban el campo social a partir de la insularidad de los sujetos y su realidad, Blaustein y Zubieta sostienen que el habla dominante en las noticias era la voz de los militares: “los diarios de entonces sólo contienen a actores militares. Generales, coroneles, almirantes, brigadieres y hasta colimbas<sup>19</sup> de ojos celestes que adornan los mensajes navideños. Hablan y hablan y hablan” (44). Fueron las voces y los rostros de los militares los que tuvieron legitimidad para aparecer y pronunciar su palabra en la esfera pública<sup>20</sup>, incluso cuando lo que tenían por decir era irrelevante. Los temas de los artículos de estos diarios solían remitir a acontecimientos intrascendentes del mundo militar: un “rejuntadero de minucias, rutina de cuartel transferida al país-cuartel, más almuerzos de gala, nuevas ceremonias, giras por los regimientos del interior, hasta un encuentro cumbre sobre la cubierta de un portaaviones” (Blaustein y Zubieta 45). Respecto a este tipo de ejercicio periodístico, Blaustein y Zubieta lo definen como el «Arte de informar sobre la nada» (45). Se informaba sobre la nada porque se pretendía que nada ocurriera y que lo que ocurriera no se supiera.

En esa realidad domesticada, sorda e inapelable de la vida social que construía la prensa argentina hegemónica, tejiendo una concepción social afín a la de la Junta Militar, la construcción de un «otro» enemigo se hacía indispensable. En este caso, era un sujeto al que se le adjudicaba la responsabilidad de los males del país y se le despojaba no solo de nacionalidad argentina<sup>21</sup>, sino de su humanidad: me refiero al sujeto que desde el discurso

---

<sup>19</sup> Nombre coloquial que recibían los jóvenes que prestaban el servicio militar.

<sup>20</sup> Reflexiona Judith Butler respecto a la incidencia de los cuerpos con autorización para «aparecer» en la configuración del ámbito público y, por lo tanto, de la realidad: “La esfera pública se constituye en parte por lo que puede aparecer, y la regulación de la esfera de apariencia es un modo de establecer lo que se considerará como realidad y lo que no” (*Vida* 23).

<sup>21</sup> En una entrevista titulada “Videla frente a 7 periodistas ingleses: Ninguna pregunta quedó por contestar” (nótese el afán explicativo del titular respecto a que Videla no tiene nada que esconder), publicada el 22 de diciembre de 1977 en la revista *Gente*, el represor Videla perfilaba a quienes consideraba subversivos de esta forma: “Yo quiero significar que la ciudadanía argentina no es víctima de la represión. La represión es contra

oficial y el discurso periodístico se nombró como «subversivo». Ese adjetivo denominaba a un sujeto público no viable. Una vida no sólo prescindible, sino de cuya desaparición y la de sus ideas, según se pretendía hacer creer, dependía la estabilidad de la nación. Videla definía al sujeto subversivo así: “Todo individuo que pretenda trastornar los valores fundamentales es un subversivo, un enemigo potencial de la sociedad y es indispensable impedirle que haga daño” (ctd. en Blaustein y Zubieta 46). En ese orden de ideas, cualquier voz disidente era susceptible de ser considerada subversiva y, por lo tanto, el Estado se guardaba el derecho de decidir sobre su vida o su muerte.

La prensa adoptó un discurso deshumanizador que legitimaba la exclusión social que operaba en las palabras de Videla y en los actos terroristas que ejecutaban las Fuerzas Armadas. El diario *La Razón*, por ejemplo, otorgaba un espacio en la parte inferior de su portada, y a todo lo ancho de la página, para contar la cantidad de presuntos «extremistas» que iban siendo asesinados, “de acuerdo a comunicados oficiales en los que nunca jamás se registran bajas entre las fuerzas de seguridad” (Blaustein y Zubieta 42). Cifras de personas abatidas a las que se les arrebató, en el discurso periodístico (como se les arrebató en la violencia que se inscribía sobre sus cuerpos), la identidad y sus pertenencias políticas: “Se prohibió explícitamente a los medios mencionar los nombres de los movimientos y agrupaciones políticas a las que pertenecían los perseguidos, que pasaron a ser nombrados indistintamente como «delincuentes subversivos»” (Castellani ctd. en Secretaría de Educación 37). Se les otorgaba una entidad nebulosa, maléfica e innombrable. La deshumanización empezaba por el discurso y en él se legitimaba y apoyaba: “si la violencia se ejerce contra sujetos irreales, desde el punto de vista de la violencia no hay ningún daño o negación posibles desde el momento en que se trata de vidas ya negadas” (Butler, *Vidas* 60). No hay duelo porque esas vidas nunca fueron. Son muertes que no importan; no merecían ser lloradas ni sus cuerpos nombrados o recordados<sup>22</sup>.

---

una minoría a quien no consideramos argentina. En esta represión aceptamos que pueda haber habido algún exceso. Pero esta no es la norma en nuestra acción ni la propiciamos” (62).

<sup>22</sup> Paradójicamente, sin embargo, la construcción discursiva de aquel sujeto «subversivo» y, por lo tanto, su existencia social justificaba la permanencia ilegítima de la Junta Militar en el poder. En la medida en que subsistiera ese enemigo en el que se concentraban los males de la nación, la presencia de las Fuerzas Armadas en el gobierno era incuestionable y el retorno de la democracia, postergable. En el marco de la realidad ajena, lejana e insular que construía la prensa tradicional, “la guerra es un asunto a la vez lejano y omnipresente que

La política de comunicación detrás de este modo del discurso periodístico que funcionó como canal pasivo a la discursividad monológica de la Junta Militar, que demonizó a cualquier cuerpo que no participara de su ideología y que buscó, así, asentar la creencia en la imposibilidad del encuentro y el reconocimiento humanos, que encubrió violencias a través de la violencia del silencio, y que ayudó a construir una concepción insular sobre la realidad, operó a través de “un conjunto de dispositivos que actúan de manera sostenida en el tiempo, primero, para identificar y para construir una «otredad peligrosa»; luego, para justificar y para ocultar su destrucción; y, por último, para promover la naturalización del crimen” (Saintout y Bolis 17). El espectro social que desde una práctica periodística así entendida se proponía y se desplegaba era el de un espacio de exclusión radical de la diferencia. Exclusión que se manifestaba en la desaparición de nombres e identidades en el plano del discurso periodístico, pero que implicaba también la desaparición de seres humanos en el plano material. La necesidad de que ciertos sujetos sociales no existieran ni tuvieran legitimidad como sujetos con derecho a intervenir en lo público se manifestaba, desde los discursos periodísticos hegemónicos, en “la construcción de unos nombres, de unos relatos, de unas categorías y de unas imágenes que ordenan los acontecimientos a partir del eje de destrucción del otro. Ese proceso se hace ocultando la verdad y, sobre todo, mintiendo. No hay exterminio sin categorías sobre lo otro como exterminable” (Saintout y Bolis 18).

Aquella otredad se construyó como exterminable en tanto que alteraba el orden rígido y estable que se pretendía instaurar desde el actuar represivo de la dictadura. Las presencias y las voces de esas subjetividades otras amenazaban la imposición de la insularidad como forma social. Frente a las violencias que se inscribían sobre sus cuerpos e identidades, se instauraron la complicidad y el silencio generalizados de la prensa al respecto. Como diría Butler sobre el papel de la prensa norteamericana en el contexto de las invasiones de Estados Unidos a Irak, aquel horror perpetrado por el Estado argentino permanecía in-nombrado: “Nada de esto pertenece al orden del acontecimiento. No ha pasado nada. En el silencio de los diarios no hubo ningún acontecimiento, ninguna pérdida, y esta falta de reconocimiento se impone mediante una identificación de estas vidas con los

---

se libra infinitamente y que siempre se está a punto de ganar. Siempre se gana, pero siempre falta un poquito más, sólo un poquito, para el desenlace definitivo” (Blaustein y Zubieta 46).

perpetradores de la violencia” (*Vidas* 63). Las víctimas del terrorismo de un Estado que opera clandestinamente no merecen ocupar ningún espacio de la esfera pública ni de la memoria colectiva. Ellas son las culpables del des-orden de la sociedad y, por lo tanto, las violencias que sufren pueden ser obliteradas o justificadas. Se desnuda a las personas de sus derechos y se hace creer que merecen la des-humanización de la que son víctimas por parte de los discursos sociales y por la violencia física y psicológica de la que son objeto. Su exterminio es no solo una posibilidad sino una necesidad. Son vidas que no importan. Desde el periodismo, durante la dictadura cívico-militar argentina, se ayudó a construir ese horizonte epistemológico desde el cual hay vidas sacrificables, vidas que ocupan posiciones invivibles y que, por lo tanto, merecen la persecución, la muerte y/o la desaparición.

Esta construcción de una «subjetividad otra» sin nombre, no-argentina, no-humana, hizo parte de una formación de lo público erigida “sobre la condición de que ciertas imágenes no aparezcan en los medios, de que ciertos nombres no se pronuncien, de que ciertas pérdidas no se consideren pérdidas y de que la violencia sea irreal y difusa” (Butler, *Vidas* 65). Se desarrollaron operaciones simbólicas marginadoras que relegaron a ciertas vidas a ocupar las periferias de la esfera pública, de lo visible, de lo audible, de lo narrable, de lo real y de las categorías sobre lo humano. Se les prohibía aparecer, existir, vivir, hablar. Eran vidas exiliadas del derecho a ser y a hacer. La negación y la desaparición física y simbólica de estas vidas no solo sostienen “un nacionalismo basado en objetivos y prácticas militares, sino que también suprimen cualquier disenso interno que pueda exponer los efectos concretos y humanos de su violencia” (Butler, *Vidas* 65). En su editorial del 28 de marzo de 1982, cuando la dictadura ya había entrado en colapso y Argentina estaba a punto de ser derrotada en las Malvinas, *La Nación* decía: “De ninguna manera está en juego la revisión de la guerra contra la subversión... ya que (las victorias de las FF.AA., desde la Independencia) son la causa de que la Nación viva” (ctd. en Blaustein y Zubieta 37). En tales condiciones, en las que la violencia que sufren ciertos seres humanos no merece ser nombrada ni cuestionada, y sus voces no tienen legitimidad para ocupar un espacio en la discusión pública, el campo de lo social también pierde su vitalidad; deviene en un cuerpo inerte, cadavérico. Cadáveres. *Cadáveres*.

En la operación retórica de tachar el nombre del «otro» para llamarlo «subversivo», se intenta anular no sólo su humanidad sino la posibilidad del reconocimiento mutuo; de reconocer en esa otredad algo que también reconozca como mío, como nuestro o común. La posibilidad de un lugar de encuentro, de un espacio de comunión y entendimiento queda borrada. Se impone una distancia insalvable entre el «yo» y el «tú»: ínsulas lejanas y extrañas. En palabras de Butler, podría decirse que desde esta narrativa que se construyó desde el periodismo hegemónico y los discursos oficiales “no ha habido una condición corporal común, una vulnerabilidad que sirva de base para una comprensión de nuestra comunidad” (*Vidas* 63). Esta configuración insular de lo social, en la que la posibilidad de articulación intersubjetiva se ve truncada, era propicia y necesaria para imponer los intereses de las minorías a las que la Junta Militar representaba y para legitimar los mecanismos represivos a los que esta debía acudir para poder imponerlos al resto del cuerpo social: “sin el trabajo sistemático y sostenido de un periodismo hegemónico, los crímenes –y el accionar en general– del aparato represivo del Estado jamás hubiesen sido posibles” (Saintout y Bolis 9).

La disposición insular de la sociedad ayudaba a sostener el accionar de la Junta Militar, que estaba encaminado a “instalar un aparato represivo que eliminara la *movilización* política, sindical, social y cultural” (Ciappina 40, énfasis añadido) con el fin de, como ya he señalado, “modificar de manera sustancial el patrón económico y social de la Argentina, trasladando la rentabilidad desde los sectores del trabajo hacia el capital concentrado: un enorme proceso de concentración económica y de disciplinamiento social a favor del capital terrateniente y de los grandes monopolios económicos” (Ciappina 40). Se trataba de una reingeniería social que sólo era posible a través de la militarización/esterilización de la comunicación y de la vida social en general. La dictadura cívico-militar realizó, desde cada uno de sus aparatos ideológicos (uno de ellos el periodismo tradicional), un ejercicio de sujeción con el que se pretendía que todo quedara bajo la órbita del poder militar y su lógica del desvinculo.

La práctica periodística de los grandes medios construyó discursividades que, desde su urdimbre misma, desde su forma de nombrar y, por lo tanto, construir el mundo, configuraban la realidad a partir de las mismas nociones de inmovilidad, desconocimiento,

insularidad y verticalidad con que la Junta Militar intentaba configurar el campo social, desde la acción terrorista de sus aparatos represivos, para imponer su política económica neoliberal. Esta búsqueda de «estabilidad», «orden», «reorganización», «ajuste» y estatismo de la sociedad, en la que el único movimiento libre es el del capital (aunque su libertad sea, en este caso, una imposición) y el de las Fuerzas Armadas, parece ser un rasgo común de las dictaduras de la segunda mitad del siglo XX en América Latina: “Estos regímenes encarnados ahora por las Fuerzas Armadas, se caracterizaron por su afán *desmovilizador* y su violencia exacerbada en contra de la disidencia política” (Gentile 18, énfasis añadido).

Un artículo de la revista *Gente*, publicado una semana después del golpe militar, condensa esta concepción represiva que se expresaba y se diseminaba en y a través de los tejidos de los discursos producidos desde el periodismo: “El dramático proceso del país nos hizo crecer. Y de pronto advertimos que teníamos la obligación de interpretar la producción de noticias, de arriba para abajo. Que teníamos la obligación de hacer ideología y pecar por arbitrarios antes que por complacientes” (ctd. en Saintout y Bolis 11). Se incorporó en la práctica discursiva del periodismo hegemónico la misma concepción autoritaria sobre la vida que se imponía desde el gobierno de la Junta Militar. Una práctica periodística así concebida negaba la posibilidad de la construcción de espacios de sociabilidad y comunicación horizontales y dialógicos, y contribuía a volver más eficaz el accionar de la máquina paranoica de la dictadura.

En 1981, cada vez más cerca el ocaso de la dictadura (pero no el de las políticas económicas y la configuración social que ésta había echado a andar), en las páginas de la revista *Humor*, el periodista Enrique Vásquez hacía un mea culpa pocas veces visto, no solo durante la dictadura, sino incluso desde ese tiempo hasta la actualidad: “Los periodistas –decía– somos culpables porque en su momento nos faltaron agallas... No dijimos ni una sola palabra sobre la Argentina secreta... Nunca pensamos que nuestro silencio nos transformaría en cómplices de lo que pasó y de lo que pasa” (ctd. en Blaustein y Zubieta 21).



## 1.5. Lenguas intrusas en la ciudad letrada latinoamericana

*El autor ignora a qué género pertenece esta obra: narrativa, ensayo, poesía, épica, crónica, testimonio... Quizás pertenece a todos y a ninguno.*

Eduardo Galeano, *Memoria del Fuego III: El siglo del viento*

En el marco desquiciado de la represión de dimensiones transnacionales que funcionaba a través de la «Operación Cóndor», un registro discursivo en particular empezaba a asediar, desde los márgenes, los valores y las clasificaciones genéricas de la institución literaria latinoamericana: el género testimonial. En este tipo de escritura palpaba la necesidad de dar cuenta de las crisis de la vida cotidiana que se había visto dislocada por la represión estatal. Los discursos testimoniales denuncian esta violencia institucionalizada de la que vastos sectores sociales han sido objeto y contra la cual, también, han luchado (Jara 1). En este caso, el eje argumental es al mismo tiempo el eje motivador de la escritura: la forma en que el autoritarismo y el absolutismo alteró las formas de interrelación humana, política, social y cultural, y la manera en que, desde las experiencias múltiples y fragmentarias de lo cotidiano, se vive y se resiste a aquel orden.

Los sujetos protagonistas de las narrativas testimoniales (que a veces toman la palabra de forma directa, y otras veces su palabra está mediada por una escritora o un escritor) son testigos o víctimas directas del desquiciamiento del Estado. La materia de sus testimonios es el abuso de poder y las violencias que se han inscrito sobre sus vidas y las de sus comunidades. Y su relato es, también, en ese sentido –e incluso por la sola posibilidad de testimoniar–, un testimonio sobre la resistencia y la dignidad humana pese a la magnitud del horror: “Denuncia de excesos de poder, denuncia de la marginación, denuncia del silencio oficial, denuncia en definitiva que va de la mano con el comportamiento extraordinario de que da cuenta el testimonio” (Achugar, “Historias” 72). Entendiendo la subalternidad como “una posición socio-cultural (de clase, etnia, casta, género, oficio, edad, preferencia sexual, etc.) desautorizada por una cultura dominante o hegemónica” (Beverley, “Prólogo” 10), podría decirse que, en el momento de la irrupción de su producción, el

género testimonial ocupaba una posición subalterna en el campo literario latinoamericano. Esta subalternidad y marginalidad discursiva, respecto a otros géneros literarios como la novela o el cuento, se correspondía con la subalternidad de los sujetos que eran protagonistas de la urdimbre de esos registros discursivos.

Las responsabilidades por las atrocidades denunciadas en los registros testimoniales recaen en los Estados represivos. A través de sus políticas económicas y de su imposición violenta, inscriben una doble violencia sobre las mayorías a las que ese sistema sitúa en posición de subalternidad. En buena medida, la violencia de su actuar político “se debe a la modernización misma que se ha blandido como solución al subdesarrollo” (Yúdice 236), y eso incluye una agenda política, económica y cultural de carácter neoliberal que desplaza y marginaliza comunidades heterogéneas. Es en ese sentido que “el testimonio se practica como medio para hacer demandas y así abrir un espacio público que sería, de otro modo, inaccesible” (Yúdice 236). El testimonio busca, especialmente, la superación de una violencia que se añade a las otras, que es cómplice de ellas: la violencia del silencio. A diferencia, por ejemplo, de un ejercicio periodístico que silencia, margina, aísla y verticaliza, el testimonio ofrece un espacio discursivo crítico-reflexivo que cuestiona y tiende puentes, no sólo en tanto que permite la articulación y la resonancia de distintas voces que han sido relegadas en otros registros, sino también en tanto que, como se verá, su modo de dar cuenta de la realidad implica el encuentro de registros discursivos heterogéneos.

El resquebrajamiento del silencio, en el caso de la narrativa testimonial, opera desde unos modos particulares del relato. De hecho, los registros discursivos que se inscriben bajo esta nominación empezaron respondiendo “menos a una prefiguración que a las urgencias de la crítica sociopolítica latinoamericana, de allí también sus rasgos fronterizos y la movilidad de su perfil” (Restrepo 104). Este conjunto de discursividades heterogéneas rehúye y cuestiona la posibilidad de una categorización genérica estable. Los límites discursivos del testimonio no son claros ni precisos. A la transterritorialidad de la represión estatal, consolidada a través de la «Operación Cóndor», se le contraponía una escritura erigida desde una transterritorialidad discursiva. El esbozo con el que Achugar intenta definir la discursividad testimonial puede ser ilustrativo al respecto: “A caballo entre la

biografía y la autobiografía, disputado por la antropología y la literatura, y asumiendo modalidades propias de la narrativa o el discurso histórico el testimonio abre, más allá y con independencia de la problemática genérica, su propio espacio” (“Historias” 62).

Tomando cierta distancia respecto a esta afirmación de Achugar, considero que ese espacio discursivo transterritorial en el que se erige la urdimbre del testimonio no se construye con independencia de su problemática genérica. Aquella configuración de su tejido discursivo, su liminalidad, su transitoriedad, su errancia, su inclasificabilidad y su renuencia a la concordancia genérica y disciplinaria, señala las posibilidades disruptivas que tiene el testimonio respecto a configuraciones totalitarias de la realidad que se producen en otras formas del discurso. Comprender el género testimonial como instaurador de un espacio propio, autónomo, sometido a sus propias reglas, significa domesticar su carácter transgresor y convertirlo, a su vez, en un registro domesticador y autosuficiente. Esta concepción insular del género testimonial invisibiliza las resistencias que el testimonio ejerce desde las formas heterogéneas del relato que asume. Además, concebir al género testimonial como una isla aparte –*aislada*– deja incólumes a las autosuficiencias pretendidas de otras islas (la autobiografía, la biografía, la novela, la historiografía, la crónica, entre otras); autosuficiencias que la urdimbre del discurso testimonial cuestiona radicalmente; islas a las que la movilidad del testimonio obliga a re-configurarse, acaso, como archipiélago. ¿Qué posibilidades de reconocimiento-encuentro entre registros discursivos posibilita el registro testimonial? Y, ¿en qué medida esa posibilidad de encuentro entre registros que dejan de reconocerse como autosuficientes es ya una operación (est)ética que confronta las configuraciones autoritarias que los sistemas dictatoriales y sus aparatos ideológicos pretenden imponer al cuerpo social en general?

El testimonio se presenta como un “género fronterizo, inestable, que franqueó los límites de las distintas disciplinas sociales y géneros literarios” (Restrepo 104). Y, al transgredir esos límites, perturbó la configuración del campo literario latinoamericano y de los presupuestos epistemológicos de disciplinas sociales como la historiografía o el periodismo. El registro testimonial ocupa un lugar-no-lugar, siempre en movimiento, siempre in-cómodo, que es crucial para problematizar relaciones posibles entre los registros periodísticos o históricos y literarios; entre lo que se ha denominado registro factual y

ficcional. Y si bien el desarrollo de formas literarias como la testimonial, en las que se privilegia el registro y la recreación documental de la realidad sociohistórica, es rastreable en América Latina por lo menos desde el periodo colonial, el carácter novedoso que tomó esta discursividad, desde los años sesenta, radicaría en que su teorización y su producción hicieron parte, por primera vez, de un esfuerzo crítico-reflexivo que buscaba resquebrajar las bases ideológicas de los cánones literarios hegemónicos (Duchesne 3-4). Esta reorganización del campo literario terminó produciendo un auge editorial y académico del género testimonial: una “revaloración de lo que, durante décadas, fue considerado material no literario” (Achugar, “Días” 357).

Una circunstancia crucial en la conformación del discurso testimonial como género (haciendo, de nuevo, la salvedad sobre el carácter ambiguo e informe de los registros que bajo ese nombre se suelen reconocer) fue la institución del premio Testimonio por la Casa de las Américas, la institución cultural de la revolución cubana. La primera convocatoria al premio se dio en 1970 y en ella se hacían evidentes los criterios con que se pretendía configurar el testimonio como género: “Los libros de testimonio documentarán, de forma directa, un aspecto de la realidad latinoamericana y caribeña. Se entiende por fuente directa el conocimiento de los hechos por el autor, o la recopilación por éste, de relatos o constancias obtenidas de los protagonistas o testigos idóneos” (Aymerich ctd. en Forné 220).

Pese a este lineamiento señalado desde la institución de la Casa de las Américas, la heterogeneidad de las formas discursivas que se dan encuentro en el registro testimonial hizo que su producción desbordara las delimitaciones en las que se lo pretendía circunscribir. De ahí que, en las convocatorias al premio Testimonio, los criterios de selección vayan siendo modificados constantemente (Forné 220). Los intentos por categorizar, normar y definir al testimonio chocaban frente a su inasibilidad y su carácter radicalmente heterogéneo<sup>23</sup>. Entre los rasgos que la argamasa del registro testimonial asume y moldea, predominan aquellos comunes a los géneros que Duchesne refiere como propios

---

<sup>23</sup> El dilema teórico y, por lo tanto, ético, que este asunto plantea, y que permea también este trabajo que escribo, se expresa con lucidez en la pregunta que Doris Sommer se hace sobre la posibilidad de otorgar un nombre a los registros que, se dice, hacen parte del «género testimonial»: “¿A qué precio político y estético podría yo favorecer una categoría genérica sobre el acto de enfatizar la molesta falta de acomodo?” (156).

de la literatura documental: “la crónica, la relación, las memorias, diarios de campaña, colecciones epistolares, cuadernos de viaje, autobiografías y biografías, discursos, ensayos y reportajes” (4). Sin embargo, en el tránsito que realiza la narrativa testimonial por los márgenes de estos registros, los descoloca, los hila, los comunica, pone sus límites bajo sospecha y, así, reta la insularidad desde la que se los concibe convencionalmente.

A la luz de estas reflexiones, me propongo comprender a *Días y noches* en el marco de lo que se designa como «género testimonial». Con esta inscripción, sin embargo, no pretendo estabilizar el carácter disruptivo de la escritura de Galeano, sino localizar las tensiones constitutivas de su escritura; el horizonte discursivo, la circunstancias en las cuales –y en relación a las cuales– brota su escritura. Lo hago partiendo de la comprensión que ofrece Todorov sobre las categorías de los géneros discursivos cuando señala que éstas operan como instituciones que “funcionan como «horizontes de expectativa» para los lectores, [y] como «modelos de escritura» para los autores” (38). Esto implica que “los textos individuales son producidos y percibidos en relación con la norma que constituye esa codificación” (Todorov 36). Toda escritura, entonces, implica una (re)actualización y transgresión de la norma que constituye su circunstancia discursiva. No se escribe en el aire. Pese a todo, la heterogeneidad ya esbozada del corpus que suele designar el «género testimonial», convierte a este horizonte de expectativas en una institución de por sí llena de fisuras y obligada a un constante replanteamiento y redefinición de sus fronteras. La narrativa testimonial pone en abismo el propio horizonte de expectativas que representa; es un marco inestable que asume su inestabilidad y construye, a partir de ella, su lugar de enunciación<sup>24</sup>.

Dentro de este horizonte inestable de expectativas que la narrativa testimonial performa en cada una de sus concreciones (siendo una de ellas *Días y noches*), se inscriben concepciones contrahegemónicas de la realidad, no sólo en tanto que el testimonio es el relato de historias ignoradas y que los sujetos que allí hablan han sido marginados por los aparatos del Estado, sino también en tanto que la narrativa testimonial asume, moldea y

---

<sup>24</sup> Esto me lleva a la respuesta que propongo a la pregunta que se hacía Sommer: me parece que es posible «favorecer» una categoría genérica y, al mismo tiempo, remarcar la molesta falta de acomodo de lo que esa categoría pretende designar.

juega con una heterogeneidad de registros cuya articulación desafía las convenciones genéricas y disciplinares de los estudios literarios y las ciencias sociales.

De esta transterritorialidad genérica, de la maleabilidad del registro testimonial y, por lo tanto, del carácter multiforme de cada una de sus expresiones, se desprende la inutilidad que señala Duchesne de intentar compartimentar las formas testimoniales frente a otros géneros narrativos, incluyendo incluso al cuento o la novela (5). Lejos de dejar intocados y *aislados* a otros modos del relato, la irrupción del registro testimonial obliga a una reconsideración misma de «lo literario» y de las clasificaciones genéricas tradicionales. El carácter referencial, documental o periodístico que asume abiertamente el registro testimonial parece poder ser adoptable por todo ejercicio literario. Pero acaso sea posible dilatar aún más los límites de los cuestionamientos que suscita la irrupción del testimonio en la ciudad letrada latinoamericana: la posibilidad de pensar lo literario como constitutivo de todo registro que se pretenda documental, referencial, periodístico o fáctico. He ahí los límites que pretendo asediar a través del cuerpo textual de *Días y noches*.

Las circunstancias políticas, económicas, geográficas, políticas, sociales, periodístico-literarias y discursivas que he pretendido describir-tejer fueron parte del horizonte en el que Galeano escribió los relatos que comprende *Días y noches*. Para fines de 1976, debió cerrar la revista *Crisis* y salir exiliado de nuevo, esta vez hacia Calella de la Costa, en Cataluña, donde terminó de escribir y re-escribir los relatos del libro. En ese tránsito geográfico, entre dos exilios, tiene lugar la escritura de *Días y noches*. El movimiento obligado que representa el exilio es el lugar desde el que se erigen esos relatos que desde su heterogeneidad e inclasificabilidad intentan comprender, resistir y ofrecer una mirada otra sobre la realidad; adivinar otro mundo posible a través de las palabras construidas desde la transterritorialidad geográfica que suscitó el exilio, pero también a través de la transterritorialidad discursiva propia del registro testimonial. Una suerte de «Operación Cóndor», pero al revés.

## Capítulo II: Trazos hacia una comprensión de *Días y noches* como un cuerpo textual archipelágico

*Las islas van navegando  
van navegando, van navegando  
van navegando encendidas.*

Nicolás Guillén, *Calor*

Si a partir de la geografía insular es posible reflexionar en torno a la configuración autoritaria y desvinculante de ciertos sistemas políticos, económicos, sociales y culturales (como sostuve en el anterior capítulo), en contraposición a ella, la geografía archipelágica podría suscitar otras maneras de pensar y construir la relacionalidad social: una “peculiar forma de concebir el espacio a partir del énfasis en los vínculos entre las islas: una manera de romper el cerco y trascender las rígidas fronteras de la insularidad” (Palmer 173).

Las lecturas tejidas en este capítulo procuran bordar una comprensión archipelágica del cuerpo textual de *Días y noches*. A partir de su cartografía fracturada se revela un *ethos* que des-dice de la eficacia de los ejercicios de represión estatal con los cuales se busca desvincular a los sujetos y, por lo tanto, deshumanizar la realidad. En la apertura, la exposición, la interrelacionalidad y el descentramiento de cuerpos archipelágicos como el de *Días y noches* se afirma y se despliega un modo alternativo de nombrar, comprender y construir la realidad: una forma de vivirla que es disonante respecto al sistema de comprensión dominante en contextos represivos.

### 2.1. La geografía archipelágica como un modo otro de narrar(nos)/pensar(nos)

*¡Hay tantas islas!*

*Tantas islas como estrellas en la noche.*

Derek Walcott, *La goleta Flight*

Un archipiélago es una cadena o un conjunto de islas que, por lo general, está situado en mar abierto. Los tratados internacionales enmarcan en la noción de archipiélago no solo las islas-cuerpos que lo componen-descomponen, sino también las aguas que separan-comunican a esas islas (División de Asuntos Oceánicos 21). Se trata de una formación geológica fracturada en la que, sin embargo, es la fragmentariedad la que permite la comunicación entre los cuerpos que la constituyen. El agua es la frontera que separa a las islas, pero es también el canal que permite el tránsito entre ellas: la marea asume la multifuncionalidad de una frontera flexible, comunicante y transformadora. El constante movimiento de las olas (un agua que es siempre otra) por entre las ínsulas hace que los bordes de estas estén siendo limados, pulidos, desbastados, modificados. Precisamente, uno de los procesos que da origen a cuerpos archipelágicos es la erosión: “Desgaste o destrucción producidos en la superficie de un cuerpo por la fricción continua o violenta de otro” (“Erosión”). El movimiento ininterrumpido de la marea, hacia adentro y hacia afuera de una isla, va eliminando sedimentos y puede llegar a causar la ruptura de pequeñas áreas de su cuerpo. Y, a su vez, residuos de sedimentos erosionados pueden acumularse y con-formar una isla-fragmento<sup>25</sup>. De modo que la fractura es la condición de posibilidad misma de la (trans)formación del archipiélago, de su movilidad, de su interrelacionalidad, de su vitalidad. El archipiélago es un cuerpo dinámico que, desde su configuración y su estar-siendo abierto a lo por-venir, pone en cuestión el funcionamiento

---

<sup>25</sup> Además de la erosión, las erupciones de volcanes submarinos y las inundaciones también pueden formar un archipiélago. En el primer caso, sucesivas erupciones submarinas hacen que la lava que se ha enfriado y se ha convertido en roca sólida vaya incorporando nuevos trozos de magma que se solidifican. De esta forma, se va expandiendo el cuerpo de esa masa que termina saliendo a flote y convirtiéndose en una isla-fragmento de un archipiélago. En el segundo caso, el crecimiento del nivel del mar puede hacer que el agua se trague trozos de tierra o valles y que solo sobresalgan del agua los picos de formaciones montañosas que ahora son islas de archipiélagos. Estos procesos que están interviniendo en la conformación de estos cuerpos geológicos pueden darse de forma simultánea y durar millones de años (y están abiertos, además, a reconfiguraciones futuras que están operando ya en el presente).



de otros cuerpos geológicos, sociales y/o textuales basados en el aislamiento, la incomunicación, la autosuficiencia, la univocidad, la inmovilidad, la insularidad.

A partir del carácter multiforme, incompleto, cambiante, heterogéneo, fragmentado y descentrado de los cuerpos archipelágicos, me propongo leer la complejidad del cuerpo textual de *Días y noches*, archipiélago de 134 relatos-islas, como una discursividad contrahegemónica. Cada uno de los relatos del libro expresa y traza un ejercicio de la memoria, realizado por Galeano, en el que se trenzan y representan historias personales, historias colectivas y reflexiones críticas respecto a las realidades cotidianas de los países latinoamericanos en el marco de la proliferación de sistemas dictatoriales, de corte neoliberal, en la segunda mitad del siglo XX. En el segundo relato del libro, “Cierro los ojos y estoy en medio del mar” (*Días* 9), Galeano pareciera dar cuenta de una instancia interpelativa de sus recuerdos que lo empuja a escribir aquellas memorias: “Fiebre de mis adentros: las ciudades y la gente, desprendidos de la memoria, navegan hacia mí: tierra donde nací, hijos que hice, hombres y mujeres que me aumentaron el alma” (10). Esta visión des-ordenada y febril, en la que lo asedia una multiplicidad de recuerdos habitados por espacios y subjetividades concretas, podría estarse expresando en la fragmentariedad del cuerpo textual de *Días y noches*. Sin embargo, también hay un reconocimiento de que los vínculos que ha tejido con esas otras subjetividades constituyen, atraviesan y alteran radicalmente su propia subjetividad<sup>26</sup>. De modo que la configuración archipelágica de *Días y noches* podría leerse como la corporeización de la heterogeneidad, la pluralidad y la singularidad de memorias compartidas con esos otros sujetos que interrogan y asedian a Galeano desde el recuerdo de lo vivido, pero también la cartografía de la manera descentrada, abierta y múltiple con que comprende y da cuenta, a través del relato, de su propia subjetividad y de la realidad.

---

<sup>26</sup> Quiero comprender aquí la subjetividad desde la perspectiva dialógica que desarrolla Judith Butler según la cual los sujetos “se comportan respecto de un «tú», fuera de sí mismos, constituidos por normas culturales que nos preceden y nos exceden, entregados a un conjunto de normas culturales y a un campo de poder que nos condiciona de manera fundamental” (*Vida* 73). Este condicionamiento del que habla Butler significa que la subjetividad se construye solo dentro de un marco normativo en relación al cual los sujetos son comprensibles (o no) como tal. El sujeto necesita de ese marco social del que emerge y con respecto al que, sin embargo, se (re)define en tensión a partir de su contacto con otros sujetos.

Desde la urdimbre archipelágica con que configura sus recuerdos, Galeano procura expresar unas experiencias y unos modos del decir que han sido silenciados o marginados en otros registros discursivos funcionales al cuerpo del Estado represivo. En contraposición a construcciones narrativas verticales, lineales, unívocas, totalitarias y desvinculantes, Galeano traza la geografía de una historia contrahegemónica, fragmentada, hecha de retazos, de islas que se comunican e interrogan, de historias compartidas en cuya configuración se revelan comprensiones complejas y dinámicas sobre la realidad. En los relatos de *Días y noches*, como en la narrativa testimonial, hay un intento por desmontar los discursos homogeneizadores e invisibilizadores del poder contraponiéndolos a “la verdad del Otro, heterogénea, descentrada y silenciada” (Achugar, “Historias” 73-74). En su intento por dar cuenta de esa pluralidad y multiplicidad de verdades que fisuran la autosuficiencia pretendida por los discursos totalitarios, la escritura de Galeano se fractura, se descentra y se disemina: incorpora el carácter fragmentario de las verdades que enuncia, y construye desde ahí un lugar de enunciación, móvil, abierto, múltiple, archipelágico.

El cuerpo textual de *Días y noches* no solo pretende dar cuenta de otras versiones sobre la historia, sino que, desde su composición fracturada, expresa las violencias a las que el tejido social y los cuerpos que lo componen han estado expuestos en el marco de la represión estatal: es un libro descrito por su propio autor como desgarrado y dolido (Galeano, “Eduardo Galeano”) que intenta “reconstruir el significado del tiempo vivido, al proponer una literatura alternativa que dé testimonio de esa historia *deshistorizada* por el discurso oficial” (Hernández 179). Su des-centralización y su carácter herido, sin embargo, configuran un espacio discursivo de resistencia que anuncia y despliega una forma no insular de comprender la realidad y la subjetividad: desde sus desgarraduras alumbró un horizonte ético regido por la posibilidad del encuentro. La disposición archipelágica de los relatos-islas de *Días y noches* postula la posibilidad de una interrelacionalidad dialógica entre estos y entre las voces que los habitan-construyen.

En un relato de *El libro de los abrazos*, “Celebración de las bodas de la razón y el corazón” (107), Galeano reflexiona sobre el papel de la escritura en la construcción de puentes entre lo aparentemente incomunicado: “Para qué escribe uno, si no es para juntar sus pedazos? [sic] Desde que entramos en la escuela o la iglesia, la educación nos

descuartiza: nos enseña a divorciar el alma del cuerpo y la razón del corazón” (*El libro* 107). La escritura se concibe, así, como un trazo capaz de tejer vínculos entre realidades, subjetividades, experiencias, reflexiones, registros discursivos; entre elementos que, de otro modo, seguirían siendo comprendidos desde una perspectiva disgregante y desvinculante. La posibilidad del encuentro y el diálogo entre estos elementos, articulados de forma descentrada en la configuración de *Días y noches*, suscita una comprensión de la realidad que cuestiona órdenes sociales insulares como los que pretenden instaurar los regímenes dictatoriales a través de sus políticas económicas y sus aparatos represivos e ideológicos<sup>27</sup>.

La constitución archipelágica de *Días y noches* se expresa también en la polifonía de voces que resuenan en sus islas-relatos. La urdimbre del libro se sostiene “más en citas de pronunciamientos de varios «personajes» que en un recuento solipsista de lo vivido” (Hernández 181). Galeano no construye un narrador insular-monológico, sino uno que construye su relato sobre las realidades que vive y sobre su propia subjetividad a partir de un lugar de enunciación descentrado en el que se in-corporan, se (re)encuentran, (re)suenan y se afectan las voces de aquellas subjetividades con las que ha establecido algún vínculo que, ahora, es reactualizado y performado a través de la escritura. Este carácter polifónico de *Días y noches* se emparenta con la apertura ética que señala Yúdice en el registro testimonial: “Al enfocar la fragmentariedad de la experiencia y al dejar de lado el impulso a totalizar, el testimonio rehúye la construcción de un yo monológico y, al contrario, se abre hacia la heterogeneidad” (Yúdice 228). Esta in-corporación de las voces de los «otros» sujetos y sus abrazos en la voz de Galeano se asemeja al proceso abierto a través del cual la lava volcánica se integra a trozos secos de lava y con-forman islas de cuerpos archipelágicos.

---

<sup>27</sup> En “Divorcios” (*El libro* 109), Galeano define la funcionalidad, respecto a sistemas autoritarios, de una estructura social basada en el desvinculo: “para que los callados no se hagan preguntones, para que los opinados no se vuelvan opinadores. Para que no se junten los solos, ni junte el alma sus pedazos” (109). Y continúa: “El sistema divorcia la emoción y el pensamiento como divorcia el sexo y el amor, la vida íntima y la vida pública, el pasado y el presente. Si el pasado no tiene nada que decir al presente, la historia puede quedarse dormida, sin molestar, en el ropero donde el sistema guarda sus viejos disfraces” (109). Aquel sistema sobre el que reflexiona Galeano no reconoce la otredad porque se concibe y se re-presenta a sí mismo como un cuerpo insular autosuficiente, completo, sano, coherente, consensuado, cerrado, ahistórico, esencial.

La flexibilidad y la comunicabilidad de las fronteras acuíferas entre las islas del archipiélago se expresan en el funcionamiento discursivo del cuerpo de *Días y noches*. Hay títulos de relatos, por ejemplo, que sugieren entre ellos, y entre los cuerpos textuales-islas que nombran, relaciones evidentes e incluso de abierta interdependencia y dialogicidad: En “El sol extinguía los colores y las formas de las cosas” (*Días* 57), Galeano recuerda una estadía suya en Macuto, Venezuela, y habla sobre la forma en que allí el calor del trópico devora todo lo que toca y altera la forma en que la vista percibe las cosas (tanto que el pintor Armando Reverón, según nos cuenta, que vivía allí, se enloqueció persiguiendo la formas que el calor deformaba). El nombre del relato inmediatamente siguiente continúa la sintaxis de aquel título: “Pero yo prefiero los resplandores de la gente” (*Días* 58). Y en este relato hace una semblanza de Ernesto Guevara en la que exalta la forma en que el brillo de sus ojos expresaba la manera de mirar de quienes creen y tienen esperanza. A través de la continuidad de los títulos de ambos relatos-islas, que forman una sola frase, Galeano hace evidentes los vasos comunicantes que los interconectan; la relación contrastante entre las concepciones sobre la realidad de las que cada uno da cuenta.

La disposición de evidente (inter)relacionalidad entre estos dos relatos que se interrogan (como la que hay de forma menos explícita entre los otros relatos) solicita y demanda un ejercicio lector que trace los vasos comunicantes que laten entre ellos, que los recorra, que los peregrine y en el gesto de ese tránsito los re-cree: un desplazamiento que, como el de la marea que surca las islas de un archipiélago, transforme y comunique los cuerpos que recorre. Galeano trazó la cartografía de una geografía fragmentada que, sin embargo, el lector es quien deberá escuchar, navegar y (re)articular en el acto de lectura.

En uno de los relatos titulados “Sueños” (*Días* 135), Galeano se dirige a un tú que parece ser Helena Villagra, su segunda esposa, pero que también pudiera ser el lector:

Yo te contaba historias de cuando era chico y vos las veías ocurrir en la ventana.

Me veías de gurí andando por los campos y veías los caballos y la luz y todo se movía suavemente.

... A partir de ese momento eras vos la que jugabas y corrías en la ventana de mi memoria, y atravesabas galopando los prados de mi infancia y de tu sueño, con mi viento en tu cara. (135)

La capacidad evocativa y vivencial del recuerdo puesto en relato permite reconocer experiencias compartidas. El ejercicio de lectura es concebido como un peregrinaje que no solo tiende puentes, sino que re-crea y co-habita lo narrado. Es en la lectura donde termina de trazarse-reconocerse la cartografía del archipiélago textual de *Días y noches*; donde se lo reconoce como un cuerpo dialogante, expuesto, urdido por una “cadena de relatos que de un fragmento a otro marcan cambios de ritmo, de enfoque y de tema, [que son] contrastantes o secuenciales en relación con la anécdota abordada, que obligan al intérprete a organizar su percepción sobre los sucesos narrados” (Hernández 182). En ese ejercicio de lectura-navegación queda siempre abierta la posibilidad de nuevas e insospechadas conexiones todavía por suceder en un futuro de la lectura.

## 2.2. (Po)ética del fragmento

*... la hierba ya cubría las cenizas, y entre los huesos de la ciudad florecían flores silvestres. La bomba no sólo había dejado intactos los órganos subterráneos de las plantas; los había estimulado.*

John Hersey, *Hiroshima*

En 1984, cuando ya se acercaba el fin de su exilio geográfico<sup>28</sup>, el semanario *Aquí* publicó una entrevista realizada por vía telefónica a Galeano. Desde que se había instaurado la dictadura de Juan María Bordaberry no solo sus libros habían sido prohibidos, sino que su nombre había desaparecido de los diarios de su país y esta era la primera vez que reaparecía en ellos (*Días* 116 [2000]). En esa entrevista, a la pregunta sobre cómo el exilio

---

<sup>28</sup> En 1985 retorna la democracia al Uruguay. En ese mismo año Galeano regresa a vivir a Montevideo.

había trastocado su vida, Galeano respondió: “Creo que el exilio es un desafío. Empieza siendo un tiempo de penitencia, nacido de una impotencia o de una derrota, y se precisan humildades y paciencias para convertirlo en tiempo de creación y para asumirlo como un frente más de lucha” (*Días* 118 [2000]). Pese a la profundidad de las heridas que dejan las violencias del Estado, desde esas desgarraduras parece posible el surgimiento de espacios de resistencia y vitalidad creadora.

En “Crónica de un vuelo sobre tierra purpúrea” (*Días* 120), Galeano refiere las reflexiones que le suscitaba un sueño reiterativo que tenía en el que su exilio acababa y podía regresar al Uruguay: “¿Y si fuéramos una piedra partida? ¿Una piedra que se rompió, pedazos de una sola piedra rodando por ahí? Peregrinos condenados a estar siempre como de paso” (121-22). La experiencia del exilio le permite una manera particular de entender las relaciones humanas como el movimiento de fragmentos-subjetividades concretas e inacabadas que intentan encontrarse para restaurar alguna unidad posible, para reconocer pertenencias o arraigos comunes, para pensar(se) archipelágicamente. El movimiento obligado del exilio es apropiado para narrar y concebir la realidad de una forma no-unívoca, pluridimensional, polifónica, abierta, cambiante, heterogénea, transitoria. En uno de los relatos titulados “Guerra de la calle, guerra del alma” (*Días* 188), Galeano re-escribe unas palabras que ha escuchado del cacique Huilca en el Perú: “«Aquí llegaron. Rompieron hasta las piedras. Querían hacernos desaparecer. Pero no lo han conseguido, porque estamos vivos y eso es lo principal»” (188). Luego de señalar su afinidad con el pensamiento del cacique, Galeano muestra cómo in-corporó esas palabras a su propia reflexión sobre lo que implica el exilio y la represión: “Estar vivos, o sea: capaces de alegría, a pesar de los adioses y los crímenes, para que el destierro sea el testimonio de otro país posible” (188). El exilio puede abrir horizontes éticos que desdican de la insularidad, el miedo y la inmovilidad como instancias configuradoras del tejido social; la herida permite vislumbrar la posibilidad de quebrar, pese al dolor, e incluso por el dolor mismo, las lógicas de los sistemas autoritarios<sup>29</sup>.

---

<sup>29</sup> En “Cierro los ojos y estoy en medio del mar” (*Días* 9), hablando sobre su segundo exilio, que lo lleva de Buenos Aires a Cataluña, Galeano reconoce la presencia articuladora del peregrinaje en su vida: “Perdí varias cosas en Buenos Aires. ... No me quejo. Con tantas personas perdidas, llorar por las cosas sería como faltarle el respeto al dolor. Vida gitana. Las cosas me acompañan y se van. Las tengo de noche, las pierdo de día. No estoy preso de las cosas; ellas no deciden nada” (9). A partir de las reflexiones que suscita la idea del

Si el carácter herido del archipiélago se presenta como la condición misma de la vitalidad, movilidad y apertura de ese cuerpo geológico a la luz del cual pretendo leer a *Días y noches*, de forma análoga, podría decirse que el sufrimiento de la represión estatal puede abrir la oportunidad de desarrollar y complejizar la conciencia sobre la interrelacionalidad humana. Las heridas que inscribe la violencia estatal sobre el tejido social pueden acentuar el reconocimiento de lo que Butler comprende como la «precariedad de la vida»: “cada uno de nosotros se constituye políticamente en virtud de la vulnerabilidad social de nuestros cuerpos –como lugar de deseo y de vulnerabilidad física, como lugar público de afirmación y de exposición–” (*Vida* 46). Padecer una herida se presenta como la posibilidad de establecer una instancia reflexiva transformadora: “hay que preguntarse qué debe hacerse políticamente con el duelo además de clamar por la guerra. La herida ayuda a entender que hay otros afuera de quienes depende mi vida, gente que no conozco y que tal vez nunca conozca” (Butler, *Vida* 14). Pensar desde las marcas que deja la violencia implica comprender que no solo hay otras vidas tan vulnerables como la mía, sino que de la existencia de esas vidas y de los vínculos que con ellas establezco depende la mía: de la interrelacionalidad de sus fragmentos-islas depende la vitalidad del archipiélago.

En tanto partícipes del tejido social, todos los sujetos estamos descentrados: “La pérdida y la vulnerabilidad parecen ser la consecuencia de nuestros cuerpos socialmente constituidos, sujetos a otros, amenazados por la pérdida, expuestos a otros y susceptibles de violencia a causa de esta exposición” (Butler, *Vida* 46). En “Escrito en un muro, dicho en la calle, cantado en los campos” (*Días* 156), Galeano cita las palabras de un poeta que está en un manicomio y tiene un diálogo imaginario con Lautréamont: “«Y él me contestó que me quería. Que seríamos amigos ahora en el mar, porque los dos habíamos sufrido en la tierra»” (157). Dos fragmentos-islas que sufrieron y ahora se encuentran y se comunican para intentar reparar el daño y retoñar desde las heridas que han sufrido: reconfiguran sus existencias; se *archipiélagizan*. El reconocimiento de una precariedad compartida permite “reimaginar la posibilidad de una comunidad sobre la base de la vulnerabilidad y de la pérdida” (Butler, *Vida* 45). De modo que los posicionamientos crítico-reflexivos y éticos que suscita la experiencia de la violencia deberían conducir a un replanteamiento de nuestra

---

desplazamiento, se revela también una postura ética que desdice de las lógicas acumulativas, posesivas, petrificadoras y estabilizadoras en que se apoyan los intereses neoliberales.

concepción sobre la condición de las realidades sociales que constituimos y que nos constituyen: se hace posible reconocer que estamos en relaciones de interdependencia con los demás; descubrimos que somos islas de un archipiélago cuya vitalidad depende de nuestra interrelacionalidad y de la responsabilidad que asumamos respecto a las otras vidas: “La pérdida nos reúne a todos en un tenue «nosotros»” (Butler, *Vida* 46). El archipiélago es un sistema circulatorio donde cada torrente sanguíneo es necesario para mantener activo el pulso de cada isla.

A través de la violencia de sus aparatos represivos e ideológicos pareciera querer negarse, desde el Estado, la propia vulnerabilidad a la que está sujeto como resultado de su ilegitimidad: se explota la precariedad de ciertas vidas a las que considera amenazantes para afirmar la totalidad imaginaria de un yo-Estado autosuficiente. Se trata de un cuerpo estatal paranoico que se piensa como ínsula, y para sostenerse como tal debe hacer desaparecer del espacio público a las otras ínsulas que lo rodean y le recuerdan su propia interdependencia, su no-autosuficiencia, su no-omnipresencia, su no-omnipotencia. Estado colérico y esquizofrénico que para afirmarse debe anular todo lo que no es igual a él, todo lo que lleve marcas de otredad: “La paranoia es la patología de los regímenes inseguros y, en particular, de las dictaduras” (Coetzee 54). En el relato-isla “Río de Janeiro, octubre de 1975: esa mañana salió de su casa y nunca más lo vieron vivo” (*Días* 74), Galeano hace explícito este desquiciamiento que subyace al actuar represivo del Estado totalitario. Al narrar que mientras está en Río de Janeiro con un grupo de amigos se enteran de que Vlado Herzog, periodista y director del noticiero *Hora da noticia*<sup>30</sup>, ha desaparecido, recuerda haber pensado-dicho: “-La máquina está loca –pienso, o digo—<sup>31</sup>. Han de haberle atribuido hasta la revolución del 17” (75). Casos como el de Herzog se multiplican en distintas geografías de América Latina.

En uno de los relatos titulados “El sistema” (*Días* 120), Galeano intenta desentrañar las lógicas de aquella configuración contravital de la realidad: “La máquina, estéril, odia

---

<sup>30</sup> Para cuando el noticiero de esa noche, firmado por él, salió al aire, Herzog ya estaba muerto. “El comunicado oficial dijo que se había ahorcado. Las autoridades no permitieron una nueva autopsia” (Galeano, *Días* 77).

<sup>31</sup> Aquí se expresa un gesto recurrente a lo largo de los relatos de *Días y noches*: Galeano hace evidente la incertidumbre de su recuerdo al reproducir el diálogo que tuvieron las personas allí presentes cuando se enteraron de la muerte de Herzog. Volveré en el siguiente capítulo sobre este cuestionamiento que el narrador hace desde su propio relato a la veracidad de lo narrado.



todo lo que crece y se mueve. Sólo es capaz de multiplicar las cárceles y cementerios. No puede producir otra cosa que presos y cadáveres, espías y policías, mendigos y desterrados” (120). No se multiplican los puertos, lugares de encuentro, sino cárceles y cementerios, lugares cuyo centro articulador es la in-movilidad, el control, el encerramiento. El miedo permea todos los estamentos sociales y busca conducir a la in-comunicación, al exilio social: “Empezás a sentir que alguna gente te saluda en voz baja o da vuelta la cabeza. Hasta por teléfono podés transmitir la lepra. Redescubrimiento de los demás, ahora que viene subiendo la marea. ¿Quién no se deja ahogar? ¿A quién no ha vencido la máquina?” (Galeano, *Días* 143-44)<sup>32</sup>. Sin embargo, pese a ello, el espacio de encuentro que constituye *Días y noches* y las anécdotas que en su cuerpo textual se recrean, se erigen como testimonios de que la represión estatal no deja de ser respondida y retada desde afirmaciones de realidades sociales construidas a partir de la posibilidad de los vínculos y los afectos entre las personas. Siempre hay una *archipelagicidad* subrepticia, latente, sigilosa e incómoda capaz de oponerse a la insularidad.

Frente a discursividades que maquillan las violencias de un sistema económico que pretende imponerse a través de un ejercicio del terrorismo de Estado, se configuran discursividades contrahegemónicas, como la de *Días y noches*, que reconocen y reflexionan críticamente esas violencias para tejer, a partir de las marcas que estas dejan, cuerpos textuales capaces de ofrecer comprensiones críticas sobre la realidad. Desde la urdimbre fracturada y herida de sus narraciones, los lenguajes de estos registros discursivos pretenden dar cuenta de experiencias desgarradoras vividas en el marco de la represión estatal, pero también proponer otras formas de nombrar y referir lo acontecido. La escritura archipelágica de Galeano, desde su modo fracturado de pronunciar la realidad vivida, pone

---

<sup>32</sup> En uno de los relatos titulados “Guerra de la calle, guerra del alma” (*Días* 184), Galeano ausculto y cuestiona radicalmente su propia subjetividad para dar cuenta de las marcas y herencias que deja la violencia: “¿Cuántas veces he sido un dictador? ¿cuántas veces un inquisidor, un censor, un carcelero? ¿Cuántas veces he prohibido, a quienes más quería, la libertad y la palabra? ¿De cuántas personas me he sentido dueño? ¿A cuántas he condenado porque cometieron el delito de no ser yo? ¿No es la propiedad privada de las personas más repugnante que la propiedad de las cosas? ¿A cuánta gente usé, yo que me creía tan al margen de la sociedad de consumo? ¿No he deseado o celebrado, secretamente, la derrota de otros, yo que en voz alta me cagaba en el valor del éxito? ¿Quién no reproduce, dentro de sí, al mundo que lo genera? ¿Quién está a salvo de confundir a su hermano con un rival y a la mujer que ama con la propia sombra?” (184-85).

en entredicho la posibilidad de construir relatos completos, estáticos, cerrados, normativos, coherentes, lineales, unívocos, generalizadores y totalitarios sobre esta<sup>33</sup>.

El terrorismo de Estado produce una crisis de significación que exige una forma narrativa capaz de mostrar esas catástrofes del sentido experimentadas para abrir, a partir de ahí, horizontes éticos desde los que sea posible resistir al totalitarismo. La forma fragmentaria de *Días y noches* no supone una renuncia a tejer un relato que reflexione sobre la complejidad de la realidad, sino que es resultado de la necesidad de mostrar que tal vez solo una forma rota, quebrada, fracturada puede sugerir la experiencia de la herida, de la pérdida y de la vulnerabilidad compartida. A partir de esos trozos-islas-fragmentos, sin embargo, puede recomponerse provisionalmente algo de lo que ha quedado roto y desmembrado por la violencia sin que se borren las cicatrices que esta deja; por el contrario, de esas marcas que dejan las desgarraduras a las que el cuerpo social estuvo expuesto brota un pensamiento vinculante, descentrado, interrelacional, no-insular: “El fragmento lo es, simultáneamente, de la obra en la que entra a formar parte y, desde la perspectiva del lector que lo reconoce, del mundo implícito cuya recuperación imaginativa corre a cargo del receptor” (González 105). De esta forma, los relatos de *Días y noches* se configuran como fragmentos que hablan entre sí (como cuerpos textuales del libro) y que hablan con la realidad (como trozos de ella). Galeano traza la ruta de una búsqueda de unidad reintegradora cuyo punto de partida son los múltiples acontecimientos sociopolíticos perceptibles desde el fragmentado acontecer cotidiano (Duchesne 31).

Lo anecdótico se convierte en la prosa de Galeano en un elemento revelador de una realidad compleja y común. Toda comprensión sobre lo real pasa siempre por el reconocimiento de la inscripción y expresión de los acontecimientos sociales y políticos en existencias particulares<sup>34</sup>. De esta forma, los hechos hablan desde las voces de distintas

---

<sup>33</sup> Reflexionando sobre las posibilidades éticas que este modo del decir despliega, Nelly Richard sugiere que “Lo fragmentario y lo inconcluso son modos (benjaminianos) de honrar a las víctimas desde la crisis de la palabra y la imagen, desde los fragmentos sin pertenencia, desconciliados, que vagan en las orillas de las recomposiciones lineales del pasado” (“La crítica” 191-92).

<sup>34</sup> A esta capacidad comprensiva de los sucesos cotidianos alude el título que se repite en varios relatos de *Días y noches*: “El universo visto por el ojo de la cerradura”. Se intenta auscultar la realidad desde sus expresiones concretas; desde la manera en que esta es vivida, comprendida y sentida desde subjetividades particulares. Incluso el título que da nombre al libro alude a la vida humana pensada como alternancia del tiempo diurno y el tiempo nocturno: el transcurrir de lo cotidiano.

subjetividades tamizadas por la propia voz de Galeano, que propende, así, discursivamente, al rescate de “la personalidad y existencia concreta de quienes han sido «despersonalizados» por la «estructura del poder», pero que ... regresan ... por medio del acto lingüístico de la escritura, y de ahí entran a la conciencia del lector, al plano de la valoración ética y estética” (Hernández 182). Los relatos de *Días y noches* emergen como islas de un archipiélago en cuyos cuerpos retornan las subjetividades, las experiencias y las concepciones sobre el mundo que pretendieron ser invisibilizadas por los aparatos represivos e ideológicos del Estado.

El cuerpo textual *Días y noches*, al in-corporar los desgarros y las dislocaciones que ha sufrido el campo social y los cuerpos que lo componen, en respuesta a la configuración insular que pretende imponerse a través de la represión, postula y performa una manera descentrada, no-lineal, interpelativa, abierta, móvil y plurívoca de leer-nombrar-vivir la realidad: despliega un horizonte ético que socava el autoritarismo de la insularidad. Una disposición (po)ética contrahegemónica como esta se expresa en las palabras que Galeano comparte en una entrevista que le realiza Diana Palaversich:

La historia oficial nos desvincula de los demás. A cada país se le enseña su historia *aislada* como si hubiera ocurrido en un vaso de agua. Se enseña la realidad desvinculada, rota, fragmentada. Yo quise partir de estos fragmentos, recuperar la unidad perdida de las cosas: en lo geográfico, porque el mundo es uno, y en lo histórico, porque la historia es historia *compartida*<sup>35</sup> ... y a partir de estos fragmentos, tratar de armar, reconstruir una unidad ... Yo quisiera ... con todo lo que escribo ayudar a descubrir comunidades, cosas que nos unen, espacios comunes que podamos habitar. (ctd. en González 106, énfasis añadidos)

*Días y noches* se ofrece como un espacio textual en el que se hacen posibles estos encuentros y reconocimientos que procura Galeano a través de la escritura. El espacio común que allí se configura hace de este cuerpo discursivo un lugar en el que pueden convivir los distintos desde su alteridad y diferencia: “La totalidad de voces convocadas se

---

<sup>35</sup> Me parece que en la disección de la palabra «com-partida» se revela la condición contradictoria de los cuerpos (geológicos, textuales y sociales) archipelágicos desde la que he pretendido leer el posicionamiento discursivo-ético de *Días y noches*: de su carácter herido-partido-fragmentado surgen las condiciones de posibilidad de su vitalidad, de su relacionalidad.

resuelven en un universo que las engloba, y las funde, sin anularlas” (González 106). Al tiempo que un Estado terrorista explota la vulnerabilidad de la vida y desvincula a los sujetos, brota una espacialidad discursiva como esta en la que la posibilidad del encuentro representa ya un acto de resistencia. En el relato “¿Existen las ciudades? ¿o son vapores que las personas echan por la boca?” (*Días* 132), recordando su vida en Montevideo, la ciudad en que nació y de la que salió exiliado, Galeano cuenta que mandó a pintar un puerto en la pared de su cuarto en Buenos Aires: “Un puerto Montevideano para llegar, no para irse: para decir hola, no adiós” (132); un espacio que represente un lugar de encuentro y de reconocimiento, no del desvinculo. La interrelacionalidad que expresan las islas-fragmentos que componen al cuerpo textual de *Días y noches* permite la configuración de un espacio discursivo que procura ser, también, un puerto: lugar de vínculos latentes y posibles, lugar del movimiento y de la apertura para las voces, los espacios, los tiempos, las experiencias y las reflexiones que en la cartografía archipelágica del libro se recrean.

En el cuerpo des-membrado del libro, la “fragmentación narrativa, [la] unidad extratextual, [la] confluencia de elementos de diverso origen ... se dirigen a componer un fresco social y epocal a partir de retazos aparentemente no conectables” (Barros-Lémez, “Cantares” 39). Tan complejo es ese universo que se revela a partir de lo concreto, y a tal punto está enmarcado por ejercicios desgarradores de la violencia estatal, que el discurso mismo de *Días y noches* se disemina en muchas prosas breves que no se suceden cronológica ni espacialmente, y que tampoco están atravesadas por una trama única: no hay una linealidad espacio-temporal o una trama rígida que articule inequívocamente a los relatos en una sola dirección o sentido. Se trata de un cuerpo textual lastimado, roto, descentrado: las vivencias cotidianas tejidas, in-corporadas y recreadas en ese espacio discursivo, así, sin embargo, niegan su insularidad y la de las realidades y subjetividades que designan-construyen. Su fragmentariedad es su posibilidad de interrelacionalidad: de su carácter herido y archipelágico se desprende su apertura como lugar de encuentro y reconocimiento dialógico; su posibilidad de constituir un espacio común.

El título de uno de los relatos del libro expresa esta comprensión múltiple y heterogénea sobre las realidades humanas: “Entre todos, si se escucha bien, formamos una

sola melodía” (Galeano, *Días* 187)<sup>36</sup>. La conciencia de la fragmentariedad, de no poder abarcar la totalidad, y de la precariedad que nos une en tanto vidas humanas, instaura la posibilidad de reconocer que estamos expuestos a relaciones dialógicas y, por lo tanto, transformadoras con otras subjetividades, con sus experiencias concretas y con la realidad misma. La trama descentrada, des-tramada y fragmentada de *Días y noches* se ofrece como un espacio discursivo que posibilita este reconocimiento de la multiplicidad y del carácter no unívoco de la realidad y de las subjetividades concretas que la co-habitan; revela y expresa una realidad archipelágica, como el cuerpo discursivo que, en este caso, la intenta nombrar.

### 2.3. Escritura-marea

*Quien, por truculencias del azar, lea alguno de mis libros, no encontrará en ellos una contradicción, sino varias; no un tono, sino muchos; no una línea, sino varios círculos. Por eso no creo que mis novelas puedan leerse como una historia de acontecimientos concatenados, sino como un oleaje que se expande, vuelve, se ensancha, regresa, más tenue, más enardecido, incesante...*

Reinaldo Arenas, *El mundo alucinante: una novela de aventuras*

En la carta que Juan Gelman le escribió a su nieta desaparecida, el poeta argentino reconocía la posibilidad del encuentro y de la construcción de vínculos como instancias suturadoras de las heridas que ha inscrito el terrorismo de Estado sobre las vidas humanas. La posibilidad de la comunicación permitiría estos reconocimientos posibles: “Me gustaría hablarte de ellos y que me hables de vos. Para reconocer en vos a mi hijo y para que reconozcas en mí lo que de tu padre tengo: los dos somos huérfanos de él. Para reparar de algún modo ese corte brutal o silencio que en la carne de la familia perpetró la dictadura

---

<sup>36</sup> En este relato-isla, Galeano sugiere la posibilidad de comunión no solo con los otros sujetos sino con los elementos del mundo. Está en la orilla de un río y ve el humo de la chimenea de una casa de piedra, unos patos nadando en el río y una vela blanca deslizándose entre los árboles. Y Galeano se siente identificado con la vida de cada una de esas realidades: “Mi cuerpo tiene, esta mañana, el mismo ritmo que la brisa, el humo, los patos y la vela” (*Días* 188).

militar” (ctd. en Secretaría de Educación 78). La palabra, inscrita en el marco de una interrelacionalidad humana dialógica, así com-partida, es entendida como un acto de amor que reta la lógica insular desde la que se ha pretendido des-articular el tejido social: se rebela al silencio, al desencuentro, a la inmovilidad y a la incomunicación.

Las experiencias narradas en los relatos de *Días y noches* dan cuenta de que es posible no dejarse ahogar por la marea de la violencia represiva que intenta inundar el archipiélago social hasta hacerlo desaparecer. Reconocer el carácter com-partido de la precariedad da paso a un *ethos* en el que las vidas de los demás sujetos exigen una preocupación activa que nos lleve a “recuperar el sentido de la vulnerabilidad humana y a asumir una responsabilidad colectiva por las vidas físicas de los otros” (Butler, *Vida* 56). Somos islas de archipiélagos sociales, y cuando alguno de los cuerpos con los que nos interrelacionamos –y que nos constituyen, interpelan y descentran– es violentado, nos vemos, de cualquier forma, también, afectados. En un momento inicial, “Cuando perdemos a ciertas personas o cuando hemos sido despojados de un lugar o de una comunidad podemos simplemente sentir que estamos pasando por algo temporario, que el duelo va a terminar y que vamos a recuperar cierto equilibrio previo” (Butler, *Vida* 48). Sin embargo, ese descentramiento experimentado, producto de una violencia que nos descoloca, y que podría ser percibido como accidental, permite comprender el carácter intersubjetivo que nos constituye: “algo acerca de lo que somos se nos revela, algo que dibuja los lazos que nos ligan a otro, que nos enseña que estos lazos constituyen lo que somos, los lazos o nudos que nos componen” (Butler, *Vida* 48). En el caso de Galeano, este reconocimiento de su propio descentramiento, del funcionamiento archipelágico de su propia subjetividad, se expresa en un afán decidido por re-tejer, desde la escritura, los vínculos que la represión estatal ha intentado descoser por medio de la violencia.

Galeano describe la pulsión ética que intentaba desplegar en su escritura en términos afines a la lectura que he propuesto de *Días y noches* como una textualidad archipelágica:

Yo intento... este... revincular lo que el sistema desvincula, porque estamos todos rotos en pedacitos, ¿verdad? Entonces se trata de juntar los pedacitos. Y una vez que uno junta los pedacitos dentro de uno, esos pedacitos de uno mismo roto,

despedazadito, ahí empieza el vínculo con los otros, o sea estas islas, este archipiélago que somos, ¿verdad?, juntándose con objetivos comunes, sabiendo que... que en definitiva... este... tenemos caminos comunes que recorrer, que somos todos como agüitas de río que buscan un cauce común. (“Eduardo Galeano”)

Esta concepción descentrada de la subjetividad, comprendida desde los nudos e intersticios del tejido social que constituimos y que nos constituyen, contradice las pretensiones totalitarias de autosuficiencia e individualismo a partir de las cuales las dictaduras latinoamericanas neoliberales de la segunda mitad del siglo XX pretendieron, a través de sus aparatos ideológicos y represivos, configurar los órdenes sociales de sus países.

Si desde el reconocimiento de la precariedad de nuestras vidas es posible trazar una escritura capaz de expresar esa exposición y la consecuente necesidad de una interrelacionalidad humana dialógica y abierta; y si el archipiélago es comprensible como un cuerpo vivo que está-siendo, que no acaba de «ser» y que, sin embargo, no deja de «ser», los relatos que podemos hacer sobre nuestras subjetividades y sobre nuestras realidades tampoco podrían ser relatos completos, cerrados o transparentes porque, de algún modo, aquellas desbordan los límites de lo narrable y lo cognoscible. La experiencia desgarradora de la violencia estatal agudiza el reconocimiento de la opacidad que nos constituye y que condiciona las representaciones que hacemos incluso de nosotros mismos. La presencia interpeladora de otras vidas que nos atraviesan remarca nuestra inescrutabilidad:

¿Qué «soy», sin ti? Cuando perdemos algunos de estos lazos que nos constituyen, no sabemos quiénes somos ni qué hacer. ... tal vez lo que he perdido «en» ti, eso para lo que no tengo palabras, sea una relación no constituida exclusivamente ni por mí ni por ti, pero que va a ser concebida como *el lazo* por el que estos términos se diferencian y se relacionan. (Butler, *Vida* 48)

Así como es posible comprobar que nuestras subjetividades están implicadas por otros sujetos, y que nuestra propia extranjería u opacidad para nosotros mismos es, paradójicamente, el origen de nuestra conexión ética con otros sujetos (Butler, *Dar* 118), de forma similar, asumir la insuficiencia del lenguaje para dar cuenta de los afectos/vínculos

que nos constituyen –y que en el marco de la represión estatal han sido violentados–, lejos de suponer una renuncia al intento por suturar las heridas (sin que esto implique el borramiento de las cicatrices), abre un horizonte ético que afirma la posibilidad de búsquedas siempre abiertas por re-construir y re-actualizar esos lazos y conexiones por medio de una palabra balbuceante cuyo carácter defectuoso, incompleto y precario pone en escena y asume el carácter provisional de esas restituciones verbales. La resistencia política configurada por el carácter dinámico y transformador de los afectos y los vínculos entre las personas queda, así, desde un lenguaje autorreflexivo como este, postulada como una promesa abierta, viva, humana; como una tarea por estar-haciendo.

Cuando el Estado, actuando a través de sus fuerzas represivas y sus aparatos ideológicos, violenta y exagera la precariedad de la vida de ciertos cuerpos, llegando al límite de hacerlos desaparecer física y discursivamente, lo que se destruye, también, son los puentes posibles-latentes que podíamos tender con esas vidas y todo lo que ellas representaban: las palabras que pudimos haber pronunciado para procurar reconocernos, la relación posible que nos lanzaba al intento por encontrarnos, nuestra exposición que nos invitaba a la conciencia de nuestra interdependencia, la posibilidad de reducir la opacidad que solo la presencia interpeladora de las otras subjetividades hace viable. “La «víctima» es la sociedad toda que padeció, con la desaparición de tantas historias, la pérdida de un mundo en común” (Arfuch 80-81). Las desgarraduras de esa pérdida abren la posibilidad de una práctica reflexiva en la que sería posible reconocer la necesidad constante de buscarnos a través de la palabra e intentar reparar aquello que ha quedado roto y para lo que parece no haber relato, pero que, sin embargo, constituye aquello que nos diferencia y relaciona.

Una de las presencias-voces que laten con más fuerza en los relatos de *Días y noches* es la del escritor argentino Haroldo Conti. El relato “Buenos Aires, mayo de 1976: ¿Está muerto? Quién sabe” (Galeano, *Días* 129) inicia con la narración de un viaje que realizaron Galeano y Conti por el río Paraná. El narrador describe a Conti como un conocedor de aquellas regiones de la Argentina por las que habían viajado: “Sabe andar por el delta como sabe viajar, cuando escribe, por los túneles del tiempo” (130). La escritura se concibe, desde esta visión, como un elemento que posibilita el viaje, el tránsito, el peregrinaje, el acercamiento, el vínculo: escribir como trazar rutas posibles que nos



permitan salir de nosotros y encontrarnos en otros lugares, tiempos y subjetividades. Al final del relato, Galeano da cuenta de la herida abierta que ha dejado la desaparición de Conti<sup>37</sup>, y en el mismo gesto, a través de las palabras, intenta suturar esa desgarradura que la violencia de Estado ha inscrito en los vínculos entre ambos: “Hoy hace una semana que se lo llevaron y yo ya no tengo cómo decirle que lo quiero y que nunca se lo dije por la vergüenza o la pereza que me daba” (131). Haroldo Conti ha sido secuestrado y ahora escribir el vínculo emocional que los unía es la forma de mantener en vida esa intensidad constitutiva del afecto de la amistad que los unía y que, como escribió el poeta chileno Raúl Zurita, quedó “pegado, pegado a las rocas, al mar y a las montañas” (13). Su escritura reinscribe, señala y re-marca una herida (Galeano despide-entierra con sus palabras a aquel de quien se sospecha no volverá aparecer)<sup>38</sup>, y, en el mismo gesto, ese trazo escritural dolido revela-reconstruye algo del vínculo afectivo que enlazaba a ambas vidas.

La conciencia de nuestra opacidad y la experiencia de la desposesión respecto a nuestra propia subjetividad y a la realidad, le imponen límites a los relatos que podemos hacer sobre nuestra vida y sobre las realidades que habitamos<sup>39</sup>. Estamos tan relacionados con otras vidas que las formas del relato se desestabilizan cuando pretendemos dar cuenta de esos vínculos descentrados por los que nuestra subjetividad se constituye: la complejidad

---

<sup>37</sup> En la tercera parte de ese relato refiere su secuestro y cuestiona radicalmente el silencio de la prensa argentina: “3. Hoy hace una semana que lo arrancaron de la casa. Le vendaron los ojos y lo golpearon y se lo llevaron. ... Los diarios no publicaron una línea sobre el secuestro de uno de los mejores novelistas argentinos. Las radios no dijeron nada. El diario de hoy trae la lista completa de las víctimas del terremoto de Udine, en Italia” (Galeano, *Días* 130). Este retrato del campo periodístico de la época da cuenta no solo de la complicidad de amplios sectores de la prensa con el actuar de la dictadura, sino de la importancia que Galeano les da a las realidades que se configuran desde el periodismo.

<sup>38</sup> Galeano relata la última reunión que tuvo con los militares antes de exiliarse. Vicente Zito Lema lo acompaña. Después de discutir sobre el contenido de la revista *Crisis*, preguntan por Haroldo: “-Él es un redactor de *Crisis* -dijimos- y lo han secuestrado. No se sabe nada. Ustedes nos dicen que no está detenido y que el gobierno no tiene nada que ver. ¿Por qué no nos permiten publicar la noticia? La prohibición puede prestarse a interpretaciones torcidas. Ustedes saben que en el exterior hay gente mal pensada que... - ¿Tienen alguna queda de nosotros? -nos preguntó el capitán-. Los hemos tratado siempre con corrección. Los hemos recibido, los hemos escuchado. ... Pero les advertimos. Este país está en guerra, y si nosotros nos encontrásemos en otro terreno, el trato sería bien distinto” (*Días* 164). Galeano y Zito Lema se marchan y caminan por la Plaza de Mayo. No cruzan palabras: “... y ninguno de los dos se atreve a decir: -Esto significa que Haroldo está muerto, ¿no? Por miedo a que el otro dijera: -Sí” (165).

<sup>39</sup> “Cuando el «yo» procura dar cuenta de sí mismo, puede comenzar consigo, pero comprobará que ese «sí mismo» ya está implicado en una temporalidad social que excede sus propias capacidades narrativas” (Butler, *Dar* 19).

de la composición archipelágica de la que formamos parte hace tambalear toda pretensión de una narración insular, monológica, estable y totalizante sostenida en la idea de que somos sujetos autónomos capaces de dar plena cuenta de sí mismos a través del lenguaje. Butler sostiene que en esos relatos que intentamos, “Cuento una historia acerca de las relaciones que elijo sólo para mostrar en algún lugar de la marcha el modo como esas mismas relaciones se apoderan de mí y desintegran mi unidad. Necesariamente, mi relato vacila” (Butler, *Vida* 49). Nuestra interrelacionalidad pone en duda nuestra subjetividad, la abisma, la pone en crisis, la pone bajo sospecha, pero al mismo tiempo, por lo tanto, la hace posible: “Enfrentémoslo. Los otros nos desintegran. Y si no fuera así, algo nos falta” (Butler, *Vida* 50)<sup>40</sup>.

En “Buenos Aires, noviembre de 1975: me gusta sentirme libre y quedarme si quiero” (*Días* 79), Galeano recrea el momento en el que, una noche, estando solo en la redacción de *Crisis*, los recuerdos empiezan a asediarlo: “Siento a mucha gente, conocida o inventada, silbándome en la cabeza. Dentro de mí se cruzan y se mezclan las caras y las palabras. Nacen, crecen, vuelan” (81). De este modo traza y revela su subjetividad como radicalmente interpelada y constituida por la presencia de los espectros de aquellos otros a quienes imagina-recuerda<sup>41</sup>. Expresa la presencia de un «nosotros» ineludible en cualquier relato que pretenda hacer sobre su «yo». Las vidas con las que ha compartido no son un accidente que se añade a su vida, sino que están in-corporadas en la urdimbre misma que configura su subjetividad, desde allí retoñan y multiplican la subjetividad de Galeano: cuando reflexionamos sobre lo que «somos» e intentamos narrar(nos), “no podemos representarnos como simples seres individuales, porque los otros que originalmente pasaron por mí no sólo quedaron asimilados al límite que me contiene (uno de los sentidos de «incorporar»), sino que también rondan el modo en el que periódicamente, por así decirlo, me desintegro y me abro a un devenir ilimitado” (Butler, *Vida* 54)<sup>42</sup>. Galeano no puede

---

<sup>40</sup> No permanecemos intactos en nuestra exposición a otras vidas: “el tacto, el olor, el sentido, la perspectiva o la memoria del contacto del otro nos desintegran” (Butler, *Vida* 50).

<sup>41</sup> Tal vez de esta construcción descentrada del «yo» que hace Galeano se desprenda la impresión de Achugar respecto al registro discursivo de *Días y noches* al definirlo como un “testimonio peculiar que es y no es una autobiografía” (“Historias” 63). Acaso esta reflexión permita la comprensión del registro autobiográfico como, inevitablemente, un registro sobre las relaciones del yo con las vidas que lo constituyen-descentran.

<sup>42</sup> En consonancia con esta comprensión sobre el «yo», Arfuch señala que, entre los rasgos que definen el espacio discursivo que configura la autobiografía están: “el involucramiento personal en la historia que se

narrarse sin expresar desde su relato la manera en que su exposición a otras vidas lo exilia de sí mismo y hace que reconozca su subjetividad como marcada por la opacidad y la inasibilidad; escindida, como la escritura que la pone en relato y la hace comprensible.

En el intento por reconocer a esas otras vidas que nos interrogan, el lenguaje mismo es puesto en abismo: “Sólo puedo reunir un «nosotros» encontrando el camino que me liga a «ti», tratando de traducir pero dándome cuenta de que mi propio lenguaje tiene que quebrarse y ceder si voy a saber quién eres” (Butler, *Vida* 78). En el relato “Canta el hornero, contento porque hay barro para el nido” (*Días* 159), el lenguaje que utiliza Galeano para dar cuenta del vínculo que forja con Helena sufre un quiebre que da cuenta del des-orden e inasibilidad del relato sobre el yo cuando éste se reconoce en interdependencia con otras vidas. Relatando la noche en que se conocieron, Galeano recuerda: “Caminamos juntos, en el buen frío de la noche. ... y estaban vivos los árboles, estaban cómplices, y el mundo circulaba suave bajo los pies. -Esto es bueno y limpio –dije o dijo” (*Días* 160). En la recreación que hace del diálogo entre ambos, y que fue suscitado por la sensación de comunión con el mundo, sus voces se confunden. Lo dicho por uno pudo haber sido dicho por el otro. Este abrazo de las voces se reitera más adelante: “Eric tocaba la armónica para su hijito Felipe en algún lugar de la casa y la melodía llegó hasta donde estábamos en el momento justo en que yo te decía, o me decías, que sobrevivir había valido la pena” (160). Se reconoce y performa, así, en la yuxtaposición de las voces de Galeano y Helena, la aporía de una identidad peregrina y, por lo tanto, relacional. Butler describe este reconocimiento en estos términos: “Me encuentro con que mi propia formación supone al otro en mí, que mi propia extrañeza respecto de mí es paradójicamente el origen de mi conexión ética con los otros. No soy totalmente consciente de mí porque parte de lo que soy lleva la huella enigmática de los otros” (Butler, *Vida* 73-74).

A partir del entrelazamiento discursivo entre aquellas dos voces, Galeano se construye como un sujeto reconocible para sí mismo en función de un lazo que establece con otra subjetividad. Este vínculo que descentra al sujeto obliga a un reajuste en el lenguaje que se utiliza para hablar de ese yo-tú-nosotros inestable y opaco. Este «yo» que

---

cuenta, el impacto emocional que eso supone, la narración como puesta en forma de la vida, la inquietud del pasado, la búsqueda de huellas, la necesidad de recurrir a otros para armar la propia historia, el yo que se objetiva en un «otro yo»” (77).

se actualiza en el discurso “no puede ser el punto en el que se restituye inocentemente una persona previamente almacenada” (Barthes 29). Es en la escritura misma del recuerdo donde se concibe y configura la subjetividad de Galeano como abierta al contacto con otras vidas. Su identidad no se construye por fuera del lenguaje: “el sujeto se constituye como inmediatamente contemporáneo de la escritura, efectuándose y afectándose por medio de ella” (Barthes 32). Escribir es escribir(se), alterar(se), (des)centrarse, comprender que hay un por-venir incalculable tanto en la escritura como en la vida.

La escritura de *Días y noches* se concibe y se traza como un peregrinaje vinculante y abierto que borda las relaciones posibles entre Galeano y otras islas del archipiélago social, con todo lo que cada una de ellas pueda significar: subjetividades, voces, rostros, experiencias, miradas, reflexiones, perspectivas, cuerpos, entre otros; escritura concebida y trazada, al igual que el agua que surca a los fragmentos de un archipiélago, como un desplazamiento constante que transforma, descentra, afecta y abre al por-venir los cuerpos que toca; una escritura-marea que *archipielagiza* y des-insulariza.

#### **2.4. Tránsitos vinculantes: amor, encuentros, heteroglosia**

*El amor es sordo al Verbo divino y al conjuro de las brujas. No hay decreto de gobierno que pueda con él, ni pócima capaz de evitarlo*

Eduardo Galeano, *El libro de los abrazos*

En las relaciones afectivas entre Galeano y otros sujetos siempre está latente la presencia amenazante del cuerpo del Estado represivo: “Estado de sitio, guerra de exterminio, ciudad ocupada. Dormíamos en una cama distinta cada vez. Nos cuidábamos, medíamos los pasos y las palabras” (*Días* 160). Estos vínculos tejidos desde la vida cotidiana, apoyados en la necesidad de cuidar del otro, rompían con las lógicas del miedo y la separación afectiva. En el relato “Canta el hornero, contento porque hay barro para el nido” (*Días* 159), Galeano recuerda cómo una noche, por algún motivo, terminó bailando

con Helena y algunos amigos frente al cuartel militar más grande de Buenos Aires<sup>43</sup>. “Los reflectores nos ubicaron desde la torre del cuartel. El centinela alzó el arma y parpadeó: ¿Quiénes son esos locos disfrazados que bailan en la calle? Y no disparó” (161).

Los protagonistas de los relatos de *Días y noches* (siendo Galeano, también, uno de ellos) viven la realidad represiva en contraposición de lo que el ejercicio del terror espera de ellos. En los modos de vida disruptivos que esas existencias tejen, se revela la posibilidad de la dignidad y la resistencia humana desde los vínculos que construyen los afectos entre las personas: esa interrelacionalidad cuestiona frontalmente la efectividad del autoritarismo. El amor es una respuesta humana inesperada que descoloca y pone en crisis a las lógicas autoritarias. El ejercicio represivo, por extremo que pueda ser, no consigue la des-subjetivización ni la des-colectivización que persigue, sino que, por el contrario, acentúa la necesidad de los encuentros y los reconocimientos intersubjetivos al remarcar su indispensabilidad para sobrevivir<sup>44</sup>. La expresión a partir de la cual se reactualizan y construyen los afectos interpela incluso a aquellos que hacen parte de los aparatos represivos del Estado: el centinela que vio aquel grupo de personas bailando frente al cuartel, por alguna razón, decidió no responder con violencia a aquel acto que retaba, resistía y fisuraba los presupuestos de una configuración social basada en el miedo y la insularidad.

En “Crónica del perseguido y la dama de noche” (*Días* 23), Galeano relata la historia de un hombre que huye de la dictadura argentina de Aramburu y se refugia en Montevideo. Allí conoce a una prostituta con la que entabla una relación sentimental. Cuando regresa a la Argentina cae preso. En el interrogatorio que le hacen, por una fotografía que él muestra de aquella mujer con la que vivió en Montevideo, descubre que ella trabajaba con la policía argentina pero nunca lo había delatado<sup>45</sup>. Entonces el hombre – cuenta Galeano – recuerda y comprende unas palabras que ella le había dicho: “- ¿Sabés una

---

<sup>43</sup> Probablemente Galeano se refiera a la ESMA (Escuela Mecánica de la Armada).

<sup>44</sup> “Pese a la terrible represión desatada y a la invisibilización de toda resistencia por parte de los medios hegemónicos (algunos cómplices en la represión, otros socios comerciales y sostenes ideológicos de la Dictadura), hubo resistencias y desafíos que, primero, tímidamente y, luego, masivamente se enfrentaron a las políticas del Estado terrorista” (Ciappina 3).

<sup>45</sup> También aquí ya se prefiguraban y expresaban las alianzas represivas transnacionales que luego se institucionalizaron con la Operación Cóndor.

cosa? Yo nunca sentí, con nadie, esta... esta alegría de los músculos ... Alguna vez tenía que pasarme, ¿no?” (*Días* 24). En esta reflexión que Galeano pone en boca de la protagonista de su crónica, el amor se expresa como un afecto que altera el sensorio corporal: des-ordena, des-estabiliza, afecta el comportamiento del cuerpo. De forma similar, respecto al orden social insular que defienden los aparatos de los Estados represivos, el amor es también un afecto que se ofrece como instancia alteradora del orden, como un derrame del deseo que abre líneas de fuga a la fuerza centrípeta con que se busca organizar la vida social.

Las manifestaciones concretas del amor, puestas en relato por Galeano a partir del recuerdo de experiencias cotidianas, socavan las disposiciones insulares y violentas del Estado. Este afecto posibilita una forma de interrelacionalidad entre los sujetos, y entre ellos y el mundo, que abre un horizonte de experiencias compartidas en las que es posible el vínculo entre iguales (fragmentos-islas) que permanecen siendo diferentes, que no pierden su singularidad; no se anula la distancia que los distingue, sino que, por el contrario, esa distancia permite tender puentes e instaurar espacios de reconocimiento y, por lo tanto, de resistencia política. Esta instancia transformadora está en consonancia con la concepción de Fromm sobre el amor como un poder activo que erosiona las barreras que distancian al sujeto de sus semejantes: “el amor lo capacita para superar su sentimiento de aislamiento y separatividad, y no obstante le permite ser él mismo, mantener su integridad. En el amor se da la paradoja de dos seres que se convierten en uno y, no obstante, siguen siendo dos” (Fromm 29). Como la escritura-marea de Galeano, el amor se traza y actúa, también, como un peregrinaje vinculante y transformador que suscita una relacionalidad como la que se da en los cuerpos archipelágicos: “el establecimiento de un diálogo enriquecedor con el otro, una apertura hacia la alteridad sin temor de desintegración” (Palmer 174).

En “Buenos Aires, julio de 1976: largo viaje sin movernos” (*Días* 162), Galeano reitera el carácter transgresor de este tipo de relacionamiento sostenido en el amor. Es de noche. Helena y él escuchan ruidos afuera del cuarto en el que están. Se asustan y se abrazan: “Hermosuras y dormideces más poderosas que el miedo” (162). Luego, cuando amanece, dice-recuerda Galeano: “parpadeo y me desperezo con cuatro brazos. Nadie sabe

quién es el dueño de esa rodilla, ni de quién es este codo o este pie, esta voz que murmura buen día. Entonces el animal de dos cabezas piensa o dice o quisiera<sup>46</sup>: -A gente que se despierta así, no puede pasarle nada malo” (162). Los otros cuerpos a los que el «yo» se expone alteran y transforman la concepción sobre el propio cuerpo: lejos de concebirse como una materia autosuficiente y circunscrita al «yo», se lo reconoce, al igual que a la subjetividad, como una realidad des-centrada, expuesta, abierta, monstruosa, archipelágica. Los sentimientos de comunión e interrelacionalidad son vividos-relatados como constructores de espacios y anatomías que, por la sola posibilidad de su existencia contradicen la cultura del terror a la que aspira la violencia estatal.

Incorporando el pensamiento de Spinoza en sus reflexiones, Fromm propone una comprensión del amor como una actividad que solo se puede realizar en libertad; como un afecto activo: “un «estar continuado», no un «súbito arranque» ... amar es fundamentalmente *dar*, no recibir” (Fromm 30). Esta condición dadora y abierta del amor expresa la vitalidad de los modos de relacionalidad que lo engendran y que él mismo construye. De ahí que este afecto se ofrezca como espacio que abre posibilidades de relacionarse y de responder al terror y a la inmovilidad de los Estados dictatoriales: las redes archipelágicas que tiende el amor “pueden pensarse como pequeños territorios ganados al sistema capitalista. Lugares en los que el afecto y el sentir de un *algo en común* parecen haberse vivido como la experiencia anticipada de una nueva sociedad” (Montali 8). Es este territorio contrahegemónico y de resistencia aquel que parece haber reconocido Helena-Galeano al decir/desear/pensar que a gente que construye común-uniones como la de ellos parecería no poder sucederle nada malo. El amor es vivido como un afecto capaz de engendrar esperanza: “es un acto de fe, y quien tenga poca fe también tiene poco amor” (Fromm 122).

En esas formas de relacionalidad y socialidad tejidas sobre la afectividad del amor, se despliega una ética de la responsabilidad y el cuidado por los otros sujetos: “*El amor es la preocupación activa por la vida y el crecimiento de lo que amamos*” (Fromm 33). Esta disposición interrelacional, que nos interpela, implica un modo de estar-siendo que se

---

<sup>46</sup> Nótese que el vínculo que Galeano sugiere reconstituir entre el pensamiento, la palabra y el deseo expresa también el despliegue de un posicionamiento ético que propende por el tejido de aquello que aparece descoyuntado dentro de ciertos marcos normativos.

expresa no solo en la relación con las otras vidas, sino con el mundo: “El amor no es esencialmente una relación con una persona específica; es una *actitud*, una *orientación* del *carácter* que determina el tipo de relación de una persona con el mundo como totalidad, no como un «objeto» amoroso” (Fromm 50). Cuando se ama a una persona, se ama a todas las personas, se ama al mundo, a la vida; se reconocen los vínculos latentes y posibles que nos descentran y multiplican; se recrea la vitalidad del archipiélago que somos y de los que hacemos parte como fragmentos: “Si puedo decirle a alguien «Te amo», debo poder decir «Amo a todos en ti, a través de ti amo al mundo, en ti me amo también a mí mismo»” (Fromm 50). De modo que el amor es, también, desplazamiento, encuentro, reconocimiento, comunión, marea; “es un desafío constante; no un lugar de reposo, sino un moverse, crecer, trabajar juntos” (Fromm 100). El peregrinaje diaspórico y no-lineal que realiza Galeano por geografías y subjetividades a través de su escritura adquiere el carácter de un tránsito vinculante porque está movido por el afecto activo y rizomático del amor<sup>47</sup>.

La preocupación activa por otras subjetividades y por el mundo hace necesario conocer aquello que se ama: “el cuidado y la responsabilidad serían ciegos si no los guiara el conocimiento” (Fromm 35). Y este, a su vez, se hace posible “cuando puedo trascender la preocupación por mí mismo y ver a la otra persona en sus propios términos” (Fromm 35). Terminamos comprendiendo, sin embargo, en ese desplazamiento hacia el otro, de nuevo, la ineludible opacidad que nos habita y constituye: “Cuanto más avanzamos hacia las profundidades de nuestro ser, o el ser de los otros, más nos elude la meta del conocimiento” (Fromm 36). Incluso Fromm señala los peligros de la posibilidad de la pretensión de alcanzar una no-opacidad: “La crueldad misma está motivada por algo más profundo: el deseo de conocer el secreto de las cosas y de la vida” (37). Una disposición cognoscente totalitaria como esta, que busca la transparencia (que cree en que ella es posible), es equiparable a la manera en que opera la tortura para obtener-extraer información<sup>48</sup>.

---

<sup>47</sup> En “Mi segunda muerte fue así” (*Días* 47), Galeano recuerda la manera en que, luego de un intento de suicidio, descubre que la escritura podía permitirle salir de sí mismo y entregarse: “Aquella noche me di cuenta de que yo era un cazador de palabras. Para eso había nacido. Ésa iba a ser mi manera de estar con los demás después de muerto y así no se iban a morir del todo las personas y las cosas que yo había querido” (52).

<sup>48</sup> Galeano reflexiona en uno de los relatos titulado “El sistema” (*Días* 152): “La tortura es eficaz; arranca información, rompe conciencias, difunde el miedo” (153). La violencia de la tortura es expresión del



En oposición a la pretensión de un conocimiento completo, estable, transparente e inequívoco<sup>49</sup>, “El amor es la penetración activa en la otra persona, en la que la unión satisface mi deseo de conocer. En el acto de fusión, te conozco, me conozco a mí mismo, conozco a todos –y no «conozco» nada–” (Fromm 37, énfasis añadido). Desde esta concepción sobre la disposición ética que suscita el amor, hay un reconocimiento de nuestro carácter archipelágico y de nuestra opacidad: se reconoce la precariedad común por la exposición de nuestros cuerpos en el campo social, pero también la precariedad de los conocimientos que sobre nosotros y sobre la realidad podemos establecer a través del lenguaje. Asumir estas condiciones nos empuja a la búsqueda siempre abierta, descentrada y constante de la realidad, de las otras subjetividades y, por lo tanto, de la propia subjetividad a través de escrituras-peregrinajes-afectos vinculantes. Una apertura como esta es análoga a la que se expresa en la estructura archipelágica de los relatos-islas que configuran a *Días y noches*, y que sugiere y pone en escena un carácter dialógico entre subjetividades, relatos, realidades, experiencias, reflexiones, afectos y registros discursivos. Precisamente, en el pensamiento de Paulo Freire, el diálogo es una instancia crucial en cualquier proceso de transformación de una realidad represiva. Al entender el diálogo como un modo relacional y consustancial a la vitalidad del tejido social, Freire parte del presupuesto de que las personas “no pueden ser fuera de la comunicación, puesto que son comunicación” (169). Somos los vínculos que estamos-tranzando con los otros, tal como el archipiélago es la interrelacionalidad viva y dinámica de sus fragmentos.

El diálogo se experimenta como un espacio de encuentro entre las personas que, desde la instancia comunicativa en que sitúa a los sujetos, es capaz de transformar el mundo. La apertura a posicionamientos dialógicos permite la humanización de las realidades y de los sujetos que las construyen: la búsqueda de ser más, de desarrollar todas nuestras potencias humanas, “no puede realizarse en el *aislamiento*, en el individualismo, sino en la comunión, en la solidaridad de los existires” (Freire 91, énfasis añadido). La comprensión archipelágica de la subjetividad, de la realidad y del tejido social traza un

---

desquiciamiento y la inseguridad del Estado represivo: “Si son enfermos los torturadores, ¿qué decir del sistema que los hace necesarios?” (152).

<sup>49</sup> Al respecto, quisiera dejar sugerida una pregunta que será crucial para el siguiente capítulo: ¿acaso no es este tipo de conocimiento, también, el que se nos hace creer que debe alcanzar el periodismo?

horizonte ético que socava la fragmentariedad insular y agónica a la que pretende conducir la violencia de Estado. Es en este sentido que un cuerpo textual como el de *Días y noches* propone y performa ya, desde su escritura misma, el despliegue de una realidad basada en posicionamientos dialógicos y transformadores sostenidos por el afecto activo, vinculante y cotidiano del amor que, a su vez, permite la configuración de estos espacios cuyo modo de estar-siendo resiste a circunstancias y dinámicas opresoras.

Hablando sobre la línea editorial de la revista *Crisis*, Galeano refiere en “Escrito en un muro, dicho en la calle, cantado en los campos” (*Días* 156): “Entendíamos por cultura la creación de cualquier espacio de encuentro entre los hombres y eran cultura, para nosotros, todos los símbolos de la identidad y la memoria colectivas: los testimonios de lo que somos, las profecías de la imaginación, las denuncias de lo que nos impide ser” (156)<sup>50</sup>. En estas palabras se reafirma la instancia dialógica desde la que creía que debía desarrollarse la práctica periodística cultural (y, por lo tanto, el periodismo en general, pues, ¿qué ejercicio periodístico puede haber que no implique un horizonte cultural?) y que Freire reconoce como indispensable para cualquier proceso de transformación social: “Queríamos conversar con la gente, devolverle la palabra: la cultura es comunicación o no es nada. Para llegar a no ser muda, creíamos, una cultura nueva tenía que empezar por no ser sorda” (*Días* 157). Este posicionamiento crítico-transformador implicaba un ejercicio periodístico apoyado en una comprensión descentrada, heterogénea y plurivocal de la realidad: “Publicábamos textos sobre la realidad, pero también, y sobre todo, textos *desde* ella. Palabras recogidas en la calle, en los campos, en los socavones, historias de vida, coplas populares” (157).

La revista *Crisis* intentaba servir como lugar de encuentro de una heterogeneidad de voces, experiencias y comprensiones; el espacio en el que esas voces provenientes de distintos ámbitos del tejido social pudieran reconocerse y entrar en relación dialógica. Aquel espacio periodístico se ofrecía como urdimbre para comprender, vivir y, por lo tanto, transformar la realidad sobre la base de la posibilidad del encuentro y el diálogo. Este

---

<sup>50</sup> En consonancia con esa noción ampliada sobre la cultura, en las páginas de *Crisis*, como en el cuerpo textual de *Días y noches*, resonaba una pluralidad de voces y registros discursivos: la revista “publicaba, entre los poemas y los cuentos y los dibujos, informes sobre la enseñanza mentirosa de la historia en las escuelas o sobre los tejes y manejes de las grandes empresas multinacionales que venden automóviles y también ideología” (Galeano, *Días* 156).

horizonte ético que trazaba el cuerpo textual de la revista y que sus páginas ya estaban encarnando-performando, de forma similar a la apertura ética que dibuja el cuerpo textual de *Días y noches*, implicaba lo que Freire comprende como una humanización de la vida: “Existir humanamente, es *pronunciar* el mundo, es modificarlo. El mundo pronunciado, a su vez, se vuelve problematizado sobre los sujetos *pronunciantes* para exigirles que lo *pronuncien* de nuevo” (Freire 97). Esta comprensión de la realidad se da a partir de la misma interrelacionalidad y apertura a lo por-venir de un cuerpo archipelágico: se la concibe como un estar-siendo inacabado (e inacabable), como una tarea siempre por hacer y pronunciar, como una responsabilidad por asumir y un peregrinaje por andar. En estos términos, la realidad se concibe tan expuesta y opaca como los sujetos que la construyen y los lenguajes a través de los cuales lo hacen.

Estar-pronunciando la realidad y pronunciando(nos) en el marco de una instancia dialógica se concibe, así, como un acto transformador, constitutivo, vinculante y necesario, por lo tanto, para la construcción de realidades más humanas: “El diálogo es este encuentro de los hombres, mediatizados por el mundo, para *pronunciarlo* sin que se agote, por tanto, la relación yo-tú” (Freire 97). Freire también vincula este carácter dialógico con el afecto activo y transformador del amor: “No hay diálogo, sin embargo, si no hay un profundo amor al mundo y a los hombres. No es posible el *pronunciamiento* del mundo, que es un acto de creación y re-creación, si no hay amor que lo infunda” (Freire 98-99). Como el tipo de ética del cuidado que suscita la asunción de la precariedad y la opacidad compartidas, el yo dialógico “sabe que es exactamente el *tú* lo que lo constituye. Sabe también que, constituido por un *tú* –un no-yo– ese *tú* que lo constituye, se constituye a su vez como *yo*, al tener en su *yo* un *tú*” (Freire 233). Se traza, así, entre los sujetos y entre ellos y su realidad, una dialéctica de relaciones constitutivas, interdependientes y, en algún grado, innombrables como las que Galeano despliega a través de la escritura archipelágica de *Días y noches*.

En la visión de Freire, la apertura dialógica implica un posicionamiento crítico y esperanzado sobre la realidad: “Si el diálogo es un encuentro de los hombres para ser más, no puede hacerse en la desesperanza” (Freire 103). Hay diálogo donde hay conciencia de que ese encuentro es un acto transformador. Y, por lo tanto, palpita también allí un pensar

crítico que percibe a la realidad como proceso, como constante devenir y no como algo pétreo, inapelable, ahistórico, insular (Freire 103). En esta configuración dialógica entre los sujetos, y entre ellos (nosotros) y la realidad, no hay una dicotomía mundo-sujetos. El mundo no se presenta como una cosa ajena al actuar humano. Esta desmitificación humaniza la realidad y socava los intereses de quienes que pretenden hacerla aparecer como inmutable y esencial, tal como era concebida desde la prensa argentina hegemónica durante el gobierno de la dictadura de la Junta Militar: una realidad frente a la cual no parecía posible un posicionamiento transformador por parte de los sujetos del cuerpo social.

Si para transformar el mundo es necesaria la apertura de espacios en los cuales este pueda ser pronunciado de forma mancomunada, para que luego ese mundo que está-siendo constituido retorne sobre sus pronunciantes-constructores y los interpele de nuevo, podría decirse que la anulación de los espacios de encuentros dialógicos pretende anular la posibilidad de transformación de las realidades comunes. Esta violencia se inscribe sobre el tejido social y produce una deshumanización de la realidad al enajenar, desimplicar y *aislar* al sujeto de ella. Los sistemas dictatoriales buscan escindir las relaciones de los sujetos y negarles su dimensión social, es decir, su capacidad transformadora. Esta configuración antidialógica del tejido social se instituye a través de un gesto imperial: dominar al otro, someterlo, tratarlo como objeto. Así, la realidad misma también deviene objeto, cadáver, ínsula. De este recrudescimiento de la precariedad humana, sin embargo, como he mencionado, brotan modos del decir, de comprender y de vivir que, al reflexionar sobre y desde las heridas, proponen y se configuran como espacios de resistencia.

Luego de que la Junta Militar se tomó el Estado argentino por las armas, desde la Secretaría de Prensa y Difusión se publicó una lista, firmada por Luis Jorge Arigotti, un capitán de navío, en la que se dictaban (porque así opera la dictadura: dictando, proclamando, comunicando) 16 principios a los que debían ceñirse los medios de comunicación en la Argentina. El numeral 14 ordenaba: “Eliminar toda propagación masiva de la opinión directa de personas no calificadas o sin autoridad específica para expresarse sobre cuestiones de interés público. Esto incluye reportajes y/o encuestas en la vía pública” (Ulanovsky ctd. en Secretaría de Educación 37). Esta disposición expresaba las condiciones de acceso a la palabra que aspiraba a configurar el Estado totalitario: solo puede hacer

pública su palabra sobre lo común quien tenga algún tipo de autoridad. Esas son las voces que importan y merecen ser escuchadas. Solo ellas tienen el derecho de pronunciar el mundo, de recitar su monocorde y esterilizante comprensión de la realidad.

Aquella disposición oficial marcó el final de la revista *Crisis*. Galeano lo recuerda así: “Poco después del golpe de estado, el gobierno militar dictó nuevas normas para los medios de comunicación. Según el nuevo código de la censura, quedaba prohibido publicar reportajes callejeros y opiniones no especializadas sobre cualquier tema” (*Días* 158). Y Galeano vincula aquel dictamen oficial con la configuración económica, política, social y cultural que buscaba instaurar la Junta Militar: “Apotheosis de la propiedad privada. No sólo tenían dueño las tierras, las fábricas, las casas y la gente: también tenían propietario los temas. El monopolio del poder y la palabra condenaba al silencio al hombre común. Era el fin de *Crisis*. Poco podíamos hacer, y lo sabíamos” (158)<sup>51</sup>.

En “Un músculo secreto” (*El libro* 250), Galeano refiere la concepción sobre la realidad que pretendía suscitar y construir la polifonía que resonaba en *Crisis*, y que parece resonar también en *Días y noches*: “Mientras duró, tres años y pico, cuarenta números, *Crisis* supo ser un porfiado acto de fe en la palabra solidaria y creadora, la que no es ni simula ser neutral, la voz humana que no es eco ni suena por sonar” (250). Aquella lucha por configurar un tejido social dialógico sostenido en la posibilidad del encuentro, el reconocimiento y el cuidado “será un acto de amor, con el cual se opondrán al desamor contenido en la violencia de los opresores” (Freire 21); será la expresión de un afecto desde el cuál se ejercerá resistencia al autoritarismo de la dictadura. Tanto *Crisis* como *Días y noches* procuraron ser cuerpos textuales en los que fueran posibles y necesarios los encuentros entre voces plurales y distintas que, desde lo concreto de sus existencias,

---

<sup>51</sup> A ese silencio impuesto sobre las voces «no expertas», se sumaba la censura a la que ya estaba sometida *Crisis*. Antes de cada publicación, estaban en la obligación de ir a la Casa Rosada a entregar las páginas de la revista para recibir autorización de publicar: “-Esto no va. Esto tampoco -nos dicen” (Galeano, *Días* 164). Finalmente, Galeano se reúne con el equipo de la revista y les dice que no circularán más: “No aceptamos la humillación como epílogo de la hermosa aventura que nos reunió durante más de tres años. A *Crisis* no la agacha nadie: la vamos a enterrar parada como vivió” (*Días* 165). Ante la imposibilidad de seguir siendo un espacio de encuentro y reconocimiento de una pluralidad de voces, muchas de las cuales habían sido relegadas en otros registros discursivos como el de la prensa tradicional, *Crisis* renuncia a construir desde sus páginas una realidad monológica que reproduzca la verticalidad y asimetría desde las cuales el sistema dictatorial se impone sobre todos los ámbitos del tejido social.

podieran pronunciar y, por lo tanto, comprender y estar en el mundo de una forma distinta a la esperada por el horizonte de experiencias que traza/dictamina la represión.

En consonancia con este espacio intersubjetivo y contrahegemónico que he pretendido leer en *Días y noches*, José Ramón González sostiene que la heteroglosia es el principio rector de la actividad narrativa de Galeano (107): la posibilidad de la coexistencia una multiplicidad de voces y experiencias, cuyo encuentro transforma tanto a los sujetos como a los marcos sociales en que se producen, sería el eje articulador de sus relatos. La heteroglosia no solo sería la posibilidad de la pronunciación mancomunada del mundo mediante la cual se humaniza la realidad, sino que también constituiría el proceso interrelacional, descentrado y abierto que hace posible la construcción de la subjetividad.

La heteroglosia implica, pues, un modo de decir archipelágico que remarca y reconoce el carácter dialógico y abierto constituyente de toda construcción de subjetividad y de realidad: propone una lógica no-insular de narrar, comprender y vivir. En el marco de un sistema represivo que aspira a la monologicidad y el solipsismo (un Estado desquiciado y delirante que solo quiere escuchar su propia voz), aquella polifonía de voces que resuena a través del cuerpo fracturado de *Días y noches*, y el horizonte de experiencias y comprensiones sobre la realidad que la sola posibilidad de su encuentro abre, se experimenta como un «sobresalto acústico» que des-ordena y resquebraja el orden insular-autoritario: “Cuando se pone el oído demasiado cerca de la multiplicidad se fractura el sujeto, se corre el riesgo de perder la ruta, de pasar a la herejía, a la psicosis...” (Ramos, “Descarga” 51).

Los relatos de *Días y noches* componen/descomponen una urdimbre fragmentaria que, desde su modo heteroglósico de pronunciar la realidad, pone en cuestión y socava no solo las formas en que se ejerce la represión estatal, sino también las narrativas unívocas, despersonalizantes, verticales, generalizantes y deshumanizantes que la legitiman y enmascaran. La cartografía de esta escritura se ofrece como un archipiélago de relatos sobre la resistencia que, a su vez, opera ya como un modo de resistir al desvinculamiento: “el testimonio ha sido no sólo una representación de formas de resistencia y lucha sino también un medio y hasta un modelo para estas” (Beverley, “Introducción” 27). La geografía fragmentada desde y con la que Galeano escribe configura un espacio contrahegemónico en

el que se propone y performa un modo plural, dialógico, descentrado, interrelacional, abierto y humanizante de estar-siendo. La escritura-marea de *Días y noches* resiste a la insularidad desde el carácter *archipielaigizante* de su trazo.

### Capítulo III: El texto periodístico como artefacto literario

*El periodismo es la opción bastarda de la escritura y en su cicatriz está el descaro: el trasiego libertino por todos los géneros incluido, todos lo sabemos, el del silencio.*

Milagros Socorro, “El periodismo como género literario”

La heteroglosia de voces que resuena en la geografía archipelágica de *Días y noches*, y que da cuenta de los vínculos entre experiencias, sentires, reflexiones y existencias concretas, tiene un correlato formal en una heterogeneidad de registros discursivos que, a la luz de las reflexiones de Galeano sobre el acto de escribir, haría evidentes los vasos comunicantes entre dos campos que suelen considerarse como ínsulas antagónicas: el campo literario y el campo periodístico. A partir del reconocimiento de la interrelacionalidad existente entre estos registros a los que apela la escritura de Galeano, en este capítulo, intentaré comprender el cuerpo textual de *Días y noches* como articulador de un modo de decir que se posiciona críticamente frente a las pretensiones de control y de saber absoluto que expresan los sistemas autoritarios a través del actuar violento de sus aparatos represivos e ideológicos.

#### 3.1. *Días y noches*: monstruosidad discursiva

*Vamos a decir la verdad: esto de aquí no es para nada una crónica. Esto tan sólo es. No entra en un género. Los géneros ya no me interesan. Lo que me interesa es el misterio.*

Clarice Lispector, *Revelación de un mundo*



La monstruosidad<sup>52</sup> discursiva de *Días y noches* parece un asunto ineludible. Al inicio de su estudio sobre este cuerpo textual, intentando esbozar los registros discursivos que intervienen y son intervenidos en la escritura de Galeano, Juan Duchesne señala el carácter ingobernable de su escritura: “Autobiografía, diario, reportaje, memoria: ¿qué es este libro de Galeano? ¿Qué hacer con él?” (9). Benedetti también refiere la liminalidad de *Días y noches* al situar a este cuerpo textual a un paso del “desbordamiento de los límites entre ensayo, crónica y testimonio” (299). El archipiélago de *Días y noches* parece situarse en un no-lugar: su territorialidad es el borde, la frontera inestable; su modo de estar-siendo implica un no acabar de ser y el estar a punto de no ser. En sus relatos-islas se conjugan “géneros documentales como la crónica, la memoria, el diario o la autobiografía, sin coincidir por entero, debido a su fragmentación en series heterogéneas, con ninguno de ellos” (Duchesne 34). Al trazarse como una discursividad escurridiza, la escritura de *Días y noches* pone en crisis los sistemas clasificatorios en que se apoyan las divisiones tradicionales de los géneros del discurso<sup>53</sup>. Precisamente, en afinidad con su noción de narrativa testimonial, Duchesne comprende a este cuerpo textual como “un discurso literario multigenérico y multifuncional” (37): un archipiélago no solo de relatos, voces, miradas, experiencias, reflexiones y sentires, sino también de géneros y registros discursivos.

La escritura de *Días y noches* pareciera rehuir, asediar y resquebrajar los presupuestos de las convencionales clasificaciones genéricas y disciplinares. Su monstruosidad discursiva consiste en su estar-siendo entre distintos registros: una escritura transversal, mutante y anómala que da cuenta de la insuficiencia del lenguaje en cualquiera de sus formas para expresar determinadas experiencias. *Días y noches*: ser de diversas

---

<sup>52</sup> Intentando ofrecer una definición sobre la noción jurídica y científica del «monstruo» desarrollada desde la Edad Media hasta el siglo XVIII, Foucault describe esta categoría como concebida a partir de la idea de la «mezcla» o la «mixtura de formas»: “Transgresión, por consiguiente, de los límites naturales, transgresión de las clasificaciones transgresión del marco, transgresión de la ley como marco: en la monstruosidad, en efecto, se trata realmente de eso” (*Los anormales* 68). Un carácter disruptivo como este será el que propiciará un cuerpo discursivo como el *Días y noches* respecto a clasificaciones genéricas y a sistemas normativos restrictivos sobre lo humano y sobre «lo real» en contextos represivos.

<sup>53</sup> “Bakhtin define los géneros de discurso como relaciones comunicacionales establecidas entre un sujeto y otros sujetos. ... Desde el momento en que el hablante se instala en una cadena semántica ya preconstituída, anuncia su intención y entra en diálogo con otros textos abiertamente o implícitamente” (Franco 122).

escrituras que es varias y no acaba de ser ninguna; escritura anfibia que puede transitar y desplegar sus relatos en los intersticios de distintas geografías discursivas y, al hacerlo, revela los vínculos que palpitan entre ellas. De nuevo, una escritura-marea que *archipiela* lo que toca.

Las narrativas testimoniales suelen poner bajo sospecha la tradicional distinción aristotélica entre la historia y la literatura según la cual aquella hablaría sobre lo acontecido, mientras esta última sobre lo posible<sup>54</sup>. Frente a esta comprensión dicotómica, los modos en que los registros testimoniales dan cuenta de la realidad “plantean una cantidad de problemas teóricos debido a la peculiar relación que establecen entre lo real y la ficción” (Amar 447)<sup>55</sup>. Y es precisamente a partir del ahondamiento en esta ambigüedad, que caracteriza a la geografía descentrada de la narrativa testimonial, que se ha intentado comprender –desde un amplio sector de la crítica literaria– la composición de *Días y noches* como una discursividad en la que confluyen dos ínsulas usualmente desvinculadas y antagónicas: la del campo periodístico (asociado a «lo real») y la del campo literario (asociado a «lo no-real»).

Además de ser un motivo constante de reflexión a lo largo de *Días y noches*, la actividad periodística parece proveer también a Galeano de modelos para construir la narración de sus memorias. Como tal vez ya se habrá notado, los títulos de varios relatos aluden a registros discursivos usualmente relacionados con el periodismo como la crónica, la noticia, la opinión e incluso el ensayo: “Crónica de un vuelo sobre tierra purpúrea” (Galeano, *Días* 120), “Crónica de gran tierra” (171) “Buenos Aires, mayo de 1976: introducción a la economía política (137), “Buenos Aires, julio de 1976: largo viaje sin movernos” (162), “Noticias” (183), “Introducción al derecho” (154), entre muchos otros. La (re)iteración (a veces literal, y otras veces alusiva), de forma dispersa a lo largo del libro, de estos y de otros títulos como “Sueños” (161), “El universo visto por el ojo de la cerradura” (163), “Guerra de la calle, guerra del alma” (169) o “El sistema” (184), además

---

<sup>54</sup> Aristóteles sostiene en la *Poética* que la diferencia entre el historiador y el poeta no está en que uno escriba en prosa y el otro en verso, sino en que “uno dice lo que ha sucedido, y el otro, lo que podría suceder” (1451b4-5).

<sup>55</sup> Ana María Amar Sánchez sostiene que en el discurso testimonial se da “simultáneamente la destrucción de la ilusión ficcional -en la medida en que mantiene un compromiso de «fidelidad» con los hechos- y de la creencia en el reflejo exacto e imparcial de los sucesos” (447).

de la complejidad de las múltiples relaciones que se dan entre esos relatos-islas, sugiere una estructura discursiva descentrada en la que, en lugar de una trama unívoca, un conjunto de series heterogéneas y discontinuas articula al libro. Este entramado de islas-relatos, a partir del cual se configura la urdimbre de *Días y noches*, se asemeja a la composición fragmentada y escindida de las cartografías textuales de los diarios de prensa<sup>56</sup>. De esta similitud y de la variedad de registros periodísticos interpelados por Galeano para construir sus relatos, se desprende la posibilidad de afirmar la existencia de un “subtexto periodístico que unifica las diversas secuencias narrativas del libro, cuya disposición temática remite al repertorio informativo del diario o semanario” (Duchesne 33).

Aquella urdimbre periodística “provee un enrejado de contrastes latentes sobre el que se articulan los diversos puntos de vista requeridos por un conjunto de hechos tomados en su complejidad” (Duchesne 34). En el tránsito de un relato-fragmento-isla a otro “ocurren cambios de enfoque, de ritmo y de tema, que de alguna manera contrastan, destacan o continúan algunos aspectos de la secuencia precedente” (Duchesne 34). En palabras de Josefina Barajas al referir la relacionalidad que se establece entre diversos textos de crónicas cuando están compilados un libro, podría decirse que esta disposición de las narraciones de *Días y noches* “en lugar de hacer patente una cronología entre todas ellas, una sucesión de acontecimientos ... aptos para ser ensamblados narrativamente, [expresa] una profusión de relatos a modo de mosaico: taracea de historias que se intersecan, se continúan unas a otras, se ignoran o se responden” (291). Estos relatos sobre lo real se niegan, así, a articularse dentro de una trama unitaria, totalitaria, cerrada; se rebelan, en conjunto, a una estructura narrativa que las englobe y anule su dispersión, su desarraigo, su *archipelagicidad*. De modo que la latencia de un subtexto periodístico, en el caso de *Días y noches*, implica la configuración de una discursividad dialógica, heteroglósica y descentrada.

---

<sup>56</sup> No deja de ser revelador que la ambigüedad del término «diario» alude a dos tipos de registros que parecerían desplegarse en espacios distintos: uno periodístico, que circularía en el ámbito público, y otro íntimo, que permanecería en el ámbito privado. Los relatos de Galeano, sin embargo, procuran hacer manifiesta las relaciones latentes entre estas dos esferas que también suelen considerarse antagónicas e incomunicadas. Basta recordar la manera en que, en los relatos de *Días y noches*, los afectos que se construyen entre las personas son comprendidos como espacios de resistencia a la erosión de los tejidos sociales.

La presencia de la discursividad periodística como subtexto sugiere también la intención veridicente en los relatos de *Días y noches*: su deseo de pronunciar unos relatos que puedan ser considerados como narraciones «ciertas» sobre lo real, sobre lo que ha sucedido. A las luces y las sombras de las diversas lecturas que se han hecho sobre el libro, esta dimensión periodística o factual contrastaría con una dimensión literaria no del todo problematizada.

En su análisis sobre *Días y noches* como registro testimonial, Anna Forné, por ejemplo, dice que “la elaboración literaria del material, *sin embargo*, no se aparta del ideal de captar la realidad por medio del prisma de la revolución” (224, énfasis añadido). Es decir, pese a la «literaturización del material documental», Galeano lograría «capturar» y presentar en su narración las realidades opresoras que denunciaba. En el trazo de su escritura, sería capaz de urdir “una fina línea entre realidad y ficción ... pero su ingenio al mismo tiempo, no desmiente la procedencia veraz de sus investigaciones” (Parrilla 31)<sup>57</sup>. Los acercamientos críticos de Alvaro Barros-Lémez y de Diana Palaversich son más enfáticos respecto a la manera en que se configuran los límites entre lo periodístico y lo literario en *Días y noches*: ambos concluyen que en este cuerpo textual aparece “definitivamente cerrada la brecha entre narrativa y periodismo, entre narrativa y ensayo” (Barros-Lémez, “Cantares” 40), constituyendo así, un tipo de relato en el que “confluyen sus dos oficios, que había mantenido separados hasta el año (1978) en que se publica la novela” (Palaversich 90)<sup>58</sup>.

Desde estos despliegues críticos que suscita la discursividad monstruosa de *Días y noches* no parece posible pensar en lo literario como parte de la urdimbre del material documental/periodístico/testimonial, sino como su posible suplemento estilístico: una exterioridad accesoria y dispensable en la puesta en relato de un discurso que se pretende veraz y que busca, en este caso, denunciar órdenes autoritarios y evidenciar las resistencias sociales a estos. En esta relación dicotómica, lo literario es comprendido como una fuente

---

<sup>57</sup> En palabras de Hugo Achugar, *Días y noches* sería el resultado de “un ejercicio tanto del estilista como de una conciencia social” (“Días” 358). Siguiendo una línea interpretativa afin, José Ramón González sostiene que, en Galeano, “la adopción de una clara postura política no elude la dimensión lírica ni sacrifica la autoconciencia literaria de la escritura” (101).

<sup>58</sup> Probablemente el acercamiento crítico de Palaversich sea el único desde el que se conciba a *Días y noches* como una novela.

de herramientas que permitirían «estilizar» la verdad y, en el mejor de los casos, investirla de un estatuto artístico o estético. Sin embargo, al mismo tiempo, esos recursos que ofrece el campo literario representarían una amenaza para las pretensiones de veracidad de cualquier discursividad facticia<sup>59</sup>. Esta perspectiva crítica se construye sobre una doble concepción extractivista del uso del lenguaje: por un lado, la escritura de Galeano sería la demostración de que es posible «extraer» elementos de lo literario para «añadir» una elaboración formal o estilística a un discurso sobre lo real que, por otro lado, tendría una relación tan estrecha con la realidad que sería capaz de, a través de un lenguaje aparentemente objetivo, neutral y transparente, capturarla como verdad y ponerla en escena como tal.

Ese discurso que pretende ser reproductor de la realidad, y que no reconocería alguna mediación del sujeto ni de su lenguaje en su propia construcción, sería capaz de autosostenerse como verdad: no solo no necesitaría una elaboración formal para presentarse como discurso veraz, sino que, de hecho, se concibe como no constituido por ningún artificio retórico. El valor de *Días y noches* radicaría en que, a esta escritura incontaminada, luego de extraer las herramientas necesarias, Galeano logra añadirle una dimensión literaria, una elaboración estilística que no des-dice de la verdad de lo narrado<sup>60</sup>.

Lo periodístico y lo literario serían ínsulas siempre extrañas que, a veces, con suerte, se vinculan y configuran una territorialidad en la que conviven en armonía. *Días y noches* sería esa ínsula feliz en la que estas discursividades olvidan sus diferencias. Bajo esta perspectiva, la escritura periodística sería pre-literaria –con potencialidad de ser literatura–, pero de ningún modo estaría vinculada de forma necesaria con un ejercicio literario. Las distinciones que legitiman la separación radical entre lo ficticio y lo factual permanecen incuestionadas. Pese a ello, la heterogeneidad y la interrelacionalidad de los

---

<sup>59</sup> Tomo prestado del concepto y la definición general a partir de la cual Chillón comprende los «discursos facticios» como aquellos en los que se busca “referir sucesos y situaciones realmente acontecidos” (68).

<sup>60</sup> Bajo esta misma concepción suele abordarse el carácter ambiguo de la narrativa testimonial al definir su liminalidad discursiva como resultado del desarrollo de “una nueva lógica estética en base a la articulación de las *herramientas del periodismo y la literatura*” (Montali 12, énfasis añadido). Este uso compartido de herramientas, sin embargo, no permitiría superar la dicotomía ya referida entre uno y otro campo discursivo, pues su propósito sería, simplemente, a la luz de esta perspectiva crítica insularizante, “que el vínculo entre ficción e investigación periodística potencie el impacto político de los hechos que se relatan” (Montali 12).

registros discursivos que expresan los relatos de *Días y noches* parecen no hacer otra cosa que exponer la arbitrariedad de este tipo de disociaciones entre la forma y el contenido, entre la elaboración formal y las dimensiones sociales, políticas y éticas, entre lo literario y lo periodístico, entre el lenguaje y la realidad, entre lo ficticio y lo factual.

Sobre los vínculos entre lo literario y lo periodístico que Galeano construye en *Días y noches*, Cristina Peri Rossi hace una afirmación que se queda a mitad de camino en el intento por dilatar la rigidez de esta frontera imaginada entre ambas geografías discursivas: “La técnica periodística con que se narran los episodios, por coincidir con la dinámica del libro, deja de ser una técnica periodística y es una forma de construir, de ordenar, de estructurar la realidad, es decir: una elaboración literaria” (ctd. en López 28). ¿La conclusión a la que llega Peri Rossi, no permitiría, acaso, repensar la «técnica periodística», sea cual fuere, ya como una elaboración literaria, y no como una escritura a la que después se le agrega una dimensión literaria?<sup>61</sup> La configuración archipelágica que expresa *Días y noches* no parece separable del ejercicio de denuncia y resistencia que Galeano intenta trazar y ejercer a través de su escritura. No es que exista una denuncia que luego se vea «adornada» por una elaboración estilística, sino que, precisamente, a partir de la elaboración formal se articula y se expresa aquel reclamo en unos términos que cuestionan la legitimidad y la eficacia de un orden que se sostiene a través de la violencia, el miedo y la insularidad.

Galeano señala la rigidez de los sistemas clasificatorios de las disciplinas sociales desde la que se comprenden usualmente los géneros discursivos: “La compartimentación de la actividad creadora tiene ideólogos especializados en levantar murallas y cavar fosas.

---

<sup>61</sup> Para remarcar la importancia de la trayectoria periodística de Galeano en el desarrollo de su escritura, Montali propone una vía inversa a las mencionadas anteriormente: afirma que, de la prensa, Galeano “extrajo las herramientas discursivas que caracterizaron su literatura” (8). Inversión del equilibrio en la dicotomía que, de todas formas, sigue legitimando aquella visión predominante en los acercamientos críticos desde la que se separa radicalmente lo literario de lo periodístico para mostrar a Galeano como un ejemplar domador de la heterogeneidad de ambos mundos. La geografía del campo periodístico, en este caso, sería un espacio de ensayo y búsqueda de un estilo que luego se trasladará al territorio que se presenta como ajeno a este: la literatura. La actividad periodística se concibe, así, como el “ámbito en el que [Galeano] encontró su voz literaria, el estilo particular de su prosa” (Montali 11). Es como si en el periodismo encontrara un modo particular de decir, para luego hablar con esa lengua en otra parte, en un espacio donde al fin se la reconoce como literaria. Se busca en la «técnica periodística» para sacar, explotar, extraer.

Hasta aquí, se nos dice, llega el género novela; este es el límite del ensayo; allá comienza la poesía” (“Diez errores”). Y es enfático respecto a la radical exclusión que opera sobre algunos registros discursivos, como los del periodismo, a los que se les pretende negar o minimizar su dimensión literaria: “Y sobre todo no confundirse: he ahí la frontera que separa la literatura de sus *bajos fondos*, los géneros menores, el periodismo, la canción, los guiones de cine, de televisión o radio” (“Diez errores”, énfasis añadido). Esta comprensión desvinculante de los géneros discursivos guarda una relación afín a la lógica insular y desarticuladora expuesta en los capítulos anteriores como característica de un Estado represivo. Una escritura liminal como la de *Días y noches* cuestionaría la restringida concepción a partir de la cual se concibe «lo literario» y entraría en pugna por su redefinición, por el dilatamiento de sus fronteras. Sin embargo, retomando el hilo general de los acercamientos críticos a *Días y noches*, la transgresión genérica de Galeano es señalada y desarrollada en unos términos que dejan intocada la dicotomía que su escritura archipelágica permitiría cuestionar: la autosuficiencia y el antagonismo que se le adjudican a los registros literarios y periodísticos. La crítica literaria ha valorado a *Días y noches* más como una demostración de que es posible domar registros discursivos de dos ínsulas antagónicas, que como la apertura de un horizonte desde el que es posible pensar un reconocimiento interrelacional entre ambas.

Duchesne realiza una lectura más problematizada de las relaciones existentes entre los registros literarios y periodísticos, y sobre el horizonte ético que configuran en *Días y noches*: el espesor significativo con que Galeano testimonia el ejercicio sistemático del terror de las dictaduras del Cono Sur contrasta con la visión abstracta y despersonalizante de la prensa burguesa de su tiempo, en la que “Impera un universo semántico unidimensional en el que las cosas sencillamente «ocurren» o se «dicen»” (Duchesne 24). Sin embargo, al señalar la transgresión de aquellas convenciones periodísticas generalizadas, Duchesne no se cuestiona sobre los límites y posibilidades de los registros discursivos asociados al periodismo: pone el acento en la dimensión factual que puede tener lo literario, pero no se pregunta por la posible constitución literaria de las narraciones factuales. He ahí la fisura en la que me he propuesto auscultar. La reflexión sobre la transgresión genérica y disciplinaria que emprende Galeano en *Días y noches* podría

posibilitar una redefinición no solo de lo que se comprende como literario, sino de las prácticas periodísticas en general.

Al remarcar el diálogo entre una heteroglosia registros discursivos (como la crónica, el ensayo, el cuento, la noticia, la novela, la viñeta, el reportaje, entre otros), la escritura de *Días y noches* no solo construiría una cartografía en la que se hace posible el reconocimiento de la interrelacionalidad entre lo literario y lo periodístico, sino que el carácter desestabilizador de su trazo permitiría reconfigurar la manera en que la insularidad de estas islas-registros ha sido comprendida desde la ciencias sociales y el periodismo en general.

### 3.2. La urdimbre ficcional del discurso periodístico

*... las verdades son ilusiones de las que se ha olvidado que lo son, metáforas que se han gastado y han quedado sin fuerza sensorial...*

Nietzsche, *Sobre verdad y mentira en sentido extramoral*

Para dar cuenta de su predilección por lo que él llama «periodismo narrativo», Roberto Herrscher afirma: “Disfruto las historias inventadas, por supuesto, pero las *reales* – la no ficción– tienen para mí un inmenso valor agregado” (9, énfasis añadido). Este factor diferencial consiste en que “es muy difícil no poder inventar, no poder agregar ni mentir y, para ser realmente honestos, no poder quitar lo que no encaja con la coherencia de la historia que estamos contando” (9). Desde esta visión, la ficción es comprendida como lo irreal, lo no-veraz, lo no-cierto. De modo que la realidad se impondría con la fuerza de lo irremediable sobre el sujeto y sobre los modos del relato que este utilice para comprenderla-vivirla-significarla. Un ejercicio periodístico entendido desde esta concepción de lo real, se asemeja al ejercicio vertical, despersonalizante y desvinculante de la prensa tradicional argentina, como aparato ideológico del Estado, durante la dictadura de



la Junta Militar<sup>62</sup>. La discursividad periodística deviene en una actividad mecánica, extractiva, reproductora, estéril, petrificadora, insular e insularizante<sup>63</sup>.

El acercamiento poco problematizado desde el que Herrscher comprende la operación ficcional como una renuncia a cualquier pretensión de verdad, reafirma el antagonismo a partir del cual una parte considerable de la crítica literaria ha leído a *Días y noches* como un espacio en el que Galeano domestica los registros literarios y periodísticos para construir una territorialidad discursiva en la que estos pueden coexistir. La relación de la escritura de Galeano con lo literario radicaría en su capacidad de tomar e implementar herramientas estilísticas, pero rehuyendo de la ficción en la elaboración de su narrativa factual fragmentada<sup>64</sup>. He ahí la frontera que la práctica periodística, como productora de discursos facticios, tiene prohibido cruzar; el límite que se establece entre el periodismo y la literatura cuando ambos campos entran, accidentalmente, en diálogo; la insularidad insalvable que se pretende afirmar en aras de salvaguardar la capacidad y la voluntad de verdad del discurso periodístico<sup>65</sup>.

---

<sup>62</sup> Irónicamente, luego de perfilar al «periodismo narrativo», así, como discurso que no transforma o no interviene en la construcción de la realidad (y que no podría siquiera aspirar a ello, so pena de dejar ser periodismo), sino que la captura, Herrscher sostiene que “Bien practicado, el periodismo narrativo es profundamente ético” (10). El tipo de ética que se despliega en esa «buena práctica» será, sin embargo, una ética que respalda la inmutabilidad del mundo, la incapacidad creadora de la palabra.

<sup>63</sup> De ahí, por ejemplo, que Hayden White señale, respecto a la narrativa histórica, que “Para los grupos sociales subordinados, emergentes o resistentes, esta recomendación -ver la historia con el tipo de «objetividad», «modestia», «realismo», y «responsabilidad social» que ha caracterizado a los estudios históricos desde su creación como disciplina profesional- sólo puede parecer otro aspecto de la ideología a la que están obligados a oponerse” (White, *El contenido* 100).

<sup>64</sup> Para Hugo Achugar, por ejemplo, en una narrativa testimonial como la que se despliega en *Días y noches*, hay un «efecto de realidad» que sostiene la convención realista y que implica que se está “frente a un texto donde la ficción no existe o existe en un grado casi cero que no afecta la verdad de lo narrado” (“Historias” 75). Más adelante, en su ensayo, afirma que el testimonio no implica ausencia de «literatura» porque la “«literatura» no es identificable con ficción sino con elaboración ideológico-formal” (78). Cabe preguntarse: ¿No implica acaso la ficción una «elaboración ideológico-formal»?

<sup>65</sup> En un camino inverso, también es comprobable cierta repulsión de «lo literario» hacia lo comprendido como periodístico o factual. Por ejemplo, luego de sostener que la narrativa testimonial es un modo distinto de hacer literatura porque se apoya en los «hechos» y no en la «ficción», Silvestre Hernández hace una errata en la que parece querer salvaguardar un pretendido carácter *incontaminado* de esta escritura literaria: “Esto no quiere decir que su *discurso* devenga un reportaje o crónica periodística, sino que la «ficción» no es su *modus procedendi*, lo cual no impide el arribo del efecto artístico” (Hernández 171-72).

Los registros discursivos del periodismo parecerían capaces (y a ello debieran aspirar) de capturar los hechos de la realidad (concebida como una exterioridad) y hacerlos hablar por sí mismos. Esta comprensión del lenguaje como instrumento pasivo, objetivo, transparente, capaz de calcar lo real y de eliminar su propia huella como discurso, se sostiene en lo que Barthes define como una «ideología totalitaria del referente» (27). En los discursos con una pretensión realista como esta, se construye la realidad a partir de un esquema semántico de dos términos: el referente y el significante (Barthes 175). Esta representación sobre lo real implica la negación de cualquier proceso de significación en el que intervenga la subjetividad humana y el discurso. El significado estaría contenido en el referente («lo real») y con el uso de los significantes apropiados (las palabras) sería posible extraer aquel sentido esencial y extradiscursivo. Se trata de una estrategia retórica en que se pretende que el enunciante esté ausente de su discurso; fingir que no hay marcas de su subjetividad en la escritura (Barthes 168). En este modo discursivo hay un “reflujo masivo del discurso hacia el enunciado e, incluso (en el caso del historiador), hacia el referente: no queda nadie que asuma el enunciado” (Barthes 171)<sup>66</sup>. Se trata de una puesta en relato por la que nadie se hace responsable y que Martín Caparrós señala como característica del ejercicio periodístico convencional, ya que se sostiene en el “intento de eliminar cualquier presencia de la prosa, de crear la ilusión de una mirada sin intermediación: una forma de simular que aquí no hay nadie que te cuente, que «esta es la realidad»” (párr. 25)<sup>67</sup>.

Esta ilusión referencial, con base a la cual se ha configurado mayoritariamente el quehacer periodístico, sostiene que los discursos «ficticios» obedecen a una imaginación soberana, autosuficiente e ilimitada, mientras que los discursos de «no-ficción» o facticios serían “capaces de referir la realidad de manera reproductiva, objetiva y por tanto exenta de mediación” (Chillón 44). Lo que ocurre en las discursividades facticias, sin embargo, es la configuración de una “representación de la realidad, es decir, un empalabramiento acerca

---

<sup>66</sup> Parfraseando a Reiss, George Yúdice identifica este procedimiento retórico como expresión de una modernidad que “se manifiesta mediante discursos que se imponen sobre el mundo, «autorándose» y autorizándose mediante la supresión de toda huella que apunte a las fuentes de su enunciación” (228).

<sup>67</sup> Bajo aquella concepción de la funcionalidad restringida del lenguaje respecto a la realidad, se expresa una contradicción propia de los discursos históricos «objetivos» (aspirando el periodismo convencional a ser uno de ellos): “el hecho no tiene nunca una existencia que no sea lingüística (como término de un discurso), y, no obstante, todo sucede como si esa existencia no fuera más que la «copia» pura y simple de otra existencia, situada en un campo extraestructural, la «realidad»” (Barthes 174).

de ella que es, al mismo tiempo, imitativo (mimético) y creativo (poiético)” (Chillón 44). Los hechos narrados no son apriorísticos o pre-discursivos. Las palabras, incapaces de captar los hechos y de expresarlos objetivamente, “son en cambio muy capaces de hacerlos, esto es, de convertirlos performativamente en *objetivación*” (Chillón 44). Lejos de capturar un referente concebido como exterior, el lenguaje, de hecho, lo construye, lo significa, lo dota de sentido, lo habita por dentro, es su entraña misma, lo hace comprensible como «hecho»<sup>68</sup>. En estos términos, los modos de dar cuenta del mundo de los registros periodísticos, se tenga conciencia de ello o no, implican una acción transformadora y constitutiva del lenguaje sobre la realidad: una tarea de exploración humana, un peregrinaje abierto, inventivo y parcial, incapaz de ofrecer algún saber definitivo o extradiscursivo.

El afianzamiento de una «ideología totalitaria del referente» como paradigma de la construcción de registros periodísticos ha implicado una simplificadora visión a partir de la cual se concibe «lo real» y «lo veraz». Desde esta perspectiva irreflexiva se desconoce la posibilidad de una apertura dialógica y descentrada del lenguaje: “El estatuto del discurso histórico es asertivo, constitutivo, de una manera uniforme; el hecho histórico está lingüísticamente ligado a un privilegio del ser: se cuenta lo que ha sido, no lo que no ha sido o lo que ha sido dudoso” (Barthes 171). En lugar de dotar de sentido a la realidad y, por lo tanto, transformar e incidir sobre ella, la escritura pareciera no hacer otra cosa que reafirmar su peso incontrovertible. El ejercicio del periodismo informativo tradicional se autolegitima en la misma condición asertiva: “La información no soporta la duda. La información afirma” (Caparrós párr. 23). Una práctica periodística erigida a partir de esta comprensión del lenguaje y de «lo real» termina operando en consonancia con una organización insular, totalitaria y deshumanizante de lo social: “Bendicen al sistema que dicen combatir quienes emplean un lenguaje de aburridoras frases hechas y crean personajes de una sola dimensión, personajes de cartulina, sin miedo ni dudas ni contradicciones” (Galeano, “Diez errores”). Frente a esto, Galeano procura hacer de su escritura un espacio autorreflexivo que hace evidente el carácter constitutivo de la palabra y la incidencia de las formas del relato en la configuración de la realidad: “Una literatura que

---

<sup>68</sup> Barthes comparte una perspectiva como esta al sostener que “el discurso histórico no concuerda con la realidad, lo único que hace es significarla, no dejando de repetir *esto sucedió*, sin que esta aserción llegue a ser jamás nada más que la cara del significado de toda la narración histórica” (Barthes 175-76)

encoge el alma en lugar de multiplicarla, por más que se llame militante, objetivamente sirve a un orden social que cada día corta y recorta la multiplicidad y la riqueza de la condición humana” (“Diez errores”).

Si se reconoce que lo que se concibe como real es objetivado a través del lenguaje – y no copiado, capturado o extraído por este–, es posible comprender las implicaciones éticas de la forma en que la realidad es pronunciada-construida-performada desde la configuración archipelágica de *Días y noches*.

Las configuraciones desvinculantes de lo social a las que propendían los Estados represivos extendían sus “raíces en una especie de subcultura de represión que cultiva el orden abstracto” (Duchesne 19), y se expresaban y autolegitimaban en los modos del relato verticales, planos, despersonalizantes y acrílicos desde los que, por ejemplo, en la prensa tradicional argentina se daba cuenta de las acciones de la Junta Militar. En respuesta a esto, la escritura de *Días y noches* se constituye a partir de una perspectiva ampliada y descentrada que busca vincular y establecer conexiones entre instancias concretas que permitan comprender mejor los engranajes con que operan los ejercicios de la violencia (para)estatal, el autoritarismo que permea todos los estamentos de lo social y las formas en que los sujetos se posicionan respecto a este ordenamiento represivo de la realidad.

En uno de los relatos titulados “El sistema” (Galeano, *Días* 29), sintácticamente el título se entronca con el comienzo del texto, que para acentuar aún más este encabalgamiento, empieza sin mayúscula inicial: “que programa la computadora que alarma al banquero que alerta al embajador que cena con el general que emplaza al presidente que intima al ministro que amenaza al director general que humilla al gerente que grita al jefe que prepotea al empleado que desprecia al obrero que maltrata a la mujer que golpea al hijo que patea al perro” (29). Y el relato termina allí, sin punto final. La narración queda incompleta, abierta, expuesta, en suspenso. No solo se hace manifiesto el carácter estructural de la violencia autoritaria y su carácter desquiciado, sino que la sintaxis misma del relato está desbocada, afectada, lanzada al abismo, compuesta a partir de enunciados concatenados lógicamente, pero que gramaticalmente disrumpe las normas al uso. Esto que en las lecturas críticas ya mencionadas se concebiría como «elaboración estilística» accesoria u ornamental, se revela como una dimensión constitutiva de la puesta

en relato que hace Galeano de la realidad que percibe. Su escritura no aspira a «capturar» lo real, sino a explorar las posibilidades del lenguaje para expresar realidades descoyuntadas y heridas que pretenden ser reprimidas, desproblematizadas, normalizadas y legitimadas por los aparatos ideológicos de los Estados represivos. Para expresar la intensidad de la violencia padecida, la lengua tiene que quebrarse, renunciar a la fluidez, bal-bu-ce-ar.

Para desatar comprensiones complejas sobre las consecuencias de la generalización de la violencia, y para poner en evidencia las lógicas en que se sostiene la represión, la escritura de Galeano se afecta a sí misma intentando in-corporar parte del engranaje y las lógicas en que se sostiene la represión<sup>69</sup>. Desde el lenguaje se emula y parodia el desquiciamiento de los sistemas dictatoriales al tiempo que se bordan vínculos entre lo particular y lo general: las violencias que se dan en lo micro o en lo privado son respuesta y parte de una estructura sostenida en el autoritarismo y la imposición. Los relatos de *Días y noches* se ofrecen como un modo de repensar y comprender la realidad a partir del trazo de estos vínculos que pretenden ser obliterados, y no como el despliegue de un lenguaje transparente, definitivo e incuestionable capaz de denunciar una realidad esencial a la que, por fortuna o por talento, Galeano logra adornar con recursos estilísticos. La hechura de su lenguaje está afectada por «lo real» al tiempo que lo constituye, lo expresa y lo trastoca. La forma en que se da cuenta de la realidad a través de la escritura de *Días y noches* reconoce al lenguaje como instancia constitutiva del pensamiento y no como instrumento dócil; “como un aparato para la producción de significado más que meramente un vehículo para la transmisión de información sobre un referente extrínseco” (White, *El contenido* 60).

En una perspectiva consonante con aquella desde la cual generalmente se han leído las relaciones entre lo periodístico y lo literario en la discursividad de *Días y noches*, la historiografía tradicional también ha sostenido que la dimensión literaria de la narración histórica –que es, al igual que el periodismo, un discurso de intención veridicente–, se

---

<sup>69</sup> Podría decirse, en palabras de Ramos (propiciadas por su análisis de la escritura cronística de Martí), que en contravía de una autoridad epistemológica (esencialmente moderna) que se apoya en lenguajes pretendidamente «desestilizados» y «mecánicos», Galeano realizaría una «sobreescritura»: una dramatización de su literariedad (“VI. *Maquinaciones*” 193). En este caso, al remarcar-dramatizar la estilización que le permite urdir su descripción sobre el accionar del Estado represivo, hace manifiesta la dimensión constitutiva de lo literario en las puestas en relato que aspiran a re-presentar «lo real». Su escritura es el reverso de discursividades asertivas que se conciben a partir de la ilusión de poder ser neutrales, veraces, objetivas, anti-retóricas, no-ficcionales.

reduce a elaboraciones estilísticas que hacen que el relato pueda resultar interesante al lector, en vez de considerarse como parte del tipo de la inventiva poética que se asume propia de los relatos de ficción (White, *El contenido* 11). Según esta visión, “La forma del discurso, la narrativa, no añade nada al contenido de la representación; más bien es un simulacro de la estructura y procesos de los acontecimientos reales” (White, *El contenido* 43). Es como si los hechos pudieran hablar por sí mismos, como si se presentaran pre-discursivamente a la percepción humana ya como parte de una trama o de un relato y solo hiciera falta la utilización de un lenguaje lo suficientemente aséptico para presentarlos-calcarlos en su estado «natural». El modo de decir, la elaboración formal de la narrativa, no añadiría nada a la verdad de lo narrado, y mucho menos se consideraría como su dimensión constitutiva.

Esta concepción extractiva del lenguaje, sostenida en su aparente posibilidad de producir mimesis pasivas de lo real –mimesis que no son mimesis–, parece estar vigente en los paradigmas desde los que se concibe el ejercicio periodístico contemporáneo. Desde esta perspectiva, los discursos facticios y ficticios estarían diferenciados en razón del carácter ontológico del referente de cada uno (White, *El contenido* 12): los primeros seguirían fiel y pasivamente a una realidad que se concibe como extratextual, esencial, divina (recuérdese la forma en que la prensa argentina tradicional re-presentaba el actuar de la Junta Militar), mientras que los segundos tendrían libertad para inventar todo en sus relatos. Sin embargo, esta insularidad desde la que estas dos geografías discursivas son comprendidas es puesta en crisis cuando se reconoce “su común condición de aparatos semiológicos que producen significados mediante la sustitución sistemática de objetos significativos (contenidos conceptuales) por las entidades extradiscursivas que les sirven de referente” (White, *El contenido* 12). Hay una escritura de por medio en el intento por dar cuenta de la realidad: una estructura simbólica tejida para construir sentido, para desarrollar una trama. Hay un acto ordenador, reflexivo, escritural, incisivo, transformador, interpretativo, constitutivo, performativo. Los acontecimientos que se pretenden estar registrando de forma pasiva, objetiva, neutral y, por lo tanto, veraz, no pueden hablar por sí mismos. Ni siquiera pueden presentarse como acontecimientos: no pueden constituir por sí mismos un relato (White, “El texto” 113). Solo al in-corporarse en una estructura simbólica cobran sentido humano y se hacen comunicables como sucesos. Y esa puesta-en-relato es,

ante todo, una “*operación literaria*, es decir, productora de ficción” (White, “El texto” 115, énfasis añadido). Desde esta perspectiva, los límites entre lo ficticio y lo factual se vuelven porosos; se desvela el aparataje retórico que hace posible la autoafirmación de la «ilusión referencial»: “*El lenguaje mismo posee y es poseído por la dinámica de la ficción. Y su más preciado fruto, ese que acordamos llamar «verdad», está entretejido de ella, por más que las convenciones usuales nos empujen a olvidarlo*” (Chillón 73)<sup>70</sup>.

Esta desestabilización de fronteras entre lo facticio y lo ficticio conduce a la problematización de los supuestos en que se sostiene la autoridad epistemológica pretendida por discursividades facticias como la testimonial/periodística, y a la redefinición de lo que se entiende por «lo literario».

Desde el epígrafe con que Galeano empieza a trazar la cartografía *Días y noches* se hace evidente la intención «veridicente» de sus relatos: “Todo lo que aquí se cuenta, ocurrió. El autor lo escribe tal como lo guardó en su memoria. Algunos nombres, pocos, han sido cambiados” (*Días* 5). Respecto a este pacto narrativo de veridicencia, José Ramón González se apresura a señalar que, valiéndose de la falacia referencial que señalaba Barthes como propia de los discursos históricos que se pretenden objetivos, Galeano intenta escamotear el carácter plástico de la memoria (101). No deja de ser curioso que el mismo González, en otro apartado su análisis, retoma las palabras que utiliza Galeano para definir la palabra «recordar»: “del latín re-cordis, volver a pasar por el corazón” (ctd. en 104). Teniendo en cuenta esta concepción sobre el ejercicio de memoria que exige siempre ser reactualizado, Galeano no ocultaría su mediación —en tanto sujeto enunciante del discurso— ni, por lo tanto, la de su lenguaje; por el contrario, hace evidente que la puesta en relato de sus recuerdos es un acto creativo, (re)iterativo y constitutivo que exige un posicionamiento activo por parte del sujeto que recuerda: una operación literaria siempre necesaria en todo intento por dar forma y sentido al recuerdo. Su escritura pone el acento en el “vínculo irremplazable entre el sujeto del acontecimiento, el enunciado que como tal sujeto produce, y el acontecimiento mismo” (Duchesne 15): se reconoce que el modo en que se narrativizan

---

<sup>70</sup> De la comprensión de lo literario como operación ficcional, en tanto productora de sentido, se desprende la afirmación de Chillón respecto a que “*toda dicción humana es, siempre y en alguna medida y manera variables, también ficción*; que no es que uno de los modos posibles de la dicción sea la ficción, ... sino que dicción y ficción son constitutivamente una y la misma cosa” (62).

sus memorias le otorga a sus recuerdos una trama –un horizonte interpretativo– dentro de la cual tienen algún sentido posible y son comprensibles como sucesos acontecidos<sup>71</sup>.

Galeano traza una escritura capaz de reconocer su propia incidencia sobre la configuración de lo real; una escritura que, por lo tanto, se pone en cuestión a sí misma al reconocer su parcialidad, su artificialidad, su literariedad; una escritura que pone bajo sospecha y cuestiona radicalmente, por lo tanto, la autoridad epistemológica que se atribuye a las discursividades facticias convencionales y las operaciones retóricas en que esta autoridad se apoya. Lejos de pretender capturar los acontecimientos que narra, asume la imposibilidad de hacerlo, reconoce los límites de su escritura y del lenguaje para dar cuenta de sí y de lo real.

El socavamiento de la «ideología totalitaria del referente» que una escritura como esta propicia, lejos de implicar una renuncia a poner en relato lo acontecido, es lo que hace posible el intento de construir una narración sobre lo sucedido. Damos cuenta de nosotros y de nuestras realidades precisamente porque se nos presentan como irremediamente opacas y solo a través del relato podemos hacerlas, en algún grado, comprensibles (sin que esto implique la superación de su opacidad): “La irrecuperabilidad y la cancelación del referente es la propia condición de posibilidad del dar cuenta de mí misma si tal relato debe tomar la forma narrativa. El carácter irrecuperable de un referente original no destruye la narración; la produce «en una dirección ficcional», como diría Lacan” (Butler, *Dar* 57). En función de la opacidad de la realidad y de la insuficiencia del lenguaje, esas narraciones son siempre ficcionales: búsquedas literarias, siempre abiertas, expuestas, inestables y provisionales sobre los sentidos posibles de «lo real». Aquello que podría leerse como un fracaso narrativo o descriptivo es en realidad lo que permite asumir el espesor significativo de la realidad y enfatizar la especificidad literaria de todo relato sobre esta (Ramos, “VI. *Maquinaciones*” 293).

---

<sup>71</sup> En consonancia con esta reflexión, y a partir de las reflexiones de Ricoeur, Albert Chillón sostiene que “la «narratividad» constituye el cañamazo esencial, con frecuencia inadvertido, de cualesquiera modos de discurso dedicados a representar el curso del vivir, sean intencionalmente verídicos o fabulados; sean narrativos de modo explícito -como la epopeya, el cuento o la novela- o bien de modo más o menos velado, como la explicación periodística, la argumentación persuasiva o el discurso historiográfico” (Chillón 45-46)



La configuración archipelágica es la estructura simbólica a partir de la cual Galeano narrativiza-construye el sentido de las realidades, experiencias y memorias que recuerda. El archipiélago es su modo de dar cuenta de «lo real» y, por lo tanto, el modo de pensar-vivir que despliega, propone y performa. La mirada múltiple y heteroglósica desde la que Galeano construye esa perspectiva para comprender el mundo, en *Días y noches*, socava cualquier pretensión de objetividad, desimplicación, transparencia y neutralidad de cualquier discurso que se pretenda veridicente. Tal vez este modo de decir-pensar-vivir que construye Galeano sugiera que, a la par de la precariedad humana —a causa de nuestra exposición como cuerpos sociales— que nos ubica en relaciones de interdependencia, es posible postular una suerte de precariedad discursiva que haría que los registros facticios puedan reconocer su ineludible dimensión ficcional, la aporía de su carácter literario que los constituye y descentra; que los hace posibles al tiempo que los pone en duda.

### 3.3. Lo veraz: otra forma de lo posible

*Tomé mi cuaderno y anoté: «Gritos desgarradores, el guardián no parece asustado o conmovido». En ese momento me di cuenta de que yo misma no estaba nada asustada y apenas conmovida. Pensé que es seguramente a eso que se suele llamar «deformación profesional». El acuciante deseo de transmitirlo todo con la máxima veracidad me estaba transformando en una mezcla de máquina fotográfica con grabador. Los gritos se intensificaban.*

María Esther Giglio, *La guerrilla tupamara*

En “De los muchachos que por entonces conocí en las montañas, ¿quién queda vivo?” (*Días* 15), Galeano relata su experiencia en Guatemala trabajando como periodista y conviviendo con integrantes de un grupo guerrillero de aquel país. Entre las historias allí vividas, recuerda o cree recordar un diálogo particular: “4. Conversación que *no sé si escuché o imaginé ...*” (16, énfasis añadido). Galeano confiesa la inestabilidad e

incertidumbre sobre aquella conversación que re-memora. El diálogo es entre dos guerrilleros: uno de ellos imagina la posibilidad de una revolución de mar a mar que lo cambiará todo en Guatemala, y el otro está interrogándolo sobre esa realidad posible que aquel elabora. En este caso, lo que podría estar por-venir, lo que podría ser, *lo posible*, no solo es motivo serio de reflexión e indagación por parte de ambos sujetos en el diálogo re-creado por el narrador, sino que, en el umbral con el que se introduce esa conversación, se reconoce la posibilidad de haber imaginado una conversación que no tuvo lugar, pero que, dadas las circunstancias, pudo haber ocurrido. En estos términos, los límites de lo veraz y lo verosímil se hacen difusos: el relato «cierto» sobre los acontecimientos sucedidos es comprensible ya no como la presentación transparente e inequívoca, a través del lenguaje, de aquello que ha ocurrido, sino como lo que la memoria –es decir, el lenguaje que la performa– y los contextos vividos permiten suponer y sentir como posible.

Galeano hace evidente que tiene dudas respecto a la veracidad de lo recordado y, al reconocer esa indeterminación que desdibuja los contornos de sus memorias, le da cabida en su escritura sobre «lo real» a la duda, a la incertidumbre, a la indeterminación, a la ambigüedad, a la insuficiencia y al equívoco como modos constitutivos de la experiencia de la realidad.

Comentando la obra de Rodolfo Walsh, Galeano afirmaba que aquel trabajó por la verdad “sabiendo que la verdad no es una nunca, sino que hay tantas verdades posibles como las vidas que las vivieron” (Galeano, “Walsh”), y que, en el contexto de América Latina, precisamente, era “hora de empezar a recuperar las cosas como son o como por lo menos hemos sentido que fueron; que seamos honestos a la hora de transmitir las” (Galeano, “Walsh”). En estas palabras que suscita la escritura de Walsh hay un cuestionamiento epistemológico afín a la puesta en crisis que despliega en la escritura de *Días y noches* respecto a lo que es considerable como «verdad»: esta tendría que ver más con la honestidad respecto a la manera en que la realidad es percibida que con la posibilidad de erigir un relato capaz de dar cuenta de forma unívoca sobre ella.

En la construcción narrativa de *Días y noches*, lo veraz se asemeja más a la honestidad de Galeano consigo mismo, de acuerdo a lo sentido como posible, que a un procedimiento extractivo que permita calcar la realidad; a la fidelidad con el sentido de una

experiencia desgarradora, más que a una simple descripción neutral o totalizadora que, en todo caso, sería inviable. Los relatos del libro “Propenden a verter lo informado en una trama de experiencia que sustituye la mera exposición de datos. Convierten el dato en acontecimiento, y la explicación, en «implicación» simbólica” (Duchesne 31). En este sentido, la capacidad significativa, expresiva y creadora, que se abre a partir del reconocimiento de lo *posible* en el relato sobre «lo real», parece determinante en la construcción de una narrativa testimonial capaz de retar la violencia del consenso y del entumecimiento de la sensibilidad que propician representaciones uniformes y planas de la realidad, y que buscan reprimir “la heterogeneidad conflictiva y disidente de lo social” (Richard, “La crítica” 189):

El testimonio busca reinscribir la verdad *en primera persona* de una experiencia intransferible que, como tal, puede llegar a conmover el orden de razones y hechos a través del cual el archivo y la estadística clasifican, neutralmente, los abusos. El testimonio logra forzar la atención sobre algo que la historia a menudo rechaza como simple índice residual; un índice carente de la generalidad suficiente para ser portador de una verdad incontrovertible. El testimonio pone en escena una corporización biográfica que desvía el «idioma común» de referencia colectiva de la historia hacia lo singular-personal; el testimonio consigna el residuo de ese algo improcesable cuyo accidente subjetivo desvía el orden general de las verdades objetivas del recuento histórico. (Richard, “La crítica” 192)

En ese sentido, lo verosímil, lo vivido-sentido como posible, adquiere también el estatuto de «verdad»; de una verdad, sin embargo, que reconoce su precariedad, su parcialidad, su insuficiencia, su necesidad de tender puentes con otros relatos y otras perspectivas; una verdad que desde la afectación a la que se expone –y a la que se abre al reconocer su literariedad constitutiva–, densifica «lo real» al intentar expresar sus contradicciones, su inescrutabilidad, su indecibilidad, sus puntos ciegos, sus paroxismos y sus fracturas. Una construcción de este tipo de relatos sobre lo acontecido –que no aspira a ser la única versión de la historia– se niega al cierre explicativo al que propenden “las

totalidades demasiado seguras de sí mismas” (Richard, “Políticas” 65)<sup>72</sup> y, por lo tanto, “se constituye como una forma de narrar la historia de un modo alternativo al monológico discurso historiográfico en el poder” (Achugar, “Historias” 65).

Al tramar una narratividad que va en contravía de las formas tradicionales de representación sobre «lo real», una escritura como la de *Días y noches* abre un cuestionamiento epistemológico sobre el valor verídico posible del lenguaje y sobre los criterios de validez en que este se sostiene (Sommer 148). Siguiendo a Nietzsche, Doris Sommer señala que el principio de identidad formulado por Aristóteles, y que se presenta como determinante en proposiciones lógicas de verdad, como la de los discursos facticios que se pretenden «objetivos» y «veraces», “meramente *presupone* que A es igual a A como una restricción ética” (Sommer 148). Dicha presunción de veracidad se trata, por lo tanto, de “una ficción que construye una base para el pensamiento filosófico sistemático” (149). Y luego deduce: “Si la jactancia de veracidad de la filosofía se basa en una ficción, evidentemente no puede haber diferencia categórica entre un tipo de escritura y otro, entre la lógica y la literatura. Es más bien una diferencia de grado de auto-conciencia” (149).

Los discursos que se reconocen como literarios estarían en condiciones de asumir su condición ficcional sin pudor; de reflexionar sobre las posibilidades mismas del lenguaje y la imaginación; de ponerse en duda a sí mismos y reconocer la precariedad de todo lenguaje y de la realidad que refieren-construyen. Mientras tanto, los discursos facticios convencionales, en aras de parecer objetivos, no-imaginativos, no-ficcionales y veraces negarían esa precondition y se asumirían como «Verdad».

En la búsqueda por escamotear su literariedad constitutiva y presentarse como una discursividad transparente, se ha desarrollado y consolidado un estilo periodístico, desarrollado durante la primera mitad del siglo XX en el periodismo estadounidense, basado en lo que se conoce como la técnica de las cinco «Ws» (Herrscher 27): bastaría responder de forma «clara», «objetiva» y «neutral» las preguntas sobre qué (*what*), quiénes

---

<sup>72</sup> Nelly Richard sugiere que, en los intentos por tramar una memoria crítica, tal vez “sólo las constelaciones simbólicas del arte y la literatura sepan deslizar el trabajo del recordar por los *huecos de la representación*, por las *fallas del discurso social y sus lapsus*; por todo lo que entre corta la sintaxis ordenadora de las recapitulaciones oficiales con el *fuera-de-plano* de motivos truncos, de señales difusas y visiones trizadas” (“La crítica” 191).

(*who*), dónde (*where*), cuándo (*when*) y por qué (*why*) para asegurar la «veracidad» y la «objetividad» del discurso periodístico. Sin embargo, este modo del decir, por aséptico que se pretenda, no es más que “un *dispositivo retórico* altamente funcional capaz de facilitar – en el mejor de los casos– la productividad del azacanado trabajo periodístico diario, aunque irremediamente incapaz de dar cuenta y razón de los acontecimientos sociales” (Chillón 27, énfasis añadido). Así, la complejidad de la práctica periodística queda reducida a “simple repertorio acrítico de habilidades empíricas encaminadas a la producción seriada de textos” (Chillón 109). El tipo de veracidad en que se sostiene la autoridad epistemológica de ciertos registros discursivos (como los del periodismo convencional) es resultado, pese a sí misma, de una operación literaria; de un acto constitutivo y creador del lenguaje; de un artificio retórico que la hace posible y que construye su pretendida autoridad<sup>73</sup>. La veracidad, esa deidad en cuyos altares los periodistas deben rendir tributo y sacrificar la capacidad expresiva y transformadora del lenguaje, entonces, no es más que una forma de lo verosímil; la más totalitaria e irreflexiva de sus expresiones.

La presencia de un subtexto periodístico que constituiría la urdimbre de *Días y noches* sugiere que Galeano procura traer la escritura periodística al centro de su discurso para descentrarla y hacer de ese lugar de enunciación, tradicionalmente constituido a partir de la presunción de poder decir la «Verdad», un espacio de autorreflexividad y puesta en crisis respecto a la (in)suficiencia y la precariedad del lenguaje para dar cuenta de la realidad. Ya no se trata solo de que lo posible o lo verosímil pueda ser considerable como una «verdad», sino que, a partir de esta perturbación epistemológica, la autoridad en la que se sostenía aquello que antes era tratado como «Verdad» se revela como producto de una ficción, de una elaboración literaria autoritaria a través de la cual lo *vero-símil* (similar a la verdad) pretendía hacerse pasar por «Veraz»<sup>74</sup>.

---

<sup>73</sup> Reflexionando sobre el proceso en que la historia empieza a convertirse en una disciplina durante el siglo XIX, White señala que “La des-retorización del pensamiento histórico constituía un esfuerzo para distinguir la historia de la ficción ... Por supuesto este esfuerzo constituía ... el tipo de iniciativa retórica que Paolo Valesio denomina «la retórica de la anti-retórica»” (White, *El contenido* 83). Esta retórica que se niega a sí misma, en este caso, y en el caso del periodismo, implica “la afirmación de la ficción de que los «relatos» que cuentan los historiadores [o los periodistas] se encuentran en la evidencia en vez de inventarse” (White, *El contenido* 84).

<sup>74</sup> Los géneros y las modalidades que engloban los discursos factuales “son capaces de producir, en el mejor de los casos, mimesis verosímiles de «lo real», conformadas según las posibilidades y límites que toda dicción impone” (Chillón 62).

La puesta en relato de la realidad a la que apela el periodismo, en tanto acto creativo y constitutivo que se da a través del lenguaje, exige “el indispensable y a menudo arriesgado establecimiento de nexos causales y temporales, vínculos que deben antojarse plausibles y atenerse a los principios de la más elemental razón” (Chillón 65). En estos casos, “la refiguración es disciplinada por una imaginación que debe respetar exigencias referenciales” (Chillón 65). De modo que la imaginación es la proa que traza, reconoce y teje vínculos entre aquello que, de otro modo, no cobraría sentido al no hacer parte de una estructura simbólica o de una trama en la que se puedan desatar sus posibilidades significativas. En las raíces de lo que se presenta como cierto, unívoco, inapelable y objetivo late, pues, inevitablemente, siempre, la savia de lo posible, de la configuración literaria.

Un ejercicio periodístico sostenido en la pretensión de anular u ocultar la función articuladora del lenguaje y de la imaginación niega la posibilidad de entender lo real como una instancia abierta al cambio. Al negar la dimensión literaria de sus enunciados, este tipo de discursos oculta el espesor significativo y la complejidad de las realidades humanas; las convierten en cadáveres, en islas inmóviles cuyo destino reposa en una suerte de voluntad no-humana, divina, esencial. Un periodismo deshumanizante como este, intencionalmente o no, en el contexto de la escritura de *Días y noches*, se articulaba con los intereses de Estados dictatoriales que buscaban imponer la rigidez y la insularidad sobre los cuerpos sociales.

En uno de los relatos titulados “El sistema” (*Días* 78), Galeano reflexiona: “La dictadura es una costumbre de la infamia: una máquina que te hace sordo y mudo, incapaz de escuchar, impotente de decir y ciego de lo que está prohibido mirar.” (78)<sup>75</sup>. Unos lenguajes y unas estructuras simbólicas incapaces de suscitar comprensiones humanizantes sobre «lo real», de resignificar las heridas que dejan los ejercicios de violencia y de expresar la manera en que se resiste a estos, se vuelven funcionales a los intentos por esterilizar el tejido social.

---

<sup>75</sup> En ese mismo relato, Galeano refiere las consecuencias de un ejercicio periodístico que renuncia a las capacidades significativas del lenguaje: “El primer muerto por torturas desencadenó, en el Brasil, en 1964, un escándalo nacional. El muerto por torturas número diez apenas si apareció en los diarios. El número cincuenta fue aceptado como «normal»” (*Días* 78).

Frente a un ejercicio periodístico convencional que “tiende a confundir la verdad con la simple verificabilidad, es decir, la comprensión del sentido con la obtención y procesamiento de datos rudos” (Chillón 67-68), una visión ampliada respecto a las discursividades facticias, que reconoce en ellas una dimensión literaria constitutiva, remarca la necesidad de densificar significativamente la realidad para superar la cosificación a la que la vida humana, la realidad y el lenguaje pretenden ser sometidos en contextos represivos: “La literatura puede reivindicar, creo, un sentido político liberador, toda vez que contribuya a revelar la realidad en sus dimensiones múltiples, y que de algún modo alimente la identidad colectiva o rescate la memoria de la comunidad que la genera, sean cuales fueren sus temas” (Galeano, “Diez errores”).

Si toda puesta en relato sobre lo real implica un ejercicio interpretativo que incide sobre aquello que se refiere-construye, eso significa que hay una responsabilidad en los modos de tramar esas narraciones que trazamos para (re)pensar y (re)configurar la realidad. Como señala Rossana Reguillo, refiriéndose a la capacidad comprensiva de la crónica como género discursivo liminal, la autorreflexividad latente en la escritura de *Días y noches* permitiría decir sobre este cuerpo textual archipelágico que, “al tiempo que busca el análisis de la realidad social, quiere convertirse en eficaz y estético dispositivo de reflexividad” (62).

El modo del relato inasible y heteroglósico de *Días y noches*, al circundar-socavar los límites de las subjetividades, de los registros discursivos, de las disciplinas sociales, de lo veraz y lo posible, se hace comprensible como un cuerpo discursivo monstruoso que habla de una manera otra sobre la realidad, pero que representa y performa, ya desde su modo de estar-siendo textual, la configuración de un modo archipelágico de comprender-vivir el mundo que está (re)significando. La escritura de Galeano abre un horizonte ético al mismo tiempo que se desplaza para alcanzarlo.

### **3.4. Memoria del por-venir**

*Como trágica letanía se repite a sí misma la memoria boba. La memoria viva, en cambio, nace cada día, porque ella es desde lo que fue y contra lo que fue.*

Galeano, *El libro de los abrazos*

A la pregunta de un periodista sobre las medidas que estaba tomando la Junta Militar para esclarecer la situación de personas desaparecidas en la Argentina, luego de una visita de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos en septiembre de 1979 al país, Videla respondía:

Frente al desaparecido, en tanto esté como tal, es una incógnita el desaparecido. Si el hombre apareciera, bueno, tendrá un tratamiento X y si la desaparición se convirtiera en certeza de su fallecimiento, tiene un tratamiento Z. Pero mientras sea desaparecido no puede tener ningún tratamiento especial, es una incógnita, es un desaparecido, no tiene entidad, no está... ni muerto ni vivo, está desaparecido.  
 (“Pregunta a Videla”)

El discurso de Videla re-inscribía una violencia doble sobre los cuerpos cuya materialidad había pretendido ser borrada: a su desaparición física se añadía una desaparición discursiva que ponía su existencia ontológica en un no-lugar y servía como excusa para justificar la inacción. Sus palabras se inscriben en lo que podría llamarse un *ethos* de la desaparición: no solo se pretendía anular la existencia física de un grupo de personas, sino también su existencia simbólica. El despliegue de esta ética implicó “el ocultamiento y distorsión de los hechos por parte del Estado; la prevalencia del discurso ideológico de los perpetradores; la negación de la voz de las personas afectadas y el olvido de las víctimas” (Gentile 27). En la desaparición de cuerpos, voces, miradas, experiencias y formas distintas de decir el mundo se sostenía el actuar represivo estatal: “Los hechos nunca existieron y las personas tampoco. Esto constituye el paradigma de la desaparición forzada, del exilio y del destierro” (Gentile 28).

Ante esta realidad, *Días y noches* se presenta como un registro discursivo cuyos relatos están comprometidos con el recuerdo de dichas ausencias: su discursividad reafirma la existencia de esas vidas que pretendieron ser desaparecidas del ámbito público. Y lo hace



reconstruyendo esas existencias desde un modo de decir archipelágico, desde una escritura fragmentada, descentrada, transgenérica, insuficiente, errante, precaria, marginal, monstruosa. En tanto que la ética de la desaparición “se acompaña de silencio y negación, provocando una incertidumbre que no permite comprender y asimilar el hecho mismo” (Gentile 25), la escritura de Galeano rasga ese silencio y se propone pensar-recordar desde la herida y postular, a partir de las comprensiones que este lugar de enunciación desgarrado suscita, otra realidad posible. La itinerancia y la ingobernabilidad del trazo de esa escritura expresa la perturbación epistemológica que causan las violencias estatales y asume la consecuente necesidad de buscar otros lugares de enunciación y comprensión sobre la realidad. El modo de pronunciar el mundo que se despliega en *Días y noches*, desde su movilidad, su liminalidad y su inasibilidad, posibilitaría la expresión de la experiencia de lo incomprensible, la puesta en palabras de lo que no tiene nombre: testimonio heteroglósico del daño material e inmaterial que ha sufrido la vida humana como consecuencia de la violencia estatal, pero también testimonio de la emergencia de otros horizontes de experiencia no regidos por la incomunicación, el desvinculo, la petrificación del orden: la insularidad.

A través de esta escritura, Galeano asume la responsabilidad de contradecir la “ausencia de huellas con que se ejecutó la supresión material de los cuerpos” (Richard, “Políticas” 76). A la indefinición de la desaparición, se opone no solo la insistencia del recuerdo, sino la reformulación del lenguaje que se utiliza para darle formas a esas memorias. Ese posicionamiento est(ético), como mencioné anteriormente, implica el reconocimiento de la responsabilidad respecto a lo re-cordado. Al asomarse por las ventanas de la imaginación-memoria, Galeano se pregunta: “¿Soy este oído que escucha o soy la melodía?” (*Días* 81). Y se termina respondiendo: “No soy el ojo que ve: soy las imágenes” (81). Hay una posición ética en reconocer que el «yo» está ahí, implicado en su relato, ofreciéndose y ofreciendo su versión sobre mundo, trazando(se) y trazando realidades a través de su escritura. A partir de esta conciencia respecto a la incidencia de la subjetividad en lo narrado, se reconocen también los límites y la insuficiencia del lenguaje para narrar lo real, la irremediable parcialidad de esos relatos: “la primera persona se hace cargo, dice: esto es lo que yo vi, yo supe, yo pensé; y hay muchas otras posibilidades, por supuesto” (Caparrós párr. 30).

Ante la represión, Galeano no guarda silencio, sino que responde, escribe, narra, replica, contra-dice: como dice Barajas respecto a la implicación del cronista, “es responsable por el acontecer de los relatos, es responsable por los personajes, por los otros” (Barajas 257)<sup>76</sup>. En esta imbricación de la suya con otras vidas hay un grado de opacidad – en lo acontecido, en los otros sujetos y, por lo tanto, en el «yo»– cuyo reconocimiento no solo no libera al sujeto de responsabilidad, sino que justamente traza un marco ético desde el que se hace inviable la posibilidad de establecer algún relato o saber completo, autosuficiente, transparente, inequívoco: “hacerse responsable de uno mismo es confesar los límites de toda autocomprensión, y considerarlos no sólo una condición del sujeto, sino la condición de la comunidad humana” (Butler, *Dar* 117). En la conciencia de esa opacidad, en tanto que somos seres finitos, cambiantes, inestables, contradictorios, abiertos, se abre la posibilidad de trazar formas no totalitarias de dar cuenta de nuestras realidades compartidas; relatos capaces de reconocer su literariedad constitutiva, su carácter posible, mediado, insuficiente: “si hay una justificación teórica (y hasta moral) para el hecho de usar todos los recursos que la narrativa ofrece, sería esa: que con esos recursos se pone en evidencia que no hay máquina, que siempre hay un sujeto que mira y que cuenta. Que *hace literatura*” (Caparrós párr. 31, énfasis añadido). Asumir los límites del lenguaje y de los saberes que este hace posibles es expresión de un posicionamiento ético que reconoce la necesidad de humanizar la realidad<sup>77</sup>.

La interrelacionalidad archipelágica desde la que se configuran los relatos de *Días y noches*, y a partir de la cual son comprensibles las subjetividades, las realidades y los registros discursivos que allí se encarnan, se constituye como una forma de resistencia a través de la escritura; como una forma de hacerse responsable, a partir de ese modo del decir-simbolizar la realidad, por la singularidad de las vidas violentadas y negadas por las lógicas desvinculantes-insulares de la violencia estatal. En el mismo gesto, Galeano se

---

<sup>76</sup> La narrativa testimonial se configura como un espacio discursivo desde el cual se asume esta instancia decisiva de la subjetividad en la puesta en relato de lo acontecido: “el testimonio reconoce la *responsabilidad de la enunciación*, rasgo que le proporciona un carácter muy distinto al de los discursos hegemónicos de la modernidad occidental” (Yúdice 228).

<sup>77</sup> Refiriéndose específicamente a la opacidad que el sujeto representa para sí mismo, y cómo esta condiciona sus posibilidades como ser reflexivo, Butler sostiene: “precisamente en virtud de su opacidad para sí mismo, el sujeto establece y sostiene algunos de sus lazos éticos más importantes” (Butler, *Dar* 34).

posiciona frente a una doble condición restrictiva de un ordenamiento totalitario y su régimen de verdad: la que determina cuáles vidas importan y cuáles no, y la que pretende determinar los términos en que debe comprenderse la realidad. Esta segunda condición restrictiva es resultado y complemento de una visión estática y totalitaria sobre «lo real»: es idónea para la representación de la realidad como sustancia inapelable y esencial. Por lo tanto, al cuestionar la rigidez de las fronteras en que se sostienen estas configuraciones deshumanizantes, “No se trata simplemente de hacer ingresar a los excluidos dentro de una ontología establecida, sino de una insurrección a nivel ontológico, una apertura crítica de preguntas tales como: ¿Qué es real? ¿Qué vidas son reales? ¿Cómo podría reconstruirse la realidad?” (Butler, *Vida* 59).

El cuestionamiento del régimen de verdad desde el que se impone una visión restringida sobre lo humano implica el cuestionamiento de la forma misma en que se comprende y se da cuenta de «lo real». El carácter archipelágico y archipiélagizante de *Días y noches* es concebible como un ejercicio crítico que expone “los límites del esquema histórico de las cosas, el horizonte epistemológico y ontológico dentro del cual pueden nacer los sujetos” (Butler, *Dar* 31). De modo que desestabilizar ese marco normativo, dentro del cual las personas y los acontecimientos son reconocibles y comprensibles como tal, implica “poner en cuestión mi propia verdad y, en sustancia, cuestionar mi aptitud de decir la verdad sobre mí, de dar cuenta de mi persona” (Butler, *Dar* 38). Al dudar de su capacidad para dar cuenta de sí y, por lo tanto, de las realidades vividas, y al abismar/afectar su propio lenguaje para hacer de este una instancia autorreflexiva, Galeano desborda los límites del marco normativo represivo y permite la aparición/irrupción de sujetos, relatos, experiencias, verdades, comprensiones y afectos violentados por el totalitarismo. La normativa social sostenida en el miedo y la insularidad que impone dictadura no es inapelable ni inviolable. *Días y noches* da cuenta de la ruptura de ese horizonte normativo deshumanizante: lo fisura, lo desestabiliza, lo archipiélagiza, lo somete a la apertura crítica<sup>78</sup>.

---

<sup>78</sup> Me interesa resaltar la concepción de Foucault sobre el gesto crítico: “La crítica es el movimiento por el cual el sujeto se atribuye el derecho de interrogar a la verdad acerca de sus efectos de poder, y al poder acerca de sus discursos de verdad; pues bien, la crítica será el arte de la inservidumbre voluntaria, el de la indocilidad reflexiva” (“¿Qué es la crítica?” 8)

Una de las formas en que la escritura de Galeano socava el régimen de verdad imperante, como he señalado, se produce a través del cuestionamiento del papel de la imaginación en la construcción de relatos de intencionalidad veridicente. En “Buenos Aires, noviembre de 1975: me gusta sentirme libre y quedarme si quiero” (Galeano, *Días* 79) leemos: “Aquí no debo quedarme solo. Ya sé. Pero esta noche me dejé estar, me fui quedando, haciendo nada o abriendo puertitas de *la imaginación o la memoria*” (81, énfasis añadido). En una reflexión consonante a esta, Leonor Arfuch refiere “la no desdeñable vecindad entre memoria e imaginación, que no desdice la «verdad» de los hechos pero la pone en el contexto situado de una experiencia singular e irrepetible” (74). La elaboración de relatos sobre el pasado permite dar sentido a los hechos y da cuenta de las diversas vivencias concretas que de ellos tuvieron las personas involucradas en su acontecer; y el reconocimiento de la incidencia constitutiva de la imaginación en esa narrativización-rememoración de lo acontecido abre la posibilidad de tramar modos de decir autorreflexivos y capaces de expresar las huellas, la singularidad y la irrepetibilidad de las formas en que aquello fue vivido, experimentado como «real». Asumir el carácter significativo y, por lo tanto, constitutivo de la imaginación en estos relatos sobre «lo real» permite que el lenguaje se vuelque sobre sí mismo, se cuestione, se ponga en crisis, reconozca su insuficiencia, su precariedad y su opacidad; su carácter humano y transformador; su profunda responsabilidad respecto a la configuración de la realidad. No hay ejercicio de memoria sin imaginación. Y, por lo tanto, toda puesta en relato de lo sucedido es siempre una puesta en relato sobre lo que pudo ser. ¿La práctica periodística no estaría condicionada por esta misma imposibilidad de establecer relatos unívocos, monológicos y autosuficientes sobre lo acontecido?

Una re-memoración heteroglósica y transgenérica como la que construye Galeano en *Días y noches*, sostenida en pronunciamientos y percepciones com-partidas del mundo, al navegar sobre la urdimbre de un subtexto periodístico, sugiere un interés por comprender la práctica periodística como un ejercicio de memoria. En el marco represivo del que da cuenta este cuerpo textual, construir un lugar de enunciación desde una perspectiva desproblematizada sobre la memoria, que afirma la transparencia de la realidad de lo vivido y de un lenguaje capaz de dar cuenta de esta claridad, limita las posibilidades de comprender la complejidad de las circunstancias de la represión, de las resistencias a ella,

de las marcas que dejan sobre quienes la han vivido y de lo que esas fracturas permiten repensar: “el acto simplemente descriptivo o presentativo de *mostrar los hechos* no es suficiente para desatar los complejos nudos del recuerdo en su dimensión más inquisita” (Richard, “La crítica” 192).

La pretendida suficiencia de estos relatos, urdidos desde la creencia en su neutralidad y su capacidad de presentar los acontecimientos o hacerlos hablar por sí mismos, implica la afirmación de la imposibilidad de controvertir la verticalidad de la realidad y de los discursos totalitarios que la configuran. Las (re)memoraciones que se construyen desde el periodismo deberían ser, entonces, capaces de desafiar esta lógica del consenso y la inmutabilidad: “Hay sombras de *irrepresentabilidad*, de *impresentabilidad*, del recuerdo que deben seguir molestando la imagen de una memoria completamente expuesta, divulgable y comunicable, por las redes del consumo informativo” (Richard, “La crítica” 192).

La asunción de la opacidad de la realidad que señala Richard, especialmente en casos en que la represión pretende ser negada o justificada, exigiría un lenguaje crítico capaz de dar cuenta de la inasibilidad de aquellas sombras de irrepresentabilidad que acentúa la violencia y, al mismo tiempo, de reconocer su propio papel mediador como discurso que, en últimas, hace comprensible de un modo particular aquellas realidades vividas: “no se puede representar el significado de los acontecimientos históricos sin simbolizarlos, porque la propia historicidad es tanto una realidad como un misterio” (White, *El contenido* 71). Ese misterio implica, sin embargo, la afirmación de que la realidad siempre está abierta a ser re-interpretada y de que “esta comprensión no es más que su representación en la forma de una narrativa” (White, *El contenido* 71). Si la trama simboliza los acontecimientos, los dota de historicidad, eso significaría que, como afirma White, “la narrativa no es meramente una forma discursiva neutra que pueda o no utilizarse para representar los acontecimientos reales en su calidad de procesos en desarrollo; es más bien una forma discursiva que supone determinadas opciones ontológicas y epistemológicas con implicaciones ideológicas e incluso específicamente políticas” (*El contenido* 11). Por lo tanto, narrar desde un lugar de enunciación archipelágico y configurar en ese acto una puesta en relato igualmente archipelágica, implica un posicionamiento (est)ético y político

frente al mundo y no simplemente una forma o una disposición estilística en la que se vierte lo narrado.

En uno de los relatos titulados “Noticias” (186), al final del libro, Galeano ofrece un sumario actualizado del estado de algunas personas perseguidas o desaparecidas a las que ha hecho alusión en relatos anteriores. Nos enteramos, por ejemplo, de que, para el momento de su escritura, aún no se sabe nada del paradero Haroldo Conti<sup>79</sup>. Nos enteramos también de que Marcelo, el hijo de Juan Gelman, ha sido secuestrado. También hace un recuento de lo que les ha sucedido a escritores que publicaban en *Crisis*: “El Cacho Paoletti ... fue torturado y sigue preso. ... Paco Urondo acribillado, tiempo atrás, en Mendoza; Antonio Di Benedetto en la cárcel; Rodolfo Walsh desapareció” (186). En la escritura de Galeano, como en las marcas que dejaron aquellas violencias ejercidas contra esos cuerpos y contra el tejido social en general, las historias de esas vidas quedan en suspenso. No hay un cierre narrativo que ofrezca respuestas definitivas respecto al destino de esas existencias concretas. Por el contrario, las preguntas sobre qué sucedió con esas vidas quedan en el aire, arrojadas como una presencia incómoda que perturba y asedia el silencio del consenso y de la desaparición. El carácter incompleto y abierto de la realidad que expresa *Días y noches* se incorpora, también, en el suspenso en el que quedan estas historias, en su irremediable apertura a lo por-venir<sup>80</sup>.

Narrar las tragedias de lo acontecido desde la cartografía de un archipiélago implicaría oponerse a las formas tradicionales de la historia en las que, en la medida en que “pueden completarse ... recibir un cierre narrativo, o que puede suponerseles una trama, le dan a la realidad el aroma de lo ideal” (White, *El contenido* 35). Una idealización como esta genera que la trama de las narratividades facticias se presente “como algo que «se encuentra» en los acontecimientos en vez de plasmado en ellos mediante técnicas narrativas” (White, *El contenido* 35). Esta concepción desproblematizada sobre las relaciones entre el sujeto, el discurso y los acontecimientos configura una noción sobre «lo

---

<sup>79</sup> Para el momento en que escribo estas palabras, Haroldo Conti sigue haciendo parte de la lista de personas desaparecidas durante la dictadura de la Junta Militar.

<sup>80</sup> Basta recordar que, para el momento en que Galeano publica *Días y noches*, las dictaduras en Argentina y Uruguay (que son los países que laten con más persistencia en los relatos del libro) continúan en el poder (por no mencionar que hasta la actualidad aún se desconoce el paradero de muchas personas desaparecidas en el marco de esas y otras dictaduras que Galeano refiere).

real» con implicaciones éticas afines a la insularidad que los sistemas autoritarios pretenden imponer: “la realidad tiene el aspecto de esta regularidad, orden y coherencia que no deja lugar a la acción humana, presentando un aspecto de esta globalidad e integridad que intimida más que invita a la identificación imaginaria” (White, *El contenido* 35)<sup>81</sup>.

Cuando se renuncia a las posibilidades significativas –y, por lo tanto, imaginativas– del lenguaje y se concibe que es posible hacer un uso de él lo suficientemente neutral como para exponer y comunicar plenamente el sentido de los acontecimientos rememorados, ocurre una normalización de la represión y la violencia como la que denunciaba Galeano: “La máquina enseña a aceptar el horror como se acepta el frío en invierno” (*Días* 78). En el caso del periodismo convencional, la mecanización de los modos para expresar-construir la memoria conduce a la insignificancia del recuerdo: “palabras reducidas a la lengua insensible de la certificación objetiva ... que nos dicen algo, en el mejor de los casos, de lo que el pasado «fue», pero sin que ese «haber sido» de la indignidad vea sus convenciones expresivas trastocadas por lo inaguantable de la sustancia vívida que compone el recuerdo” (Richard, “Políticas” 68).

El archipiélago desde el que Galeano narra y simboliza lo ocurrido construye un sentido sobre los acontecimientos que deja la realidad abierta a la reescritura y al cambio; que hace del reconocimiento de la precariedad humana y discursiva una posibilidad para el despliegue de un *ethos* que apele a la necesidad del encuentro y el reconocimiento intersubjetivo, interdiscursivo e interdisciplinario. Para hacer aflorar otros relatos y otros modos de comprensión sobre la realidad, que la postulen como horizonte abierto –y que, por lo tanto, la estén ya transformando–, desde la hondura de las huellas de la violencia, en *Días y noches*, Galeano despliega una escritura fragmentada en la que los registros periodísticos no están en función de una pretendida certificación objetiva de lo acontecido, sino que se abren a la reflexión sobre las posibilidades y los límites del lenguaje en el intento por expresar las violencias que el totalitarismo inscribe sobre los cuerpos y las formas en que se resiste a ellas. A través de esta autoindagación de una escritura capaz de ponerse en duda a sí misma, la geografía de *Días y noches*, como ya he señalado, representa

---

<sup>81</sup> White añade que “este valor atribuido a la narratividad en la representación de acontecimientos reales surge del deseo de que los acontecimientos reales revelan la coherencia, integridad, plenitud y cierre de una imagen de la vida que es y solo puede ser imaginaria” (El contenido 38).

un «sobresalto acústico» que pone en crisis las convenciones expresivas del lenguaje periodístico tradicional que lo legitiman como discurso capaz de producir verdades incuestionables y transparentes sobre los hechos sociales.

En la geografía móvil de este libro, el discurso periodístico deja de ser concebido como un canal pasivo capaz de capturar la esencia de los acontecimientos sucedidos y de comunicarla de forma inequívoca, y se reconoce más bien como un dispositivo de reflexión, simbolización y, por lo tanto, de construcción imaginativa de la realidad. El periodismo se revela como un ejercicio de memoria que, irremediabilmente, se constituye como práctica literaria y que, por lo tanto, afecta la organización de la realidad.

Así concebida, la memoria que se trama desde la práctica periodística, se reconoce como siempre abierta a la (re)construcción y no como algo petrificado en el pasado o en la realidad que luego debe ser petrificado, de nuevo, a través del lenguaje: la “Memoria como trabajo, como rememoración –anamnesis– y no como azarosa emergencia del recuerdo, como un esfuerzo afectivo y reflexivo, en búsqueda de razones –aún para lo que parece irracional–; memoria no tanto conmemorativa como prospectiva, podríamos decir, *memoria del por-venir*” (Arfuch 72)<sup>82</sup>.

Este tipo de memoria que reconoce su carácter peregrino y, por lo tanto, incompleto, cuyo modo de ser es *estar-siendo*, expresa, como el cuerpo del archipiélago, una dimensión constitutiva dialógica, opaca y precaria. La escritura de esta memoria archipelágica está expuesta: “nunca se establece por entero, jaqueada siempre por la aparición de un algo más, huella, revelación, testimonio, prueba” (Arfuch 72). La concepción de Arfuch es consonante con la forma en que Galeano, a partir de una tradición que conoce de una comunidad indígena del noroeste de América, comprende la condición abierta de la memoria. En esa comunidad, cuando un alfarero se va a retirar de su oficio, le entrega su obra maestra a un alfarero joven para transmitirle su saber: El alfarero joven no guarda la vasija que recibe para contemplarla y admirarla, sino que la estrella contra el suelo, la rompe en pedazos, los recoge y los incorpora a su propia arcilla (Galeano, “Entrevista”). Galeano sostiene que en esa historia se revela la condición de la memoria en la que él cree:

---

<sup>82</sup> En palabras de Hugo Vezetti, “el pasado no impone su peso sino que es recuperado por un horizonte que se abre al porvenir” (ctd. en Richard, “Políticas” 76).



“La memoria que se incorpora a la arcilla de los días por venir, la memoria de los navegantes, la que sale a la mar, a lo que venga” (“Entrevista”). El modo de re-memorar que teje en *Días y noches* parece compartir la condición de aquella vasija hecha pedazos-islas-fragmentos cuyo carácter herido y precario, sin embargo, permite su apertura al futuro. Hay una escritura en movimiento que se desplaza por los márgenes de las subjetividades, de los registros discursivos y de las disciplinas sociales y que, desde ese tránsito, al vincular lo que antes aparecía como descoyuntado, propone y performa otras formas de nombrar y, por lo tanto, de vivir la realidad; esa errancia es ya su propuesta ética; su forma de resistir a las violencias del Estado.

### 3.5. Comunidades: archipiélagos de resistencia

*Al «tankayllu» no se le puede dar caza fácilmente, pues vuela alto, buscando la flor de los arbustos. Su color es raro, tabaco oscuro; en el vientre lleva unas rayas brillantes; y como el ruido de sus alas es intenso, demasiado fuerte para su pequeña figura, los indios creen que el «tankayllu» tiene en su cuerpo algo más que su sola vida.*

José María Arguedas, *Los ríos profundos*

En “Buenos Aires, diciembre de 1975: comuniones” (*Días* 84), Galeano recuerda una comida que tiene en compañía de Eduardo Mignona durante un viaje: “En cierto modo nosotros hacemos, juntos, el sabor a maravilla de la carne y el vino. Comemos y bebemos como celebrando, con la boca y a la vez con la memoria” (*Días* 85)<sup>83</sup>. Esa posibilidad del encuentro y de la recreación conjunta de los recuerdos es comprendida en unos términos que posicionan aquel vínculo como un espacio de resistencia frente a la violencia de la represión: “En cualquier momento a uno podría pararlo una bala, o podría quedarse uno tan solo como para desear que ocurriera, pero nada de esto tiene la menor importancia” (*Días*

---

<sup>83</sup> La memoria comprendida como alimento, de nuevo, da cuenta del reconocimiento de su capacidad engendradora y revitalizadora respecto a la realidad; de su apertura a lo por-venir.

85). Entre las conversaciones que tuvieron, y que Galeano reconstruye en el relato, hay una en la que Mignona le cuenta que tuvo un sueño en el que una lancha en la que ambos iban se explotaba. Ellos habían alcanzado a lanzarse al agua antes de que aquello ocurriera. “Yo sentí la explosión y saqué la cabeza: vi el humo y las llamas. Estabas a mi lado. Te abracé y me desperté” (85). Aquel sueño rememorado culmina con un abrazo que se experimenta como un espacio que des-dice de la eficacia del uso violencia y el miedo para resquebrajar los vínculos entre personas. En ese momento de común-uniión posible, revelado a través de un sueño (¿los sueños no son también formas en que lo posible y, por lo tanto, lo que puede ser cierto, también se expresa?), se configura como un espacio vinculante y afectivo que es comprendido y vivido como la posibilidad de un posicionamiento alternativo que resiste a la insularidad y a la deshumanización.

Galeano es insistente en que la cultura debe ser, ante todo, la apertura de la posibilidad de cualquier espacio de encuentro entre las personas (*Días* 156)<sup>84</sup>. Desde esta comprensión del campo cultural, repiensa las funciones y los medios de acción del periodismo y da cuenta de la necesidad que tuvo, cuando fue director de la revista *Crisis*, de reafirmar, en medio del contexto represivo de la dictadura argentina de Videla, una línea editorial que no hiciera del periodismo un discurso unívoco, autorreferencial, totalizador y generalizador, sino que le diera cabida a las voces de las personas del común y entablara con ellas un diálogo: “Para llegar a no ser muda, creíamos, una cultura nueva tenía que empezar por no ser sorda” (*Días* 157). Este lugar de encuentro y común-uniión entre personas que Galeano pretendía configurar desde las páginas de *Crisis*, como ya he sugerido, resuena en el cuerpo textual de *Días y noches*.

A lo largo de este trabajo, me he propuesto comprender este posicionamiento ético, que se sostiene en la afirmación de la necesidad y la posibilidad de la *común-uniión*, como un ejercicio de resistencia que, en el caso de *Días y noches*, no solo se configura tanto desde la interrelacionalidad humana que este cuerpo discursivo propone y performa –tanto desde los hechos que refiere en sus relatos como desde la forma en que estos componen una textualidad archipelágica–, sino también desde las relaciones que se trazan entre registros

---

<sup>84</sup> En ese sentido, sobre la línea editorial de *Crisis*, Galeano recuerda: “La cultura no terminaba, para nosotros, en la producción y el consumo de libros, cuadros, sinfonías, películas y obras de teatro. Ni siquiera empezaba allí” (*Días* 156)

discursivos convencionalmente asociados a disciplinas aparentemente divorciadas como el periodismo y la literatura.

Al errar por las fronteras de las territorialidades discursivas de estas disciplinas, la escritura-marea de Galeano pone bajo sospecha los límites que custodian la autosuficiencia de cada una. Su tránsito por entre los márgenes borda, re-vincula y re-localiza a sus registros como partes de un tejido archipelágico en el que se revela su ineludible y constitutiva dimensión literaria: se erosiona la insularidad de lo que se consideraban lugares legítimos de enunciación para hablar sobre «lo real». La escritura de la crisis que traza invita al lector, como diría Barajas refiriéndose a la capacidad disruptiva de la crónica como registro discursivo, a “plantearse distintas interpretaciones a propósito de la historia contada y a dudar, conjuntamente, sobre su *diversa condición textual*, inclusive su relación con la verdad” (27, énfasis añadido). No se trata, entonces, de que en *Días y noches* Galeano haga confluír dos discursividades desvinculadas y permita su juntura armónica y estable, sino de que, en ese espacio de encuentro que suscita, se produce un replanteamiento radical de los límites, las posibilidades y la autoridad epistemológica de la discursividad periodística, al mismo tiempo que dilata los límites de lo que se comprende como «literario» al concebirlo como “algo más que un conjunto de operaciones lógicas autorreferentes” (Duchesne 12). Lo que se concibe como periodístico, a su vez, en esta perturbación epistemológica, deja de ser comprensible simplemente como una discursividad constituida a partir de operaciones lógicas referenciales desproblematizadas. A la «ideología totalitaria del referente», predominante en la práctica periodística, la escritura de Galeano responde con la ingobernabilidad, vitalidad y la indocilidad de un modo de decir archipelágico que se abraza con su literariedad constitutiva y, a partir de ese gesto, se compromete con la transformación de la realidad.

El periodismo, la literatura y la escritura en general son motivos constantes de (auto)reflexión a lo largo de *Días y noches*:

Escribir, ¿tiene sentido? La pregunta me pesa en la mano.

Se organizan aduanas de palabras, quemaderos de palabras, cementerios de palabras. Para que nos resignemos a vivir una vida que no es la nuestra, se nos obliga a aceptar como nuestra una memoria ajena. Realidad enmascarada, historia

contada por los vencedores: quizás escribir no sea más que una tentativa de poner a salvo, en el tiempo de la infamia, las voces que darán *testimonio* de que aquí estuvimos y así fuimos. Un modo de guardar para los que no conocemos todavía, como quería Espriu, «el nombre de cada cosa». Quien no sabe de dónde viene, ¿cómo puede averiguar adónde va? (185, énfasis añadido)

El sentido de escribir sería entonces, la apertura de un lugar de encuentro en el que el reconocimiento entre los distintos se hace posible. Ese reconocimiento, sin embargo, en aras de ser humanizante, debe asumir siempre la forma de una promesa: “Pedir reconocimiento u ofrecerlo no significa pedir que se reconozca lo que uno ya es. Significa invocar un devenir, instigar una transformación, exigir un futuro siempre en relación con el Otro” (Butler, *Vida* 72). Esta apertura en los encuentros intersubjetivos que transforman la realidad exigiría discursividades autorreflexivas capaces de dar cuenta de esa imposibilidad de fijar y capturar lo real. Una escritura itinerante como la de *Días y noches*, desde su movilidad errática, cuestiona las fronteras entre el lenguaje y la realidad, así como entre subjetividades y entre registros discursivos; desde el reconocimiento de su irremediable apertura e incompletitud, se configura como una escritura abierta, también, a lo por-venir.

Al remarcar el carácter anfibio de la escritura periodística, Galeano postula la posibilidad y la necesidad de hacer de los registros periodísticos discursos que disputen el orden de verdad y, por lo tanto, el orden de la realidad. Desde su renuencia textual a concordar con algún género del discurso en concreto y con la realidad misma, la escritura de *Días y noches* hace parte del despliegue de una ética del reconocimiento que propone una forma vinculante de comprender-vivir las relaciones humanas en el marco de una realidad social que pretende ser insularizada y deshumanizada a través de la violencia, el miedo y el silencio: “no se puede hablar de complejidad política y de las oportunidades para cambio si los términos del discurso son rígidos. ... el resultado de la rigidez conceptual es la perpetuación de un lenguaje político represivo y no la promoción del cambio” (Sommer 161).

La escritura de Galeano, sostenida en el reconocimiento de la insuficiencia discursiva como una oportunidad de explorar en las posibilidades del lenguaje en aras de reducir la opacidad de la realidad –sin pretender o considerar posible esclarecerla por

completo—, abraza su carácter literario constitutivo y reconoce en la imaginación la posibilidad de desafiar el inmovilismo del orden insular, “abre nuevas puertas a la comprensión de la realidad y presiente su transformación” (Galeano, “Diez errores”).

En su reflexión sobre el carácter descentrado y expuesto de la condición humana, Butler sugiere que siempre experimentamos una enajenación respecto a nuestra propia subjetividad, un exilio que no cesa: “Siempre soy, por decirlo así, otra para mí misma, y no hay un momento final en el que mi retorno a mí misma se produzca” (Butler, *Dar* 44). En el trayecto abierto y permanente de esa errancia por una exterioridad, constituida por las demás subjetividades y por los marcos sociales, se producen instancias interpelativas de reconocimiento que re-configuran y re-actualizan lo que *estamos-siendo*: “el reconocimiento se convierte en el proceso por el cual devengo distinta de lo que era y, por ende, dejo de ser capaz de volver a ser lo que era” (Butler, *Dar* 44). Desde esta comprensión se manifiesta una necesidad de ser reconocidos sin que los términos de ese reconocimiento aspiren a estabilizar nuestra interrelacionalidad y, por lo tanto, a anular la instancia dialógica por la que nos vemos interpelados a estar buscando formas y lenguajes capaces de configurar realidades más humanas, horizontales y democráticas. Para encontrarnos y tender puentes de reconocibilidad desde la alteridad, es necesario aceptar la errancia como camino y forma de estar-siendo: “la única manera de conocerse es por obra de una mediación que se produce fuera de uno mismo” (Butler, *Dar* 45). Y por esa vía, conocerse es estar dispuesto a des-conocerse, a asumir un ineludible grado de irreconocibilidad, a no considerar la posibilidad de un conocimiento transparente, absoluto y totalitario. A partir de esa indecibilidad se abre una instancia transformadora del orden: “la cuestión de la ética surge precisamente en los límites de nuestros esquemas de inteligibilidad” (Butler, *Dar* 36).

Así como en *Días y noches* la forma en que Galeano da cuenta de sí mismo implica dar cuenta de cómo la presencia de las personas con las que establece vínculos le permite reconocer el descentramiento de su subjetividad, su carácter cambiante y opaco, también la forma en que da cuenta de los acontecimientos y experiencias vividas expresan una comprensión de la realidad como algo inestable, expuesto, irremediabilmente marcado por la opacidad y, por lo tanto, sujeto a estar siendo buscado a través del lenguaje. La realidad

misma está exiliada de sí misma, transita por los individuos y sus lenguajes; es allí donde vive.

Como sucede con los relatos que podemos establecer sobre nuestra propia subjetividad, pretender conocer y nombrar la realidad debiera implicar estar dispuesto a desconocerla y a ser incapaz de nombrarla de forma inequívoca y estable. En la propia opacidad que Galeano reconoce en el lenguaje con el que refiere-reconstruye sus recuerdos compartidos –y que lo llevan a poner en duda la suficiencia de su escritura para narrar lo acontecido y vivido–, se revela un *ethos* que se posiciona críticamente respecto a la autosuficiencia y la perspectiva totalitaria con las que los estados represivos se conciben a sí mismos y configuran lo real.

En contextos represivos como los que narra Galeano, tramar una memoria heteroglósica a partir de una estructura simbólica que apela a la *comuni3n*, y que ella misma, desde su modo de pronunciar lo acontecido, pone bajo sospecha la rigidez de la insularidad desde la se conciben las relaciones entre registros discursivos, es también una decisi3n política; un posicionamiento crítico frente a la resignaci3n, el silencio, el desvinculo, el autoritarismo, el consenso, la rigidez. La forma en que Galeano trama sus memorias a partir de un subtexto periodístico-archipelágico aspira no solo a contar una historia otra negada e ignorada, sino a incorporar en su textualidad la interrelacionalidad y el vinculamiento que pretenden ser erosionados por los Estados autoritarios. De esta forma, el archipiélago de *Días y noches* no solo no reproduce las estructuras del poder vigente ni los modos del discurso en los que se sostienen y legitiman, sino que, por el contrario, al pronunciar el mundo desde esa geografía fragmentada y monstruosa, propone un posicionamiento ético sostenido en el reconocimiento de la necesidad de una interrelacionalidad dialógica y descentrada capaz de oponerse a la deshumanizaci3n de la realidad.

Al abrir nuevos horizontes para el ejercicio periodístico, Galeano deja sugerida la necesidad de que esta práctica se inscriba en un proyecto transformador de la sociedad. Y, para tal propósito, no basta darle cabida en los registros periodísticos a una multiplicidad de subjetividades cuyas existencias y modos de ser son marginados y perseguidos, sino poder desarrollar una escritura factual capaz de ponerse en crisis a sí misma, de cuestionar su

pretendida capacidad de verdad, y de replantear sus modos de nombrar la realidad en aras de convertirse en un discurso humanizante que pueda anunciar y performar, desde su propia urdimbre, una configuración no-insular de lo social. Narrar-pensar-vivir desde esta escritura implica movilizar los lenguajes y las convenciones de las prácticas periodísticas para sacar su ejercicio de las lógicas del capital a las que se somete, y que replica, cuando solo aspira a la producción seriada de textualidades demasiado seguras de sí mismas. Como lo intentaba desde las páginas de *Crisis*, desde la anatomía de *Días y noches*, Galeano hace del periodismo un espacio simbólico que, al servir de lugar de encuentros intersubjetivos e interdisciplinarios, y al reconocer su precariedad y literariedad, se constituye como un espacio contracultural que despliega, propone y encarna una forma más democrática, horizontal y humanizante de construir lo común.

El periodismo, en tanto práctica literaria, tiene la posibilidad y la responsabilidad de construir relatos sobre el mundo capaces de trazar y de dejar sugeridos los vínculos que constituyen y atraviesan nuestras subjetividades y nuestros lenguajes. Esto implica hacer de la palabra una frontera móvil, dinámica, *comunicante* y transformadora como el agua que surca los trozos de los cuerpos archipelágicos y los abre a lo por-venir.

En “Yala, mayo de 1976: guerra de la calle, guerra del alma” (*Días* 142), Galeano rememora una conversación que tiene con Héctor Tizón sobre el oficio de escribir – compartido por ambos–, y este diálogo suscita una reflexión sobre la capacidad articuladora y vinculante de la palabra: “Celebración de los encuentros, duelo de los adioses: ¿No es verdad que a veces las palabras son capaces de llevarte a donde ya no estás? ... Cosa buena saberlo, cuando uno es un porfiado perdedor de patrias, con los hijos y los papeles desparramados por ahí” (145-46). Incluso la condición del exilio político que vive Galeano se ve retada una escritura que es comprendida como un acto creador y capaz, en este caso, de alterar un orden que desvincula y aísla para imponer su pretendida autoridad. El trazo de esa escritura, al transformar aquello que nombra-construye, reafirma la historicidad de la realidad, su itinerancia, su incompletitud, su exposición a la acción humana, su apertura a futuras transformaciones, su carácter por-venir. La realidad se comprende, así, tan inconclusa e inacabada como los sujetos que la habitan y recrean.

Partiendo de esa comprensión respecto a la apertura de los sujetos y sus realidades, Freire sostiene que, en un contexto de autoritarismo, “Mientras la violencia de los opresores hace de los oprimidos hombres a quienes se les prohíbe *ser*, la respuesta de éstos a la violencia de aquellos se encuentra empapada del anhelo de búsqueda del derecho de *ser*” (Freire 40-41). Esta búsqueda, en tanto humana, tiene también un carácter inconcluso. Sin embargo, en la conciencia respecto esa incompletitud es donde se reafirma la libertad de los sujetos; donde esta se hace posible; donde la insularidad y la petrificación del orden social es radicalmente cuestionada: “La libertad, que es una conquista, y no una donación, exige una permanente búsqueda. Búsqueda permanente que solo existe en el acto responsable de quien la hace. Nadie tiene libertad para ser libre, sino que, no siendo libre, lucha por ella (Freire 25). De modo que, desde esta perspectiva, la libertad tampoco sería algo esencial, metafísico o extradiscursivo, sino justamente una “condición indispensable al movimiento de búsqueda en que están inscritos los hombres como seres inconclusos” (25). Esta itinerancia que hace posible el ejercicio de la libertad, me parece, es asumida y expresada en una escritura-marea, también itinerante e inacabada, como la de Galeano.

En “Buenos Aires, julio de 1976: cuando las palabras no pueden ser más dignas que el silencio, más vale callarse” (Galeano, *Días* 164), la desolación de la sala de redacción de *Crisis* le recuerda los tiempos en que trabajaba en el diario *Época*, en Montevideo, y ese vínculo que brota entre el pasado y el presente le hace preguntarse: “¿De cuántos siglos está hecho este momento que ahora vivo? ¿De cuántos aires el aire que respiro?” (165). Y luego reflexiona sobre el acto de escribir en unos términos afines al carácter inconcluso y abierto a lo por-venir de los sujetos y sus realidades: “Años idos, aires idos: años y aires guardados en mí y desde mí multiplicados cuando me siento y me pongo la capa de mago o la gorra de capitán o la nariz de payaso y aprieto la lapicera y escribo. Escribo, o sea: *adivino, navego, convoco. ¿Vienen?* (165, énfasis añadido).

*Días y noches* es el espacio en el que una multiplicidad y heterogeneidad de tiempos, personas, espacios, experiencias, reflexiones, afectos y registros discursivos pueden encontrarse y reconocer horizontes comunes. Este cuerpo textual procura ser un lugar en el que las común-unionen son posibles. Esos encuentros, sin embargo, como la realidad misma, asumen la forma de una promesa abierta; de una utopía que sirve para



caminar, para peregrinar a través de la palabra. Es en ese estarse-desplazando inconcluso que se hace posible la resistencia al desvínculo y a la insularidad que impone la represión estatal; es en esa re-actualización y re-iteración de los vínculos y los afectos que se humaniza «lo real». Acaso toda puesta en relato sobre la realidad, incluso aquella que pretende borrar sus propias huellas como discurso, no sea más que un *adivinar*, un *navegar*, un *convocar*. He ahí el horizonte ético que brota de las grietas de ese cuerpo textual archipelágico y monstruoso que es *Días y noches*; ese horizonte que es ya, también, el camino mismo que la escritura-marea de Galeano recorre y persigue como una promesa siempre pospuesta y, por lo tanto, siempre viva, siempre humana, siempre posible.

## Conclusiones

El laúd barroco de doble encordado era un instrumento musical de madera y de cuerdas pulsadas con una característica especial: “tenía dos juegos de cuerda de tripa, que vibraban en simpatía” (Herrscher 12). Encima de las cuerdas que un músico hacía sonar, había otro juego con el mismo número de cuerdas que, sin necesidad de ser pulsadas, vibraban cuando las cuerdas que estaban afinadas en el mismo tono eran tocadas. De esta forma, a cada cuerda que era pulsada, le correspondía la vibración de otra cuerda que respondía a ese llamado acústico.

En la imagen sonora de esas cuerdas que dialogan, que se interpelan y se responden, me parece, podría condensarse parte de la propuesta (est)ética que he pretendido leer en *Días y noches* como cuerpo discursivo archipelágico. Cada uno de los relatos-islas del libro, al estar expuesto a los otros, y al establecer distintos tipos de conexiones con cada uno de ellos, podría ser comprensible como una cuerda –siempre latente de ser pulsada– que al ser tocada/leída/reescrita demanda una respuesta de las otras; su vibración activa resonancias latentes en los otros relatos y hace posible que se tracen y se sugieran vínculos entre las realidades, las voces, los cuerpos, las experiencias, los tiempos, las reflexiones, los sentires y, en general, la heterogeneidad de los elementos que pueda expresar cada uno. En esta interrelacionalidad textual se sostiene la vitalidad de aquel cuerpo discursivo heteroglósico.

Por otro lado, a través de las rememoraciones que se producen en los relatos de *Días y noches* y de la composición fragmentada del libro, Galeano postula una comprensión de la subjetividad y de la realidad social a partir de un funcionamiento archipelágico que se opone a la lógica insular a través de la cual los Estados represivos pretenden configurar el campo social por medio de la violencia y el miedo. Su escritura intenta hacer evidente que hay una interrelacionalidad humana ineludible que nos descentra y constituye: cada uno de nosotros sería una cuerda expuesta a las resonancias de las otras. El recrudecimiento de la precariedad de la vida a la que conduce la violencia estatal remarca la necesidad de reconocer esta con-sonancia de la que depende nuestra vida y la posibilidad abierta de humanizar de nuestras realidades: en los afectos acústicos que allí se establecen y se

prometen, se configura una instancia que reta y transforma la insularidad del orden social. Tal vez de esta comprensión provenga la reflexión de Galeano respecto a que, *si se escucha bien, entre todos formamos una sola melodía*.

En una última instancia que me interesa señalar –y he aquí la resonancia cuya búsqueda he pretendido trazar y postular como necesaria–, en aquella interrelación de los sonidos de las cuerdas del laúd de doble encordado se produce una instancia dialógica consonante con aquella que se reconoce entre las discursividades periodísticas y literarias en el cuerpo archipelágico de *Días y noches*. En esa zona de transición, indistinción y liminalidad que propicia Galeano, a través de su escritura-marea, se erosionan las fronteras en las que se sostiene una comprensión insular y desvinculante desde la que al discurso periodístico o factual se le atribuye la capacidad de hablar de forma inequívoca sobre la «Verdad», mientras que al discurso literario o ficcional se lo reduce a un artificio ornamental o a una operación imaginativa que de ningún modo estaría autorizada a hablar de forma «veraz» sobre la realidad. Al configurarse como un espacio autorreflexivo y abierto a la heterogeneidad discursiva, el modo de pronunciar lo real que se performa en *Día y noches* hace evidente que detrás de toda puesta en relato periodística o facticia, irremediablemente hay una pulsión literaria (en tanto operación ficcional que implica un proceso de significación y simbolización de la realidad) que no solo la hace posible, sino que permite su reconocimiento como instancia discursiva transformadora de la realidad.

La vitalidad de un cuerpo archipelágico depende de las pulsiones de sus islas-cuerdas y de la capacidad de respuesta de las otras, que están a la espera de esa descarga acústica para hacerse cargo y responder. Mientras las violencias ejercidas desde un Estado autoritario procuran dejar esas múltiples sonoridades en la insularidad, una escritura como la de Galeano se hace cargo de la sobrecarga acústica que esta heterogeneidad y confluencia de voces puede representar y les ofrece un espacio para con-sonar. En *Días y noches*, esta consonancia no significa sonar igual, repetir, emular, sino co-habitar un espacio en el que lo disidente, lo heterogéneo, lo disonante, puede encontrarse, sonar de forma conjunta y, a partir de esta interrelacionalidad acústica, abrir nuevos horizontes para la realidad.

Tanto pulsar una cuerda como responder al sonido de otra son acciones que representan búsquedas siempre abiertas por los sentidos de nuestras realidades y de nuestras subjetividades; cada vibración queda siempre abierta a lo por-venir, a la espera de respuestas, de con-sonancias futuras. Desde esta condición expuesta e itinerante se reafirma la libertad humana: nuestra inagotable potencialidad transformadora y creadora; nuestra capacidad de trazar-reconocer archipiélagos allí donde se pretende que solo haya insularidad.

## Referencias

- Achugar, Hugo. "Días y noches de amor y de guerra de Eduardo Galeano". Revista Iberoamericana, vol. 51, no. 130-131, 1985, págs. 357-358. <http://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4014/4182>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.
- . "Historias paralelas/ejemplares: la historia y la voz del otro". *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 61-83.
- Althusser, Louis. *Ideología y aparatos ideológicos del Estado. Freud y Lacan*. Nueva Visión, 1988.
- Amar, Ana María. "La ficción del testimonio". Revista Iberoamericana, vol 56., no 151, 1990, págs. 447-461, <https://revista-iberoamericana.pitt.edu/ojs/index.php/Iberoamericana/article/view/4724>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.
- Arfuch, Leonor. "(Auto)biografía, memoria e historia". *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria*, vol. 1, no. 1, 2014, págs. 68-81.
- Aristóteles. *Poética*. Gredos, 1974.
- Barajas, María. *Textos con salvoconducto: la crónica periodístico-literaria venezolana de finales del siglo XX*. Ediciones de la biblioteca-EBUC / Comisión de Estudios de Postgrado-FHE, 2013.
- Barros-Lémez, Alvaro. "Cantares que de gente en gente quedan: La América Latina: lucha, exilio y narrativa en la obra de Eduardo Galeano". *Casa de las américas*, no. 166, 1988, págs. 35-47.

- . "Uruguay: Una Literatura Sin Fronteras". *Revista De Crítica Literaria Latinoamericana*, vol. 9, no. 17, 1983, págs. 195-206. *JSTOR*, [www.jstor.org/stable/4530093](http://www.jstor.org/stable/4530093). Consultado el 3 de noviembre de 2020.
- Barthes, Roland. *El susurro del lenguaje: Más allá de la palabra y de la escritura*. Traducido por C. Fernández Medrano, Paidós, 1994.
- Benedetti, Mario. "Hughes Galeano, Eduardo (1940)". *Diccionario de literatura uruguaya: Tomo A-K*, dirigido por Alfredo Oreggioni, Arca, 1987, págs. 298-301.
- Beverley, John. Introducción. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 17-29.
- . Prólogo. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 9-16.
- Blaustein, Eduardo y Martín Zubieta. *Decíamos ayer: La prensa argentina bajo el Proceso*. Ediciones Colihue, 1998.
- Butler, Judith. *Dar cuenta de sí mismo: Violencia ética y responsabilidad*. Traducido por Horacio Pons, Amorrortu, 2009.
- . *Vida precaria: El poder del duelo y la violencia*. Traducido por Fermín Rodríguez, Paidós, 2006.
- Caparrós, Martín. "Por la crónica / Martín Caparrós". *La bolsa de crónicas*, 2 de mayo de 2015, <https://labolsadecronicas.wordpress.com/2015/05/02/por-la-cronica-por-martin-caparros-escriptor-y-periodista-argentina/>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Chillón, Albert. *La palabra facticia: Literatura, periodismo y comunicación*. Universitat Autònoma de Barcelona, 2014.

Ciappina, C. M. “La Escuela Superior de Periodismo durante la Dictadura (1976-1983). *Tram[p]as de la comunicación y la cultura*, no. 78, 2016, págs. 38-64, <http://hdl.handle.net/10915/54384>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Coetzee, John Michael. “Salir de la censura”. *Contra la censura: ensayos sobre la pasión por silenciar*, Debolsillo, 2008, págs. 54-68.

De Casasbellas, Ramiro. “Gobierno, prensa y subversión”. *Los sofistas y la prensa canalla: El Cid Editor vs. Editora Vigilante*, editado por Eduardo Varela Cid, El Cid Editor, 2000, págs 66-67.

División de Asuntos Oceánicos y del Derecho del Mar. *Derecho del Mar*. Naciones Unidas, Boletín no. 83, 2014, [https://www.un.org/Depts/los/doalos\\_publications/LOSBulletins/bulletinsp/bul83sp.pdf](https://www.un.org/Depts/los/doalos_publications/LOSBulletins/bulletinsp/bul83sp.pdf). Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Duchesne, Juan. *Narraciones de testimonio en América Latina: 5 estudios*. Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1992.

“Erosión”. *Diccionario de la lengua española*. Real Academia Española, 23.<sup>a</sup> ed., <https://dle.rae.es/erosi%C3%B3n>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Forné, Anna. “El género testimonial revisitado. El premio testimonio de Casa de las Américas (1970-2007)”. *El taco en la brea*, no. 1, 2014, págs. 216-232, <https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/ElTacoenlaBrea/article/view/4213/6363>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Foucault, Michel. “¿Qué es la crítica? [Crítica y Aufklärung]”. *Daimon Revista Internacional de Filosofía*, no. 11, 1995, págs. 5-26.

---. *Los anormales*. Fondo de Cultura Económica, 2007.

Franco, Jean. “Si me permiten hablar: La lucha por el poder interpretativo”. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 121-128.

Freire, Paulo. *Pedagogía del oprimido*. Editorial América Latina, 1973.

Fromm, Erich. *El arte de amar: una investigación sobre la naturaleza del amor*. Círculo de lectores, 1985.

Galeano, Eduardo. *Días y noches de amor y de guerra*. Círculo de Lectores, 1980.

---. *Días y noches de amor y de guerra*. Editorial Laia, 2000.

---. “Diez errores o mentiras frecuentes sobre literatura y cultura en América Latina”. *Nueva Sociedad*, no. 56-57, 1981, <https://nuso.org/articulo/diez-errores-o-mentiras-frecuentes-sobre-literatura-y-cultura-en-america-latina/>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

---. “Eduardo Galeano: un grande”. Entrevista realizada por Susana Hoffman, *YouTube*, subido por Citaenlasdiagonales, 26 de mayo de 2013, <https://www.youtube.com/watch?v=ungYCK8vN8&t=7s>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

---. *El libro de los abrazos*. Ediciones del chanchito, 2010.



---. “Entrevista a Eduardo Galeano - 2001”. Entrevista realizada por Ana Cacopardo, *YouTube*, subido por DU, 25 de abril de 2015, <https://www.youtube.com/watch?v=xvwitJG1Srk>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

---. “Walsh según Galeano”. Entrevista realizada por Agencia ISA. *Red Voltaire*, 13 de septiembre de 2006, <https://www.voltairenet.org/article143424.html>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Gelman, Juan. “Carta abierta a mi nieto”. *Memoria y dictadura: Un espacio para la reflexión desde los derechos humanos*, Asamblea Permanente por los Derechos Humanos / Instituto Espacio para la Memoria, 2011, págs.77-78.

Gentile, María Beatriz. “Los «efectos» del terror: Argentina 1976-2003”. *Revista Tesis Psicológica*, vol. 8, no. 1, 2013, págs. 16-31, <https://revistas.libertadores.edu.co/index.php/TesisPsicologica/article/view/286>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

González, José Ramón. “La estrategia del fragmento. *El libro de los abrazos* de Eduardo Galeano”. *Castilla: Estudios de Literatura*, no. 23, 1988, págs. 99-107, <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/136251.pdf>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Hernández, Silvestre. “Enfoques testimoniales en Galeano”. *Iztapalapa*, no. 61, 2006, págs. 169-191, <https://revistaiztapalapa.izt.uam.mx/index.php/izt/article/view/344/503>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Herrscher, Roberto. *Periodismo narrativo*. Icono, 2018.

Jara, René. Prólogo. *Testimonio y literatura*, editado por René Jara y Hernando Vidal, Society for the Study of Contemporary Hispanic and Lusophone Revolutionary Literatures, 1986, págs. 1-5.

López, Roberto. “De amor y de posguerra (cómo Galeano se convirtió en Galeano)”. *Eduardo Galeano, un ilegal en el paraíso*, editado por Roberto López Beloso, Siglo Veintiuno Editores, 2016, págs. 21-54.

Merenson, Silvina. “El «exilio» uruguayo en Argentina: Intersecciones entre memoria, ciudadanía y democracia”. *European Review of Latin American and Caribbean Studies / Revista Europea de Estudios Latinoamericanos y del Caribe*, no. 98, 2015, págs. 49-67. *JSTOR*, <http://www.jstor.org/stable/43279246>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Millán, Alejandro, y Valeria Perasso. “La titánica tarea de los forenses argentinos que escuchan los huesos de los desaparecidos”. *BBC News Mundo*, 10 de octubre de 2016, <https://www.bbc.com/mundo/noticias-america-latina-37409311>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Montali, Gabriel. “Vivir para contar: trayectoria estético-política de Eduardo Galeano entre 1955 y 1976”. Primer congreso latinoamericano de comunicación de la UNVM: Comunicaciones, poderes y tecnologías: de territorios locales a territorios globales, Universidad Nacional de Villa María, 2018, [http://biblio.unvm.edu.ar/opac\\_css/doc\\_num.php?explnum\\_id=2085](http://biblio.unvm.edu.ar/opac_css/doc_num.php?explnum_id=2085). Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Moulin, Françoise, et al. Introducción. *De la isla al archipiélago en el mundo hispano*, coordinado por Françoise Moulin et al., CSIC, 2009, págs. 9-12.

Ortega y Gasset, Jorge. *Meditaciones del Quijote*. Revista de Occidente, 1975.

Palaversich, Diana. *Silencio, voz y escritura en Eduardo Galeano*. Iberoamericana, 1995.

Palmer, Margarita. “El espacio fragmentado: la noción del archipiélago en la literatura caribeña”. *De la isla al archipiélago en el mundo hispano*, coordinado por Françoise Moulin et al., CSIC, 2009, págs. 173-178.

Parrilla, Eduardo. "Martí y Galeano: dos cronistas de la lucidez y la descolonización." *Mitologías hoy*, no. 5, 2012, págs. 20-37, <https://revistes.uab.cat/mitologies/article/view/v5-parrilla/4>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Rama, Ángel. *Crítica literaria y utopía en América Latina*. Editorial Universidad de Antioquia, 2006.

Ramos, Julio. "Descarga acústica". *Papel Máquina*, vol. 2, no. 4, 2010, págs. 49-77, [http://www.redkatatay.org/sitio/talleres/descarga\\_acustica.pdf](http://www.redkatatay.org/sitio/talleres/descarga_acustica.pdf). Consultado el 3 de noviembre de 2020.

---. "VI. Maquinaciones: literatura y tecnología". *Desencuentros de la modernidad en América Latina: Literatura y política en el siglo XIX*, Fundación Editorial El perro y la rana, 2009, págs. 275-309.

Reguillo, Rossana. "Textos fronterizos: la crónica, una escritura de la intemperie". *Diálogos de la comunicación*, no. 58, 2000, págs. 58-65.

Restrepo, Alejandra. "El testimonio: género fronterizo". *Cuadernos Americanos*, no. 127, 2009, págs. 101-123, <http://www.cialc.unam.mx/cuadamer/textos/ca127-101.pdf>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

Richard, Nelly. "La crítica de la memoria". *Cuadernos de Literatura*, vol.8, no. 15, 2002, págs. 187-193, <https://revistas.javeriana.edu.co/index.php/cualit/article/view/8000>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.

---. "Políticas de la memoria y técnicas del olvido". *Cultura, política y modernidad*, editado por Luz Gabriela Arango et al., Universidad Nacional de Colombia, 1998, págs. 62-85.

- Saintout, Florencia y Josefina Bolis. “Malditos medios: Periodismo y dictadura”. *Oficios Terrestres*, no. 34, 2016, págs. 8-23, <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/67392>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.
- Secretaría de Educación de la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos. *Memoria y dictadura: Un espacio para la reflexión desde los derechos humanos*. Asamblea Permanente por los Derechos Humanos / Instituto Espacio para la Memoria, 2011.
- Sommer, Doris. “Sin secretos”. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 147-165.
- Todorov, Tzvetan. "El origen de los géneros". *Teoría de los géneros literarios*, coordinado por Miguel Ángel Garrido, Arco Libros, 1988, págs. 31-48.
- Varesi, Gastón Ángel. Prólogo. *Hegemonía y lucha política en Gramsci: Selección de textos*, por Antonio Gramsci, Luxemburg, 2015, págs. 9-80.
- “Videla frente a 7 periodistas ingleses: Ninguna pregunta quedó por contestar”. *Los sofistas y la prensa canalla: El Cid Editor vs. Editora Vigilante*, editado por Eduardo Varela Cid, El Cid Editor, 2000, págs. 62-63.
- Videla, Rafael. “Pregunta a Videla sobre desaparecidos” [sic]. *YouTube*, subido por CADALTV, 25 de abril de 2013, <https://www.youtube.com/watch?v=3AlUCjKOjuc&t=256s>. Consultado el 3 de noviembre de 2020.
- Walsh, Rodolfo. “Carta abierta de un escritor a la Junta Militar”. *«Operación Masacre»*, Ediciones de la Flor, 2019, págs. 225-236.
- White, Hayden. *El contenido de la forma: narrativa, discurso y representación histórica*. Paidós, 1992.

---. “El texto histórico como artefacto literario”. *El texto histórico como artefacto literario y otros escritos*, Paidós, 2003, págs. 107-139.

Yúdice, George. “Testimonio y concientización”. *La voz del otro: Testimonio, subalternidad y verdad narrativa*, coordinado por John Beverley y Hugo Achugar, 2.<sup>a</sup> edición, Revista Abrapalabra, Universidad Rafael Landívar, 2002, págs. 221-242.

Zurita, Raúl. *Canto a su amor desaparecido*. Editorial Universitaria, 1985.